



JOSEPHINE TEY

La hija del tiempo

UN CASO DEL INSPECTOR ALAN GRANT



Annotation

Las largas horas de convalecencia en la cama de un hospital pueden llegar a ser mortales para una mente despierta como la de Alan Grant, inspector de Scotland Yard. Pero sus días de tedio acaban cuando alguien le propone un interesante tema sobre el que meditar: ¿podría adivinarse el carácter de alguien solo por su aspecto? Grant se basará en un retrato de Ricardo III para demostrar que ello es posible: el monarca más despiadado de la historia del Reino Unido podría haber sido, según Grant, inocente de todo crimen. Aquí comienza una investigación llena de conjeturas acerca de la persona y el reinado de Ricardo III, un controvertido pasaje de la historia británica que, tras haber leído esta novela, indudablemente será visto con otros ojos.

Josephine Tey

La hija del tiempo

Traducción de Efrén del Valle

Título original: The Daughter of Time
Primera edición, septiembre de 2012
© Josephine Tey, 1951
© de la traducción: Efrén del Valle, 2012
© 2012, de la presente edición: RBA Libros, S.A.
ISBN: 978-84-9006-333-0

La verdad es la hija del tiempo.

Proverbio Antiguo

Grant yacía en su cama alta de color blanco contemplando el techo. Lo miraba con aversión. Se sabía de memoria hasta la más ínfima grieta de aquella limpia superficie. Había trazado mapas del techo y los había explorado: ríos, islas y continentes. Había jugado a las adivinanzas y hallado objetos ocultos: rostros, pájaros y peces. Había realizado cálculos matemáticos y redescubierto su infancia: teoremas, ángulos y triángulos. Prácticamente no había otra cosa que hacer que observarlo. Lo odiaba.

Había propuesto a la Enana que girara un poco la cama para poder explorar un nuevo tramo de techo. Pero al parecer eso estropearía la simetría de la habitación, y en los hospitales, la simetría está un escalafón por debajo de la limpieza y dos por encima de la devoción a Dios. En un hospital, cualquier cosa que estuviese desalineada era una blasfemia. ¿Por qué no leía?, le preguntaba ella. ¿Por qué no se enfrascaba en la lectura de una de aquellas novelas caras recién editadas que sus amigos no paraban de traerle?

—Nace demasiada gente en el mundo y se escriben demasiadas palabras. Cada minuto salen millones y millones de ellas de las imprentas. La idea me horroriza.

—Parece que esté usted estreñido —le dijo la Enana.

La Enana era la enfermera Ingham, quien en realidad medía un metro sesenta y estaba muy bien proporcionada. Grant la llamaba la Enana para desquitarse del hecho de recibir órdenes de una figurita de porcelana de Dresde a la que podría sostener en

una mano. Siempre que pudiese ponerse en pie, claro está. No solo le decía qué podía y qué no podía hacer, sino que manejaba su metro

ochenta de humanidad con una soltura que a Grant le resultaba humillante. Por lo visto, el peso no era obstáculo para la Enana. Volteaba los colchones con la abstraída elegancia de un malabarista. Cuando acababa su turno, Grant era atendido por la Amazona, una diosa con unos brazos como las ramas de una haya. La Amazona era la enfermera Darroll, que provenía de Gloucestershire y se ponía nostálgica cuando llegaba la temporada de los narcisos. (La Enana era de Lytham St. Anne's, y a ella los narcisos le importaban un comino.) Tenía las manos grandes y tersas y ojos de vaca, y siempre parecía lamentarse por los demás, pero el menor esfuerzo físico la hacía jadear como si fuese una bomba de succión. A Grant le parecía todavía más humillante ser tratado como un peso muerto que como si no pesara nada.

Grant estaba postrado y al cargo de la Enana y la Amazona porque se había caído por una trampilla, el colmo de la humillación. En comparación con eso, los empujones de la Amazona y los leves tirones de la Enana eran un mero corolario. Caerse por una trampilla era el colmo del absurdo, algo patético y grotesco, digno de una pantomima. En el momento de su desaparición del nivel del suelo estaba persiguiendo implacablemente a Benny Skoll. El único aunque escaso consuelo en esa situación insufrible era que cuando Benny Skoll dobló la esquina a todo correr, fue a parar a los brazos del sargento Williams.

Ahora Benny debería estar tres años entre rejas, lo cual era muy satisfactorio para los jefazos, pero seguramente vería reducida su condena por buena conducta. En los hospitales no había indultos por buen comportamiento.

Grant dejó de contemplar el techo y miró de soslayo la pila de libros caros y llamativos en los que tanto había insistido la Enana. El que estaba encima, con la hermosa imagen de Valetta vestida de un rosa imposible, era el relato anual de Lavinia Fitch sobre las vicisitudes de una intachable heroína. En vista de la representación del Gran Puerto que adornaba la cubierta, la Valeria, Angela, Cecile o Denise de turno debía de ser esposa

de un marino. Solo había abierto el libro para leer el amable mensaje que Lavinia había escrito en su interior.

El sudor y el surco era Silas Weekley en plan campechano y franco a lo largo de setecientas páginas. La situación, a juzgar por el primer párrafo, no había cambiado sustancialmente desde su último libro: la madre tumbada en el piso de arriba con su decimoprimer hijo, el padre tumbado en el piso de abajo después del noveno trago, el hijo mayor tumbado a la bartola en el establo, la hija mayor tumbada con su amante en el granero y el resto de la familia pasando desapercibida en la cuadra. La lluvia se filtraba por el techo de paja y el estiércol humeaba en el muladar. Silas jamás se olvidaba del estiércol. No era culpa suya que el vapor fuese el único elemento ascendente de la escena. Si Silas hubiera descubierto un vapor que humeara hacia abajo, lo habría incluido.

Bajo los ásperos claroscuros de la sobrecubierta del libro de Silas se ocultaba una elegante historia de florituras eduardianas y absurdidades barrocas titulada *Campanas en sus pies*. En dicha obra, Rupert Rouge abordaba el vicio en un tono malicioso. Rupert siempre te arrancaba unas francas carcajadas durante las dos primeras páginas. Pero al llegar a la tercera te percatabas de que Rupert había aprendido de George Bernard Shaw, esa maliciosa criatura (pero, ni que decir tiene, nada viciosa), que la manera más sencilla de resultar ingenioso era el facilón y conveniente método de la paradoja. Después te veías venir los chistes con tres frases de antelación.

El libro con un fogonazo rojo de pistola sobre un fondo verde oscuro en la portada era lo último de Oscar Oakley. Tipos duros ladeando la boca y hablando en un estadounidense sintético sin el ingenio ni la mordacidad necesarios para rezumar autenticidad. Rubias, barras cromadas y persecuciones trepidantes. Una auténtica bazofia.

El caso del abrelatas perdido, de John James Mark, contenía tres errores de procedimiento en las dos primeras páginas. Al menos le había proporcionado a Grant cinco minutos de deleite mientras redactaba una

carta imaginaria a su autor.

No alcanzaba a recordar cuál era el delgado libro azul situado abajo del montón. Algo serio y estadístico, pensó. Moscas tsé tsé, calorías, conductas sexuales o algo por el estilo.

Incluso en esos casos sabías qué ocurriría en la página siguiente. ¿Acaso ya nadie era capaz de variar de registro de cuando en cuando? ¿Es que todos se aferraban a la misma fórmula? Los escritores se limitaban a seguir una pauta, de manera que los lectores ya sabían lo que iba a suceder. Hablaban de «un nuevo Silas Weekley» o de «una nueva Lavinia Fitch» exactamente igual que hablaban de «un nuevo ladrillo» o «un nuevo cepillo de pelo». Jamás decían «un nuevo libro de» quien fuese. No les interesaba la obra, sino la novedad. Tenían bastante claro cómo sería.

Mientras apartaba su asqueada mirada de la variopinta pila, pensó que quizás estaría bien que todas las imprentas del mundo se detuvieran durante una generación. Debería imponerse una moratoria literaria. Algún Superman debería inventar un rayo que las estropeará todas al mismo tiempo. Eso evitaría que la gente te enviase un montón de estupideces cuando estás tumbado en la cama y ningún retaco mandón te pediría que las leyeras.

Grant oyó que se abría la puerta, pero no se volvió para mirar. Se había puesto de cara a la pared, literal y metafóricamente.

Notó que alguien se acercaba a la cama y cerró los ojos para eludir cualquier posibilidad de conversación. En aquel momento no deseaba la simpatía de Gloucestershire ni la vivacidad de Lancashire. En el silencio que siguió, una leve tentación, una nostálgica fragancia de todos los campos de Grasse, acarició sus fosas nasales e inundó su cerebro. La saboreó, reflexionando. La Enana olía a detergente de lavanda y la Amazona a jabón y a yodo. Aquel lujoso olor que flotaba en el aire era «L'Enclos Numéro Cinq». Solo una persona a la que conociera utilizaba ese perfume, y esa era Marta Hallar.

Abrió un ojo y miró de soslayo. Evidentemente, ella se había

inclinado para ver si estaba dormido y ahora observaba con aire indeciso —si es que podía decirse que Marta hacía algo con indecisión—, prestando atención al montón de publicaciones manifiestamente vírgenes que había sobre la mesa. En un brazo llevaba dos libros nuevos, y en el otro un gran ramo de lilas blancas. Grant se preguntó si había elegido lilas blancas porque las consideraba la ofrenda floral más adecuada para el invierno (adornaban su camerino del teatro de diciembre a marzo) o porque no desmerecían su elegante blanco y negro. Llevaba un sombrero nuevo y sus habituales perlas, unas perlas que en su día Grant le había ayudado a recuperar. Estaba muy guapa, muy parisina y, por suerte, desentonaba sobremanera con el hospital.

—¿Te he despertado, Alan?

—No, no estaba durmiendo.

—Parece que vengo a echar agua en el mar —dijo Marta, dejando los dos libros junto a sus despreciados hermanos—. Espero que te parezcan más interesantes que esos otros. ¿Ni siquiera has hojeado el de nuestra querida Lavinia?

—No puedo leer nada.

—¿Tienes dolores?

—Estoy agonizando. Pero no es la pierna ni la espalda.

—¿De qué se trata entonces?

—Es lo que mi prima Laura llama «las punzadas del aburrimiento».

—Pobre Alan. ¡Y cuánta razón tiene Laura! —Marta sacó un puñado de narcisos de un jarrón demasiado grande para acogerlos, los tiró en el lavabo con uno de sus más refinados ademanes y procedió a sustituirlos por las lilas—. Uno podría pensar que el aburrimiento es una emoción enorme, pero no lo es, por supuesto. Es algo absurdo, insignificante.

—Ni una cosa ni la otra. Es como si te atizaran con ortigas.

—¿Por qué no te pones a hacer algo?

—¿Perfeccionar mis *hobbies*?

—Perfeccionar la mente. Por no hablar de tu alma y tu humor.

Podrías estudiar filosofía. Yoga o algo así. Pero supongo que una mente analítica como la tuya no es la más adecuada para reflexionar sobre lo abstracto.

—Me he planteado retomar el álgebra. Tengo la sensación de que nunca le hice justicia en la escuela. Pero he estudiado tanta geometría en ese maldito techo que estoy un poco harto de las matemáticas.

—Bueno, imagino que no tiene sentido recomendar rompecabezas a alguien que se encuentra en tu situación. ¿Qué tal unos crucigramas? Puedo traerte un cuadernillo, si quieres.

—Dios me libre.

—Siempre puedes inventártelos. Dicen que es más divertido que resolverlos.

—Es posible, pero un diccionario pesa varios kilos. Además, nunca me ha gustado buscar cosas en libros de consulta.

—¿Juegas al ajedrez? Yo ya no me acuerdo. ¿Qué te parecen unos problemas de ajedrez? Salen las blancas y mate en tres movimientos y cosas así.

—Solo me interesa el ajedrez desde una perspectiva pictórica.

—¿Pictórica?

—Los peones, los alfiles y demás son muy decorativos, de lo más elegantes.

—Muy bien. Puedo traerte un tablero. De acuerdo, olvidemos el ajedrez. Podrías realizar alguna investigación académica. Es como las matemáticas, tienes que dar con la solución a un problema no resuelto.

—¿Te refieres a delitos? Me sé todos los casos de memoria.

Ya no se puede hacer nada más al respecto, y menos si estás postrado en una cama.

—No me refería a los archivos de Scotland Yard. Me refería a algo más... ¿Cómo decirlo? Algo más clásico. Algo que haya traído de cabeza al mundo durante siglos.

—¿Por ejemplo?

—Pues las cartas del cofre.

—¡Ah no! ¡María, reina de Escocia no!

—¿Y por qué no? —preguntó Marta, que al igual que todas las actrices veía a María Estuardo a través de una bruma de velos blancos.

—Podría interesarme una mujer mala, pero una tonta no.

—¿Tonta? —dijo Marta con su mejor registro grave de Electra.

—Mucho.

—Pero Alan, ¿cómo puedes decir eso?

—Si hubiese llevado otro tocado nadie se habría interesado nunca por ella. Lo que seduce a la gente es ese sombrero.

—¿Crees que habría amado con menos pasión si hubiese llevado un sombrero de paja?

—Nunca amó con pasión, llevara el sombrero que llevara.

Marta parecía tan escandalizada como le permitían toda una vida en el teatro y una hora de concienzudo maquillaje.

—¿Por qué piensas eso?

—María Estuardo medía uno ochenta. Casi todas las mujeres demasiado altas son frías. Pregúntale a cualquier médico.

Y al pronunciar esas palabras, Grant se preguntó por qué desde que Marta lo adoptó como acompañante de repuesto cuando necesitaba uno no se le había ocurrido sopesar si su célebre racionalidad con los hombres obedecía precisamente a su estatura. Pero Marta no había trazado ningún paralelismo; seguía pensando en su reina favorita.

—Al menos fue una mártir. Eso tendrás que reconocérmelo.

—¿Mártir de qué?

—De su religión.

—Lo único que la martirizó fue el reuma. Se casó con Darnley sin la dispensa papal y con Bothwell por el rito protestante.

—¡Y por supuesto ahora me dirás que tampoco estuvo presa!

—El problema es que te la imaginas en una pequeña habitación en lo alto de un castillo, con barrotes en las ventanas y una vieja sirvienta fiel

que comparte con ella las oraciones, cuando en realidad contaba con sesenta personas a su servicio. Se quejó amargamente cuando las redujeron al miserable número de treinta personas y a punto estuvo de morir del disgusto cuando se quedó con dos secretarios, varias mujeres, una bordadora y un par de cocineros. E Isabel tuvo que pagarlo todo de su bolsillo. Estuvo pagando durante veinte años, y durante veinte años María Estuardo fue ofreciendo la corona de Escocia por toda Europa a cualquiera que estuviese dispuesto a iniciar una revolución y le devolviera el trono que había perdido o, dicho de otra manera, el trono que ocupaba Isabel.

Grant miró a Marta y vio que estaba sonriendo.

—¿Ya van un poco mejor ahora? —preguntó.

—¿Mejor el qué?

—Las punzadas.

Grant se echó a reír.

—Sí, durante un minuto me había olvidado de ellas. ¡Al menos podemos atribuirle algo bueno a María Estuardo!

—¿Cómo sabes tanto sobre María?

—En mi último año de colegio hice un trabajo sobre ella.

—Y no te gustó, deduzco.

—No me gustó lo que descubrí sobre ella.

—Es decir, que no la consideras un personaje trágico.

—Sí, mucho. Pero no trágico en el sentido que suele creer la gente.

Su tragedia fue que nació siendo reina con la actitud de un ama de casa. Tomarle el pelo a tu vecina, la señora Tudor, es inofensivo e incluso divertido; a lo sumo no podrás justificar una serie de compras a plazos, pero eso te afecta solo a ti. Cuando utilizas la misma técnica con un reino, el resultado es desastroso. Si estás dispuesto a empeñar un país de diez millones de habitantes para mofarte de un rival monárquico, acabas siendo un fracasado sin amigos. —Grant reflexionó unos instantes—. Habría tenido un éxito arrollador como maestra en una escuela para

chicas.

—¡Qué bruto eres!

—Lo digo en el buen sentido. Les habría caído bien a los empleados, y las niñas la habrían adorado. A eso me refiero cuando digo que es trágica.

—En fin, que tampoco te apetecen las cartas del cofre. ¿Qué más tienes por ahí? *El hombre de la máscara de hierro*.

—No recuerdo quién era, pero no me interesa un hombre tímido que se esconde detrás de un trozo de lata. No me interesa nadie a quien no pueda verle la cara.

—Ah, sí, olvidaba tu pasión por las caras. Las de los Borgia eran maravillosas. Seguro que en ellas encontrarías más de un misterio con el que entretenerte. También estaba Perkin Warbeck, por supuesto. La impostura siempre es fascinante. ¿Era o no era? Es un juego fantástico. La balanza nunca se decanta por completo de un lado o de otro. Si la empujas sube otra vez, como un tentetieso.

Se abrió la puerta y en el umbral apareció el familiar rostro de la señora Tinker, coronado por su todavía más familiar e histórico sombrero. La señora Tinker lucía el mismo tocado desde que empezó a trabajar en casa de Grant, y era incapaz de imaginársela con ningún otro. Sabía que tenía otro, porque combinaba con algo que ella denominaba el «conjuntito azul». Ese «conjuntito azul» se lo ponía únicamente en determinadas ocasiones, lo que quiere decir que jamás aparecía con él en el 19 de Tenby Court. Se lo ponía con conciencia ritual y le servía de baremo con el que medir el acontecimiento («¿Se divirtió señora Tink? ¿Cómo fue?» «No merecía la pena que me pusiera el conjuntito azul»). Lo había llevado en la boda de la princesa Isabel y en otros actos de la realeza, y aparecía con él durante dos fugaces segundos de una noticia en la que la duquesa de Kent cortaba una cinta, pero Grant lo conocía solo de oídas; era un criterio sobre la importancia social de un acontecimiento. Los sucesos eran o no dignos de que la señora Tinker se enfundara el

«conjuntito azul».

—Me han dicho que tenía usted visita —comentó la señora Tinker—, y estaba a punto de marcharme cuando me di cuenta de que la voz me era conocida y me he dicho: «Pero si es la señorita Hallard», así que he decidido entrar.

Llevaba varias bolsas de papel y un ramillete de anémonas. Saludó a Marta de mujer a mujer; en su día había sido ayudante de vestuario y no profesaba un excesivo respeto a las diosas del mundo del teatro. Observó con recelo el hermoso centro de lilas que aparecían resplandecientes merced a la pericia de Marta. Esta no se percató de la mirada, pero sí del pequeño ramo de anémonas, y abordó la situación como si la tuviera ensayada.

—Con lo que me ha costado encontrar lilas blancas y llega la señora Tinker y me da en las narices con sus lirios del valle.

—¿Lirios? —dijo la señora Tinker con aire dubitativo.

—Como dijo Salomón: no tienen que trabajar ni tejer.

La señora Tinker solo pisaba la iglesia para asistir a bodas y bautizos, pero pertenecía a una generación que había ido a catequesis. Contempló con renovado interés la pequeña maravilla que sostenía en la mano, enfundada en un guante de lana.

—Pues no lo sabía, pero tiene más sentido, ¿no? Yo pensaba que eran azucenas. Campos y campos de azucenas. Son carísimas, pero un poco deprimentes. ¿Así que eran de colores? ¿Y por qué no lo dicen? ¿Por qué tienen que llamarlas lilas?

Y así siguieron hablando de traducción y de lo engañosas que podían ser las Sagradas Escrituras («Siempre me he preguntado qué era eso de echar el pan sobre las aguas», dijo la señora Tinker) para pasar tan incómodo momento.

Mientras seguían ocupadas con la Biblia, entró la Enana con más jarrones. Grant se percató de que los jarrones eran adecuados para las lilas blancas y no para las anémonas. Eran un tributo a Marta, un

pasaporte para mejorar la comunicación. Pero a Marta nunca le interesaron las mujeres, a menos que les encontrara una utilidad inmediata. Su tacto con la señora Tinker había sido un mero *savoir faire*, un reflejo condicionado, de modo que la Enana quedó reducida a un papel funcional en lugar de social. Recogió los narcisos del lavamanos y los colocó dócilmente en otro jarrón. La sumisión de la Enana era lo más precioso que Grant había observado en mucho tiempo.

—Bueno —dijo Marta cuando terminó de colocar las lilas y las puso donde Grant pudiera verlas—. Me voy para que la señora Tinker te dé todas esas golosinas que lleva en la bolsa de papel. Por un casual, señora Tinker, no habrá traído esos maravillosos bollos suyos...

La señora Tinker estaba henchida de orgullo.

—¿Quiere un par de ellos? Están recién salidos del horno.

—Bueno, después tendré que hacer penitencia. Esos pastelitos son mortales para la cintura, pero déme un par. Me los llevaré para acompañar el té en el teatro.

La señora Tinker eligió dos con aduladora deliberación («Me gustan con los bordes un poco tostados»), los guardó en el bolso de Marta, y esta dijo:

—Bien, *au revoir*, Alan. Vendré en un par de días y te enseñaré a hacer calceta. Dicen que nada relaja tanto como tejer. ¿No es cierto, enfermera?

—Sí, sí, desde luego. Muchos pacientes se entretienen tejiendo. Les parece una buena manera de pasar el rato.

Marta le lanzó un beso desde la puerta y se marchó, seguida de la respetuosa Enana.

—Menuda bruja está hecha —dijo la señora Tinker mientras se disponía a abrir las bolsas. No se refería a Marta.

Pero cuando Marta regresó al cabo de dos días no llevaba agujas de punto ni lana. Entró tan campante en la habitación justo después de comer, ataviada elegantemente con un gorro de cosaco con una leve inclinación que debió de llevarle varios minutos delante del espejo.

—No puedo quedarme mucho, cariño. Me voy al teatro. Hoy hay función de tarde, que Dios me asista. Solo habrá bandejas de té e idiotas. Y te subes al escenario cuando ya ni entiendes lo que estás diciendo. Creo que no van a cancelar nunca esta obra. Será como una de esas que estrenan en Nueva York y duran una década en lugar de un año. Es aterrador. No te concentras. Ayer noche, Geoffrey se quedó en blanco en mitad del segundo acto. Parecía que iban a salirse los ojos de las cuencas. Por un momento pensé que iba a darle un infarto. Después dijo que no recordaba nada de lo que había pasado desde que llegó hasta que volvió en sí y se dio cuenta de que estaba a mitad de la obra.

—O sea, que perdió el conocimiento.

—No, no. Actuó como un autómatas. Recitó su papel pero estaba pensando en otra cosa en todo momento.

—Si lo que dicen es cierto, no es algo inusual en los actores.

—Con moderación no. Johnny Garson puede decirte cuántos libros tiene en casa mientras llora desconsoladamente en el regazo de alguien. Pero no es lo mismo que estar «ausente» durante medio acto. Piensa que Geoffrey echó a su hijo de casa, discutió con su amante y acusó a su mujer de tener una aventura con su mejor amigo sin ser consciente de nada.

—¿Consciente de qué?

—Dice que decidió alquilar el piso de Park Lane a Dolly Dacre y comprar la casa estilo Carlos II de Richmond que van a dejar los Latimer, porque al señor Latimer lo han nombrado gobernador. A Geoffrey le parecía que tenía pocos cuartos de baño y decidió que construiría uno en el piso de arriba, en una salita con papel chino del siglo XVIII. Podían retirar el precioso papel y utilizarlo para decorar una sosa habitación con artesonado Victoriano que hay al fondo. También pensó en las cañerías. No sabía si tendría dinero suficiente para cambiar las baldosas y se preguntaba qué tipo de cocina pondría. Ya había decidido cortar los matorrales de la verja cuando se topó conmigo en el escenario, delante de novecientas ochenta y siete personas, en mitad de un diálogo. No me extraña que se le salieran los ojos de las órbitas. Veo que al menos has leído uno de los libros que te traje, a juzgar por la cubierta arrugada.

—Sí, el de la montaña. Me ha venido como agua de mayo. Me paso horas mirando las fotografías. Nada es capaz de poner las cosas en perspectiva tan rápido como una montaña.

—Yo prefiero las estrellas.

—No, no. Las estrellas te reducen al estatus de una ameba, te arrebatan hasta el último vestigio de orgullo humano, la última brizna de confianza. Pero una montaña nevada es una buena vara de medir para el hombre. Estaba aquí tumbado, mirando el Everest, y daba gracias a Dios por no estar escalando esas laderas. Una cama de hospital me parecía un refugio caliente, tranquilo y seguro, y la Enana y la Amazona, dos de los mayores logros de la civilización.

—Pues te he traído más fotos.

Marta volcó el sobre que llevaba y desparramó sobre el pecho de Grant varias hojas de papel.

—¿Qué es esto?

—Caras —dijo Marta encantada—. Docenas de caras. Hombres, mujeres y niños, de todo tipo, condición y tamaño.

Grant cogió una hoja y la observó. Era un grabado del siglo XV, el

retrato de una mujer.

—¿Quién es?

—Lucrecia Borgia. ¿A que es mona?

—Puede, pero, ¿insinúas que encerraba algún misterio?

—Pues sí. Nadie tiene claro todavía si era un instrumento de su hermano o cómplice suyo.

Grant descartó a Lucrecia y cogió otra hoja. Era el retrato de un niño con ropa de finales del siglo XVIII y debajo, en letras mayúsculas descoloridas, llevaba impresas las palabras «Luis XVII».

—Aquí tienes un misterio fantástico —comentó Marta—. El delfín. ¿Escapó o murió en la cárcel?

—¿Dónde has conseguido todo esto?

—Saqué a James de su cuchitril del Victoria and Albert y lo obligué a llevarme a una tienda de litografías. Sabía que entendía de esas cosas, y estoy convencida de que no había nada que le interesara en el museo.

Era típico de Marta dar por sentado que un funcionario que resultaba que también era dramaturgo y una autoridad en materia de retratos estaría dispuesto a dejar su trabajo y rebuscar en tiendas de litografías para satisfacerla.

Grant dio la vuelta a la fotografía de un retrato isabelino. Era un hombre vestido con terciopelo y perlas. Miró detrás para ver quién era y descubrió que se trataba del conde de Leicester.

—Así que este es el Robin de Isabel —dijo—. Creo que nunca había visto un retrato suyo.

Marta contempló aquel rostro viril y rollizo y dijo:

—Se me acaba de ocurrir que una de las grandes tragedias de la historia es que los mejores pintores no retrataban a la gente en su mejor momento. Robin debía de ser todo un hombre. Dicen que, de joven, Enrique VIII era deslumbrante, pero, ¿qué es ahora? Una figura de naipes. Hoy en día sabemos cómo era Tennyson antes de dejarse esa barba tan horrenda. Tengo que irme, llego tarde. He almorzado en el

Blague y se ha acercado tanta gente a hablar conmigo que no he podido marcharme temprano como pretendía.

—Imagino que tu anfitrión habrá quedado impresionado —dijo Grant mirando el sombrero.

—Sí, sí, esa mujer entiende de sombreros. Con solo un vistazo dijo: «Jacques Tous, me figuro».

—¿Una mujer? —exclamó Grant sorprendido.

—Sí, Madeleine March. La invité a comer. No te sorprendas tanto, menuda falta de tacto. Tengo la esperanza de que me escriba una obra sobre Lady Blessington, pero con tanto ir y venir de gente no he tenido la oportunidad de impresionarla. Aun así, la comida ha sido maravillosa. Ahora que lo recuerdo, Tony Bittmaker estaba comiendo con otras siete personas. Vaya gentío. ¿Sabes qué tal le va?

—No tengo pruebas suficientes —respondió Grant y, con eso, Marta se echó a reír y se fue.

Una vez que se impuso el silencio, Grant volvió a pensar en el Robin de Isabel. ¿Qué misterio rodeaba a aquel hombre?

¡Ah, claro, Amy Robsart!

A Grant no le interesaba Amy Robsart. Le daba igual cómo se había caído por las escaleras o por qué.

Pero pasó una tarde de lo más agradable con el resto de las caras. Mucho antes de ingresar en la policía se había aficionado a las caras, y en sus años en Scotland Yard ese interés fue un entretenimiento privado y una ventaja profesional. En una ocasión, cuando era más joven, acompañó al comisario jefe a una rueda de identificación. No le habían asignado el caso a él, y ambos estaban allí por otros motivos, pero se quedaron observando desde el fondo mientras un hombre y una mujer recorrían por separado una hilera de doce hombres anodinos, buscando al que esperaban identificar.

—¿Sabe quién es el tipo? —susurró el comisario.

—No, pero puedo imaginármelo —respondió Grant.

—¿Ah sí? ¿Cuál cree que es?

—El tercero por la izquierda.

—¿De qué se le acusa?

—No tengo ni idea.

Su jefe lo miró con expresión divertida. Como el hombre y la mujer fueron incapaces de identificar a nadie y se marcharon, la hilera se deshizo y los participantes se pusieron a charlar, subiéndose el cuello y arreglándose la corbata para regresar a la calle y al mundo cotidiano del que habían venido para colaborar con la ley. El único que no se movió fue el tercero por la izquierda, que esperó sumiso a su escolta y fue conducido de nuevo a su celda.

—¡Caramba! —exclamó el comisario jefe—. Tenía una posibilidad entre doce y ha acertado. Muy bien. Ha elegido a su hombre entre todo el grupo —le dijo al inspector local.

—¿Lo conocía? —preguntó el inspector un tanto sorprendido—. Que sepamos, nunca se ha metido en líos.

—No, no lo había visto nunca. Ni siquiera sé de qué se le acusa.

—Entonces, ¿por qué lo eligió?

Grant titubeó, analizando por primera vez su proceso de selección. No había sido algo razonado. No pensó: «El rostro de ese hombre tiene tal o cual característica y, por tanto, él es el acusado». Su elección fue casi instintiva, subconsciente. Al final, tras indagar en su subconsciente, espetó:

—Es el único de los doce que no tiene arrugas.

Todos se echaron a reír. Pero Grant, una vez sacado el tema a la luz, vio que su instinto había funcionado y reconoció el razonamiento que se ocultaba detrás de él.

—Puede que parezca una tontería, pero no lo es —añadió—. El único adulto que no tiene ni una sola arruga en la cara es el idiota.

—Freeman no es idiota, créame —intervino el inspector—. Es un joven muy despierto.

—No me refería a eso, sino a que el idiota es irresponsable. El idiota es el baremo de la irresponsabilidad. Los doce hombres que formaban cola rondaban los treinta años, pero solo uno tenía cara de irresponsable, así que lo calé de inmediato.

Después de aquello, circulaba por Scotland Yard la broma de que Grant podía detectarlos a simple vista. En una ocasión, el subcomisario dijo en tono burlón: «No me dirá usted que existen los rostros criminales, inspector».

Pero Grant respondió que no, que no era tan sencillo.

—Si existiera solo un tipo de delito, señor, sería posible; pero los delitos son tan variados como la misma naturaleza humana y si un policía empezara a incluir las caras en categorías, estaría perdido. Se puede saber qué aspecto tiene una mujer de vida descarriada dándose un paseo por Bond Street cualquier día entre las cinco y las seis, pero resulta que la mujer con la peor reputación de todo Londres parece una santa.

—No tanto; últimamente bebe mucho —dijo el subcomisario, identificando a la dama sin dificultad. Después, la conversación se fue por otros derroteros.

Pero el interés de Grant en los rostros persistió y se dilató hasta convertirse en un estudio consciente, en una cuestión de archivos y comparaciones. No era posible, decía, clasificar los rostros, pero sí caracterizarlos uno por uno. En una revisión de un célebre juicio, por ejemplo, donde las fotografías de los principales involucrados se mostraron por una cuestión de interés ciudadano, nunca hubo dudas de quién era el acusado y quién era el juez. De vez en cuando, un abogado, por su aspecto, podría haberse cambiado por el prisionero que estaba en el banquillo; a fin de cuentas, los abogados son una simple muestra de la humanidad, tan proclive a las pasiones y la avaricia como el resto, pero los jueces poseen una cualidad especial, integridad e imparcialidad. Por tanto, incluso sin la peluca, era imposible confundirlo con el acusado, que ni tenía integridad ni imparcialidad.

El James de Marta, al que habían sacado de su «cuchitril», se lo había pasado en grande eligiendo delincuentes o a sus víctimas, y Grant estuvo entretenido hasta que la Enana le trajo el té. Mientras recogía las fotografías para guardarlas en el cajón, su mano entró en contacto con una que se había deslizado de su pecho y se había quedado toda la tarde sobre el cubrecama sin que lo advirtiera. La cogió y la miró.

Era el retrato de un hombre vestido con un sombrero de terciopelo y un jubón de malla típicos de finales del siglo XV. Tendría unos treinta y cinco o treinta y seis años, delgado y bien afeitado. Llevaba un suntuoso collar de piedras preciosas y estaba poniéndose un anillo en el dedo meñique de la mano derecha. Pero no miraba al anillo, sino al infinito.

De todos los retratos que Grant había visto aquella tarde, aquel era el más personal. Era como si el artista se hubiese esmerado en plasmar sobre el lienzo algo que su talento pictórico no le permitía. La expresión de los ojos —esa expresión de lo más fascinante e individual— le había superado, al igual que la boca. No había conseguido conferir movilidad a unos labios tan delgados y anchos, así que la boca era pétrea, un verdadero fracaso. Lo que sí constituía un logro era la estructura ósea de la cara: los pómulos marcados, las hendiduras que se apreciaban debajo de ellos y una barbilla demasiado larga para transmitir fortaleza.

Grant se detuvo justo cuando iba a darle la vuelta y observó el rostro unos instantes. ¿Sería juez? ¿Soldado? ¿Príncipe? Debía de ser una persona acostumbrada a una gran responsabilidad y responsable en su autoridad. Una persona demasiado concienzuda. Un aprensivo, tal vez perfeccionista. Un hombre que se sentía a gusto en situaciones de gran relevancia pero ansioso por los detalles. Un candidato a padecer una úlcera de estómago. Un hombre que había tenido problemas de salud cuando era niño. Tenía esa mirada indescriptible que deja el sufrimiento durante la infancia, menos clara que la mirada de un lisiado, pero igual de ineludible. El artista lo había entendido y lo había traducido al lenguaje pictórico. La leve hinchazón del párpado inferior, como un niño que ha

dormido demasiado, la textura de la piel, la mirada de anciano en un rostro joven.

Grant dio la vuelta al retrato buscando una leyenda.

En el reverso halló impreso: *Ricardo III. Del retrato de la National Portrait Gallery. Artista desconocido.*

Ricardo III.

Conque era él. Ricardo III. El jorobado. El monstruo de los cuentos infantiles. El destructor de la inocencia. Un sinónimo de vileza.

Grant le dio la vuelta de nuevo y lo examinó. ¿Qué había intentado transmitir el artista cuando pintó aquellos ojos? ¿Había visto en ellos la mirada de un hombre atormentado?

Permaneció allí tumbado un buen rato, observando aquella cara, aquellos ojos extraordinarios. Eran alargados y estaban ligeramente hundidos en el ceño fruncido. A primera vista parecían mirar fijamente, pero cuando prestabas más atención descubrías que en realidad eran retraídos, casi ausentes.

Cuando la Enana volvió a buscar la bandeja, Grant todavía estaba ensimismado en el retrato. No había visto algo así en años. A su lado, *La Gioconda* parecía un cartel publicitario.

La Enana examinó la taza, que Grant ni siquiera había tocado, apoyó su mano experta en la tetera tibia y torció el gesto. Tenía mejores cosas que hacer, le dijo, que llevarle bandejas para que él no les hiciera ni caso.

Él le mostró el retrato.

¿Qué le parecía? Si aquel hombre fuera paciente suyo, ¿cuál sería su veredicto?

—Hígado —replicó con sequedad, y recogió la bandeja haciendo sonar los tacones en señal de indignación, toda ella almidón y rizos rubios.

Pero el médico, que entró justo después de ella, amable y despreocupado, tenía una opinión bien distinta. Grant le invitó a mirar el retrato, y tras unos momentos de intenso escrutinio dijo:

—Poliomielitis.

—¿Parálisis infantil? —preguntó Grant, y de súbito recordó que Ricardo III tenía un brazo paralizado.

—¿Quién es?— preguntó el médico.

—Ricardo III.

—¿En serio? Es interesante.

—¿Sabía que tenía un brazo paralizado?

—¿Ah sí? No me acordaba. Creía que era jorobado.

—También lo era.

—Lo que sí recuerdo es que nació con toda la dentadura y que comía ranas vivas. Bueno, creo que mi diagnóstico es anormalmente acertado.

—Qué extraño. ¿Por qué ha determinado que era polio?

—No estoy muy seguro, pero si he de darle una respuesta definitiva, diría que por la mirada. Es la expresión típica del rostro de un niño lisiado. Si nació con joroba, probablemente se deba a eso y no a la polio. Veo que el artista ha eliminado la joroba.

—Sí, los pintores de la corte tienen que mostrar un mínimo de tacto. Hasta los tiempos de Cromwell, quienes posaban no pedían que los pintaran con todas sus imperfecciones.

—En mi opinión —dijo el médico, examinando con aire distraído el entablillado de la pierna de Grant—, Cromwell empezó esa moda a la inversa, que ha llegado hasta nuestros días. «Soy un hombre corriente, sin tonterías». Ni educación, ni elegancia, ni generosidad, añadiría yo. —Pellizcó el dedo gordo de Grant con desinterés—. Es una enfermedad devastadora, una perversión terrible. En algunas zonas de Estados Unidos, según tengo entendido, la vida de un político depende de cómo lleve la corbata y el abrigo en algunos distritos. A eso le llamo yo ser pomposo. El ideal del galán es un chico recio y apuesto. Esto tiene muy buen aspecto —añadió, refiriéndose al dedo gordo de Grant, y volvió por iniciativa propia al retrato que estaba sobre el cubrecama.

—Es interesante lo de la polio —dijo—. Puede que realmente lo

fuera y que eso explique lo del brazo atrofiado. —Siguió contemplándolo, sin indicio alguno de querer marcharse—. En cualquier caso, es curioso. El retrato de un asesino. ¿Le parece que se ajusta a esa tipología?

—No existe un tipo de asesino. La gente mata por muchas razones, pero no recuerdo a ningún asesino, ni por una experiencia directa ni por la de otros casos, que se parezca a él.

—Bueno, era único en su especie, ¿no? No debía de conocer el significado de la palabra escrúpulos.

—No.

—Una vez vi a Olivier interpretándolo. Fue la exhibición más fascinante del mal que he presenciado, siempre al borde de caer en lo grotesco, pero sin llegar a hacerlo nunca.

—Cuando le he mostrado el retrato —dijo Grant—, antes de saber quién era, ¿le pareció un villano?

—No —respondió el médico—, me pareció un enfermo.

—Es raro, ¿verdad? Yo tampoco pensé en la maldad. Y ahora que sé quién es, ahora que he leído el nombre en el reverso, solo puedo verlo como una persona malvada.

—Supongo que la maldad, como la belleza, está en los ojos de quien mira. En fin, pasará a verle otra vez a finales de semana. ¿No tiene dolores?

Y, con eso, se fue, amable y despreocupado, tal como había venido.

Solo tras haber contemplado con perplejidad el retrato (le fastidiaba haber confundido a uno de los asesinos más famosos de todos los tiempos con un juez; haber trasladado a un sujeto del estrado al banquillo de los acusados era una muestra asombrosa de ineptitud) se le ocurrió que aquella imagen podía ilustrar un importante descubrimiento.

¿Qué misterio encerraba Ricardo III?

Y entonces lo recordó. Ricardo había matado a sus dos sobrinos, pero nadie sabía cómo. Simplemente habían desaparecido, si no le fallaba

la memoria, en un momento en que Ricardo se encontraba fuera de Londres, y encargó el crimen a otro. Pero el misterio del auténtico destino que corrieron los niños nunca se había resuelto. Aparecieron dos esqueletos —¿en el hueco de unas escaleras?— en tiempos de Carlos II y fueron enterrados. Se dio por sentado que eran los restos de los jóvenes príncipes, pero nunca se demostró nada.

Es sorprendente lo poco que recuerda uno de la historia después de una buena educación. Lo único que sabía de Ricardo III es que era el hermano pequeño de Eduardo IV, que este era un hombre alto de metro ochenta, de un atractivo extraordinario y con una facilidad todavía más extraordinaria para las mujeres, y que Ricardo era un jorobado que usurpó el trono tras la muerte de su hermano en lugar de su joven heredero, y que tramó la muerte de ese heredero y del hermano menor de este para ahorrarse más problemas. También sabía que Ricardo había muerto en la batalla de Bosworth mientras pedía a voces un caballo y que era el último de su linaje, el último Plantagenet.

Todos los estudiantes volvían con alivio la última página de Ricardo III, porque la guerra de las Dos Rosas había terminado por fin y podían continuar con los Tudor, aburridos pero fáciles de seguir.

Cuando entró la Enana a asearlo para la noche, Grant dijo:

—¿No tendrá un libro de historia por casualidad?

—¿Un libro de historia? No. ¿Por qué iba a tener un libro de historia?

Dado que no era una pregunta, Grant no se molestó en contestar. Aquel silencio pareció incomodar a la Enana.

—Si verdaderamente quiere un libro de historia —respondió al fin—, puede pedírselo a la enfermera Darroll cuando le traiga la cena. Tiene todos los libros de texto en una estantería de su habitación y es muy posible que entre ellos haya uno de historia.

Qué típico de la Amazona guardar sus libros de texto, pensó Grant. Sentía tanta nostalgia de la escuela como de Gloucestershire cada vez que

florecieron los narcisos. Cuando entró pesadamente en la habitación con el pudín de queso y el ruibarbo estofado, Grant la miró con una tolerancia rayana en la benevolencia. Había dejado de ser una mujer voluminosa que respiraba como una bomba de succión para convertirse en una potencial fuente de placer.

Sí, tenía un libro de historia, respondió. De hecho, puede que fueran dos. Conservaba todos sus libros de texto porque le encantaba el colegio.

Grant estuvo a punto de preguntarle si también conservaba sus muñecas, pero se contuvo a tiempo.

—Y, por supuesto, me encantaba la historia —añadió ella—. Era mi asignatura favorita. Ricardo Corazón de León era mi ídolo.

—Menudo sinvergüenza —dijo Grant.

—¡De eso nada! —exclamó la Amazona como si se sintiese ofendida.

—Un caso de hipertiroidismo —añadió Grant despiadadamente—. Rebotando de un lado a otro como un petardo defectuoso. ¿Termina su turno ahora?

—En cuanto termine con las bandejas.

—¿Podría traerme el libro esta noche?

—Se supone que debe dormir, no quedarse despierto leyendo libros de historia.

—Puedo leer un libro de historia o mirar el techo, que es la alternativa. ¿Puede traérmelo?

—Dudo que pueda subir hasta el edificio de enfermeras y volver esta misma noche por alguien que dice cosas tan espantosas de Ricardo Corazón de León.

—De acuerdo —respondió Grant—. No tengo madera de mártir. Para mí, *Ricardo Coeur-de-Lion* es el modelo de la caballeridad, el *chevalier sans peur et sans reproche*, un jefe intachable y una auténtica joya. ¿Me traerá el libro ahora?

—Me da la impresión de que necesita urgentemente leer un poco de

historia —respondió la Amazona mientras alisaba un extremo de una sábana arrugada con sus grandes e impresionantes manos—. Me pasaré por aquí antes de ir al cine y le traeré el libro.

Tardó casi una hora en regresar, inmensa con un abrigo de pelo de camello. Ya habían apagado las luces de la habitación y se apareció bajo el brillo de la lámpara de lectura como una suerte de genio bondadoso.

—Esperaba que estuviese dormido —dijo—. Creo que no debería ponerse a leer esta noche.

—Si hay algo que puede ayudarme a conciliar el sueño es un libro de historia de Inglaterra —repuso Grant—. Puede usted marcharse cogida de la mano y con la conciencia bien tranquila.

—Voy con la enfermera Burrows.

—Pueden cogerse de la mano igualmente.

—Me agota usted la paciencia —dijo pausadamente antes de desaparecer en la oscuridad.

La Amazona le había dejado dos libros.

Uno se titulaba *El lector de historia*. Guardaba la misma relación con la historia que las crónicas de la historia sagrada con la Biblia. Canuto reprendió a sus cortesanos en la costa, Alfredo metió la pata, Raleigh extendió su capa para Isabel, Nelson se despidió de Hardy en su camarote del *Victory*, todo ello con una bonita tipografía, clara y grande, y párrafos de una sola frase. En cada episodio se incluía una ilustración a toda página.

Había algo extrañamente conmovedor en el hecho de que la

Amazona guardara como un tesoro aquella literatura infantil. Grant pasó a la guarda para ver si aparecía su nombre y encontró lo siguiente:

Ella Darroll,
Tercer Curso
Instituto Newbridge
Newbridge,

Gloucestershire.

Inglaterra

Europa,

El Mundo,

El Universo.

Todo ello estaba rodeado de una hermosa selección de calcomanías de colores.

Grant se preguntaba si todos los niños lo hacían, si escribían sus nombres de aquella manera y se pasaban las clases pegando calcomanías. Él sí, desde luego. Y la imagen de aquellos cuadrados de llamativos tonos primitivos le trajo a la memoria su infancia como no le ocurría desde hacía muchos años. Había olvidado lo divertidas que resultaban las calcomanías, ese momento maravillosamente satisfactorio en que empezaba a despegarlas y veía que salían perfectamente. El mundo de los adultos brindaba escasas gratificaciones como aquella. Un buen golpe de golf tal vez fuera lo que más se aproximaba. O el momento en que se tensa el sedal y sabes que el pez ha mordido el anzuelo.

El libro le gustó tanto que leyó todas y cada una de aquellas historias infantiles con solemnidad. Al fin y al cabo, aquella era la historia que recordaban todos los adultos. Aquello era lo que quedaba grabado en la memoria cuando se olvidaban los impuestos sobre el comercio exterior, las tasas del tráfico marítimo, la liturgia del arzobispo Laúd, la conspiración de la Casa de Rye y las Actas Trienales, y el embrollo de cismas y trifulcas, tratados y también traiciones.

Cuando llegó a la historia de Ricardo III vio que se titulaba *Los príncipes de la Torre*. Al parecer, cuando Ella era joven pensó que los príncipes eran un triste sustituto de Ricardo Corazón de León, porque había rellenado todas las oes minúsculas del cuento con lápiz. A los dos muchachos de cabello rubio que jugaban iluminados por un rayo de sol que se filtraba por la ventana con barrotes en la imagen que acompañaba

al texto les pintó unas anacrónicas gafas, y en el fondo blanco de la página de la ilustración alguien había estado jugando al tres en raya. Para la joven Ella, los príncipes eran insignificantes.

Y, sin embargo, era una historia bastante fascinante, lo suficientemente macabra para deleitar a cualquier niño. Los pequeños inocentes y su malvado tío: los ingredientes clásicos de una historia de simplicidad igualmente clásica.

Además, tenía moraleja. Era el cuento instructivo perfecto.

Pero el rey no sacó provecho alguno de sus pérfidos actos. El pueblo de Inglaterra se sintió horrorizado por su fría crueldad y decidió que ya no lo quería por rey. Fueron a buscar a Enrique Tudor, un primo lejano de Ricardo que vivía en Francia, para que fuese coronado en su lugar. Ricardo murió valientemente en la batalla resultante, pero despertaba odio en todo el país, y muchos desertaron de su bando para combatir junto a su rival.

Bueno, quedaba bastante claro pero no era nada reseñable. Una simple crónica de los hechos.

Grant cogió el otro libro.

El segundo volumen era el de historia propiamente dicha. Los dos mil años de historia inglesa divididos prolijamente en compartimentos fáciles de consultar. Los compartimentos, como de costumbre, eran reinos. No era de extrañar que se adscribiese una personalidad a un reino, olvidando que esa personalidad había conocido y vivido otros reyes. De ese modo, todos eran encasillados de manera automática. Pepys: Carlos II. Shakespeare: Isabel. Marlborough: reina Ana. Era inimaginable que alguien que hubiese visto a la reina Isabel hubiera conocido también a Jorge I. La idea de reinado estaba condicionada desde la infancia.

No obstante, facilitaba las cosas a un policía con la pierna lisiada y magulladuras en la espalda que andaba buscando un poco de información sobre personajes monárquicos muertos y enterrados para no volverse loco.

Le sorprendió descubrir que el reinado de Ricardo III había sido tan breve. El hecho de que se convirtiera en uno de los gobernadores más célebres en los dos mil años de historia de Inglaterra y de que hubiera dispuesto de solo dos años para hacerlo sin duda auguraba una personalidad arrolladora. Aunque Ricardo no había trabado amistades, desde luego había influido en la gente.

El libro de historia también creía que Ricardo tenía personalidad.

Era un hombre de gran habilidad, pero bastante falto de escrúpulos en cuanto a los medios que utilizaba. Reclamó descaradamente la corona con el absurdo argumento de que el matrimonio de su hermano con Isabel Woodville era ilegal y sus hijos ilegítimos. Ricardo fue aceptado por el pueblo, que temía tener por regente a un menor de edad, e inició su reinado viajando hacia el sur, donde fue bien recibido. Sin embargo, durante ese viaje, los dos jóvenes príncipes que vivían en la Torre desaparecieron y se pensó que habían sido asesinados. Entonces estalló una gran rebelión, que Ricardo aplastó con gran ferocidad. A fin de recuperar parte de la popularidad perdida, convocó al Parlamento, que aprobó útiles disposiciones contra las canonjías, los mantenimientos y las libreas.

Pero sobrevino una segunda rebelión, que adoptó la forma de una invasión, con tropas francesas lideradas por Enrique Tudor, cabeza de la rama de los Lancaster. Se encontró con Ricardo en Bosworth, cerca de Leicester, donde la traición de los Stanley brindó una espléndida oportunidad a Enrique. Ricardo murió en la batalla, que libró con gran coraje, y dejó tras de sí una reputación igual de deshonrosa que la de Juan.

¿Qué demonios eran las canonjías, los mantenimientos y las libreas?

¿Estaban conformes los ingleses con que la sucesión la decidieran las tropas francesas?

Pero, por supuesto, en los días de la guerra de las Dos Rosas, Francia todavía era una región medio adosada a Inglaterra, un país mucho menos

extraño para un inglés que Irlanda. Un inglés del siglo XV viajaba a Francia como si tal cosa, pero a Irlanda solo si estaba obligado.

Grant permaneció allí tumbado, pensando en aquella Inglaterra, el país por el cual se había librado la guerra de las Dos Rosas. Una Inglaterra muy verde, sin una sola chimenea desde Cumberland hasta Cornualles. Una Inglaterra todavía sin cercar, con grandes bosques rebosantes de caza y extensos pantanos plagados de aves silvestres. Un país con las mismas viviendas repitiéndose cada pocos kilómetros en una interminable permutación: castillo, iglesia y casas de campo; monasterio, iglesia y casas de campo; feudo, iglesia y casas de campo. Las hileras de cultivos rodeando los grupos de casas y, más allá, el verdor, ese verdor ininterrumpido, los destartalados caminos que mediaban entre un grupo y otro, enfangados en invierno y emblanquecidos por el polvo en verano, adornados con rosas silvestres o teñidos de rojo por el fruto de los espinos con el paso de las estaciones.

Durante treinta años se había librado la guerra de las Dos Rosas en aquella tierra verde y despoblada. Fue más una disputa familiar que un conflicto bélico, como el de los Montesco y los Capuleto, sin el menor interés para el inglés de a pie. Nadie irrumpía en las casas para preguntar si sus habitantes eran partidarios de la casa de York o la de Lancaster ni para llevárselos a un campo de concentración si la respuesta no era la adecuada para la ocasión. Fue una guerra pequeña, casi una fiesta privada. La batalla podía desarrollarse en el prado de al lado de tu casa, y convertir tu cocina en un hospital de campaña, para trasladarse luego a otro lugar; unas semanas después te enterabas de lo que había sucedido en aquella batalla y había una riña familiar por el desenlace, porque tu mujer probablemente era de los Lancaster y tú de los York, como quien sigue a equipos de fútbol rivales. Nadie era perseguido por ser partidario de los Lancaster o de los York, como tampoco ocurría por ser seguidor del Arsenal o del Chelsea.

Grant seguía pensando en aquella Inglaterra verde cuando se quedó

dormido, y no sabía ni un ápice más sobre los jóvenes príncipes ni sobre lo que les había deparado el destino.

—¿No tiene nada más alegre que hacer que mirar eso? —le preguntó la Enana a la mañana siguiente, refiriéndose al retrato de Ricardo que Grant había apoyado contra la pila de libros, sobre la mesita de noche.

—¿No le parece una cara interesante?

—¿Interesante? A mí me pone los pelos de punta. Es un auténtico monstruo.

—Pues cuentan los libros de historia que era un hombre muy capaz.

—También lo era Barba Azul.

—Y además era bastante popular, por lo visto.

—Igual que Barba Azul.

—Y muy buen soldado —replicó Grant maliciosamente, e hizo una pausa—. ¿También lo era Barba Azul?

—¿Para qué quiere mirar esa cara? ¿Quién es?

—Ricardo III.

—¿Acabáramos!

—¿Quiere decir que sabía cómo era?

—Exacto.

—¿Por qué?

—¿Acaso no era un asesino despiadado?

—Parece que entiende usted de historia.

—Eso lo sabe cualquiera. Mató a sus dos sobrinos, pobres muchachos. Los ahogó.

—¿Los ahogó? —preguntó Grant con interés—. No lo sabía.

—Con unas almohadas.

La enfermera golpeó la almohada de Grant con un puño frágil y

vigoroso y la colocó de nuevo con rapidez y precisión.

—¿Y por qué en lugar de ahogarlos no los envenenó?— preguntó Grant.

—Y yo que sé. El asesinato no lo organicé yo.

—¿Quién dice que los ahogó?

—Mi libro de historia del colegio.

—Vale, pero, ¿a quién citaba el libro de historia?

—¿Citar? No citaba a nadie. Solo contaba los hechos.

—¿Quién los ahogó según el libro?

—Un tal Tyrrel. ¿Es que no estudió usted historia en el colegio?

—Asistí a clases de historia, que no es lo mismo. ¿Quién era Tyrrel?

—No tengo ni la más remota idea. Un amigo de Ricardo.

—¿Y cómo supieron que había sido Tyrrel?

—Porque confesó.

—¿Confesó?

—Después de que lo declarasen culpable, por supuesto. Antes de que lo ahorcaran.

—¿Me está diciendo que el tal Tyrrel fue ahorcado por el asesinato de los dos príncipes?

—Claro. ¿Le parece si retiro esa cara tan desagradable y pongo algo más alegre? Había bastantes caras bonitas en ese montón de libros que le trajo ayer la señorita Hallard.

—No me interesan las caras bonitas, solo las espantosas, los «asesinos despiadados» que son «hombres muy capaces».

—Desde luego, sobre gustos no hay nada escrito —respondió la Enana inevitablemente—. Gracias a Dios, yo no tengo por qué mirarla. Pero en mi humilde opinión es más que suficiente para que no se le suelden a uno los huesos.

—Bueno, si no sana esta fractura siempre puedo achacárselo a Ricardo III. Imagino que una fechoría más en su historial ya no importa.

Debía preguntarle a Marta la próxima vez que viniera a visitarlo si

también había oído hablar de ese tal Tyrrel. Su cultura general no era extensa, pero había recibido una cara educación en una escuela de prestigio y puede que algo hubiese quedado acerca de ello.

Pero el primer visitante que asomó desde el mundo exterior fue el sargento Williams, alto, sonrosado y acicalado y, por un momento, Grant se olvidó de las batallas de antaño y pensó en chicos vivos. Williams se sentó en la dura silla para las visitas, con las rodillas separadas y los ojos azul claro centelleando como los de un gato deleitándose en la luz que entra por la ventana, y Grant lo miró con afecto. Era agradable volver a hablar de trabajo, utilizar ese discurso elíptico y alusivo que solo se emplea con un compañero de oficio. Era agradable conocer los cotilleos profesionales, hablar de política profesional, enterarse de qué se estaba cociendo.

—El jefe le manda recuerdos —comentó Williams mientras se disponía a marcharse—. Dice que si puede hacer algo por usted, solo tiene que decírselo. —Sus ojos, que ya no estaban deslumbrados por la luz, se clavaron en la fotografía apoyada en los libros. Williamsladeó la cabeza y la observó—. ¿Quién es ese tipo?

Grant estaba a punto de decírselo cuando cayó en la cuenta de que él también era policía, un hombre tan acostumbrado por su trabajo a los rostros como él mismo, una persona para quien las caras eran importantes a diario.

—Un retrato de un hombre pintado por un artista desconocido del siglo XV —respondió—. ¿Qué opinión le merece?

—No tengo ni idea de pintura.

—No me refiero a eso. ¿Qué opina del personaje?

—Ah, eso. —Williams se inclinó hacia delante y frunció el ceño fingiendo concentración—. ¿Qué quiere decir con qué me parece?

—¿Dónde lo situaría, en el estrado o en el banquillo de los acusados?

Williams ponderó la respuesta unos momentos y dijo con confianza:

—En el estrado, por supuesto.

—¿En serio?

—Desde luego. ¿Por qué? ¿Usted no?

—Sí, pero lo curioso del caso es que ambos estamos equivocados.

Su lugar es el banquillo de los acusados.

—Pues me sorprende —repuso Williams contemplando de nuevo el retrato—. ¿Sabe quién es, entonces?

—Sí, Ricardo III.

Williams soltó un silbido.

—¡Con que es él! Vaya, vaya. Los príncipes de la Torre y todo eso. El auténtico tío malvado. Hombre, cuando lo sabes, pues sí, pero de buenas a primeras no se te ocurre que sea un sinvergüenza. Es la viva imagen del viejo Halsbury, y si Halsbury tenía un defecto es que era demasiado blando con los canallas que se sentaban en el banquillo de los acusados. Siempre acababa favoreciéndolos en su alegato.

—¿Sabe cómo fueron asesinados los príncipes?

—No sé absolutamente nada sobre Ricardo III, excepto que su madre tardó dos años en concebirlo.

—¿Cómo? ¿De dónde ha sacado esa historia?

—Pues supongo que del colegio.

—Pues debió de ir a un colegio de lo más extraño. En mis libros no mencionaban nada de la concepción. Por eso Shakespeare y la Biblia eran como una bocanada de aire fresco en clase. Siempre aparecían hechos cotidianos. ¿Oyó hablar alguna vez de un hombre llamado Tyrrel?

—Sí, era un timador de la compañía marítima P&O. Se ahogó en el *Egypt*.

—No, no, me refiero a un personaje histórico.

—De historia solo aprendí lo de 1066 y 1603, en serio.

—¿Qué paso en 1603? —preguntó Grant pensando todavía en Tyrrel.

—Que atamos a los escoceses de pies y manos para siempre.

—Mejor eso que tenerlos encima cada cinco minutos. Dicen que

Tyrrel fue el que se encargó de liquidar a los chicos.

—¿A los sobrinos? No me suena. Bueno, tengo que irme. ¿Puedo hacer algo por usted?

—¿Ha dicho que iba a Charing Cross Road?

—Sí, al Phoenix.

—Pues podría hacerme un favor.

—Dígame.

—Entre en una librería y cómpreme una historia de Inglaterra. Pero para adultos. Y una biografía de Ricardo III si la encuentra.

—Claro.

Al salir se topó con la Amazona y pareció sorprenderse de ver a una persona tan voluminosa como él con un uniforme de enfermera. Farfulló un «buenos días» un poco avergonzado, lanzó una mirada inquisitiva a Grant y desapareció en el pasillo.

La Amazona dijo que tenía que asear al paciente número cuatro pero que primero quería saber si se había convencido.

—¿Convencido de qué?

De la nobleza de Ricardo Corazón de León.

—Todavía no he pasado de Ricardo I, pero que espere un rato el número cuatro. Explíqueme qué sabe de Ricardo III.

—¡Ay, pobrecitos! —dijo con sus ojos vacunos inundados de tristeza.

—¿Quiénes?

—Los dos muchachos. Cuando era pequeña tenía pesadillas con ellos, pensaba que alguien podía taparme la cara con una almohada mientras dormía.

—¿Así fueron asesinados?

—Claro, ¿no lo sabía? Sir James Tyrrel volvió a Londres cuando la corte estaba en Warwick y ordenó a Dighton y Forrest que los matara. Luego los enterraron en el hueco de una escalera, debajo de un montón de piedras.

—Pues en el libro que me prestó no dice nada de eso.

—Bueno, es que ese libro solo sirve para los exámenes, no sé si me entiende. No hay nada interesante en esos libros para empollar.

—¿De dónde ha sacado ese jugoso cotilleo sobre Tyrrel, si no es indiscreción?

—No es ningún cotilleo —respondió dolida—. Lo encontrará en una crónica de la época, de sir Thomas More, santo Tomás Moro, y no me dirá que hay persona más respetada o fiable en toda la historia que santo Tomás Moro, ¿verdad?

—No, no, sería de mala educación contradecir a sir Thomas.

—Pues eso dice el bendito Moro y, a fin de cuentas, él vivió en aquella época y pudo hablar con toda esa gente.

—¿Con Dighton y Forrest?

—No, por supuesto que no. Con Ricardo, la pobre reina y todos esos.

—¿La reina? ¿La reina de Ricardo?

—Sí.

—¿Pobre, por qué?

—Su vida fue espantosa. Dicen que Ricardo la envenenó porque quería casarse con su sobrina.

—¿Por qué?

—Porque era la heredera al trono.

—Ya veo. Se deshizo de los dos chavales y luego quiso casarse con su hermana mayor.

—Exacto. No podía casarse con los niños, como comprenderá.

—No, ya me imagino que ni siquiera a Ricardo III se le pasó por la cabeza algo así.

—Así que quería casarse con Isabel para sentirse más seguro en el trono, pero ella se casó con su sucesor. Era la abuela de la reina Isabel. Me encantaba la idea de que Isabel tuviese algo de Plantagenet. Nunca me gustó demasiado la rama Tudor. Ahora tengo que irme o llegará la enfermera jefe antes de que haya lavado al número cuatro.

—Eso sería el fin del mundo.

—Sería el final para mí —repuso y se marchó.

Grant cogió de nuevo el libro que le había dejado la Amazona e intentó sacar algo en claro sobre la guerra de las Dos Rosas. No hubo suerte. Los ejércitos atacaban y contraatacaban. York y Lancaster se sucedían como vencedores de manera desconcertante. Era igual de absurdo que un montón de autos de choque en una feria.

Pero a Grant le parecía que había un problema implícito, y que su germen se había plantado casi cien años antes, cuando la línea directa se rompió con el derrocamiento de Ricardo II. Lo sabía porque de joven había visto cuatro veces *Ricardo de Burdeos* en el New Theatre. Durante tres generaciones, los usurpadores de los Lancaster habían gobernado Inglaterra: el Enrique del *Ricardo de Burdeos* lo hizo infeliz pero con bastante eficacia, el príncipe Hal de Shakespeare con la batalla de Agincourt para mayor gloria y la hoguera para mayor fervor, y su hijo, medio idiota, fue un fracasado. No es de extrañar que la gente anhelara el linaje legítimo al ver que los amigos ineptos del pobre Enrique VI dilapidaban las victorias en Francia mientras Enrique se ocupaba de Eton y rogaba a las damas de la corte que se cubrieran el pecho.

Los tres Lancaster mostraban un desagradable fanatismo que contrastaba sobremanera con el liberalismo de la corte que había muerto con Ricardo II. Casi de la noche a la mañana, los métodos de vive y deja vivir de Ricardo habían dado paso a la quema de herejes, que murieron durante tres generaciones en la hoguera. Era de esperar que empezara a arder una hoguera no tan pública de descontento en el corazón del hombre de la calle.

Sobre todo porque allí, ante sus ojos, estaba el duque de York. Capaz, sensible, influyente, dotado, un príncipe espléndido por derecho propio y, por consanguinidad, heredero de Ricardo II. Quizá no desearan que este York ocupara el puesto del tonto de Enrique, pero sí que tomara las riendas del país y arreglara aquel desaguisado.

El duque de York lo intentó, y lo único que consiguió fue morir en combate, y su familia pasó mucho tiempo en el exilio o acogida a sagrado.

Pero cuando se apagaron el tumulto y el griterío, en el trono de Inglaterra estaba el hijo que había luchado junto a él en aquella desdichada batalla, y el país se tranquilizó felizmente bajo el mandato de Eduardo IV, aquel joven alto, rubio, mujeriego, sumamente hermoso, pero, sobre todo, astuto.

Y eso es todo lo que alcanzó a comprender Grant sobre la guerra de las Dos Rosas.

Levantó la vista del libro y vio a la enfermera jefe en mitad de la habitación.

—He llamado a la puerta —puntualizó ella—, pero estaba usted absorto en la lectura.

Allí estaba, delgada y distante, tan elegante a su manera como lo era Marta. Llevaba las manos de puños blancos cruzadas relajadamente delante de su estrecha cintura y el velo blanco extendido con una imperecedera dignidad. El único ornamento era el distintivo de plata de su cargo. Grant se preguntaba si existía en el mundo una pose más inquebrantable que la de la enfermera jefe de un gran hospital.

—Me ha dado por la historia —comentó Grant—. Voy con bastante retraso.

—Es una decisión admirable—respondió ella—. Pone las cosas en perspectiva. —Entonces se fijó en el retrato y dijo—: ¿Es usted de York o de Lancaster?

—Así que conoce al personaje.

—Sí, claro. Cuando estaba en prácticas pasaba mucho tiempo en la National Gallery. No tenía dinero y me dolían mucho los pies y allí se estaba calentito, se estaba tranquilo y había muchos asientos. —Esbozó una sonrisilla, recordando a aquella joven criatura, cansada y seria, que fue en su día—. Me gustaba la National porque me aportaba la misma

sensación de equilibrio que leer un libro de historia. Todos esos personajes que habían hecho cosas tan importantes en su momento. Eran solo nombres, lienzo y pintura. En aquella época vi ese retrato muy a menudo. —La enfermera volvió a fijarse en el cuadro—. Qué criatura más infeliz.

—El médico cree que sufría poliomielitis.

—¿Polio? —Lo meditó unos instantes—. Puede. No se me había ocurrido. Pero a mí siempre me ha parecido que era una infelicidad intensa. Es la cara más triste que he visto en mi vida, y he visto muchas.

—¿Cree que lo pintaron después del asesinato?

—Por supuesto que sí. Un hombre de ese calibre no hace las cosas a la ligera. Debía de ser muy consciente de la atrocidad del crimen.

—¿Le parece que era de esas personas que son incapaces de soportarse a sí mismas?

—¡Qué buena descripción! Sí, esa gente que anhela algo y luego descubre que el precio que ha pagado por ello es demasiado alto.

—¿No cree que era un villano redomado?

—No, no, en absoluto. Los villanos no sufren, y esa cara rebosa padecimiento.

Ambos contemplaron el retrato en silencio unos instantes.

—Tuvo que parecerle una especie de castigo perder a su único hijo poco después. Y la muerte de su esposa. Verse despojado de su mundo personal en tan poco tiempo, como si fuese obra de la justicia divina.

—¿Cree que quería a su mujer?

—Era su prima y se conocían desde la infancia. Así que, la quisiera o no, debía de hacerle compañía. Cuando estás sentado en un trono imagino que la compañía es una bendición poco habitual. Tengo que ir a ver cómo marcha mi hospital. Ni siquiera le he preguntado lo que tenía que preguntarle: ¿cómo se encuentra esta mañana? Pero el hecho de que muestre interés en un hombre que murió hace cuatrocientos años es buena señal.

La enfermera no se había movido de su posición original. Esbozó su leve y contenida sonrisa y con las manos todavía cruzadas frente a la hebilla del cinturón, se dirigió hacia la puerta. Irradiaba una paz trascendental. Como una monja. Como una reina.

Después del almuerzo apareció de nuevo el sargento Williams, jadeante y cargando con dos gruesos libros.

—Debería habérselos dejado al recepcionista —dijo Grant—. No era mi intención que subiera hasta aquí sudando la gota gorda.

—Quería subir a explicarle una cosa. Solo he tenido tiempo de ir a una librería, pero es la más grande de toda la calle. Es la mejor historia de Inglaterra que tienen en catálogo. Según me han dicho, es la mejor de todas. —Dejó sobre la mesita un libro de color verde salvia y aspecto austero, dando la impresión de que no se responsabilizaba de él—. No tenían ninguna biografía de Ricardo III, pero me han dado esto.

Era un libro de vivos colores con un escudo de armas en la portada. Se titulaba *La rosa de Raby*.

—¿Qué es esto?

—Por lo visto era su madre. Una tal Rosa. Tengo que irme, me esperan en Scotland Yard dentro de cinco minutos y el jefe me despellejará si llego tarde. Lo siento, no he podido hacer más. Volveré a echar un vistazo cuando pase por allí. Si no le gustan estos, veré qué puedo encontrar.

Grant estaba agradecido y así se lo dijo.

Con el sonido de las briosas pisadas de Williams de fondo empezó a inspeccionar «la mejor historia de Inglaterra que existe». Resultó que era lo que se denomina una historia «constitucional», una sobria recopilación aligerada con alguna que otra ilustración. Un dibujo del salterio de Luttrell decoraba el sistema agrícola del siglo XV, y un mapa contemporáneo de Londres dividía en dos el Gran Incendio. Reyes y

reinas se mencionaban solo de pasada. A la historia constitucional de Tanner solo le interesaban el progreso social y la evolución política, la peste negra, el invento de la imprenta, el uso de la pólvora, la creación de gremios y demás. Pero de vez en cuando, Tanner se veía obligado, por una terrible asociación, a mencionar a un rey o las relaciones que mantenía. Y esa asociación se producía en conexión con el invento de la imprenta.

Un hombre llamado Caxton abandonó la región de Kent como aprendiz de pañero de un futuro alcalde de Londres, y luego fue a Brujas con los veinte merks que su amo le había dejado en su testamento. Y cuando, bajo la monótona lluvia de los Países Bajos, dos jóvenes refugiados procedentes de Inglaterra fueron a parar a aquellas costas, con el agua hasta el cuello, fue el próspero mercader de Kent quien les prestó socorro. Los refugiados eran Eduardo IV y su hermano Ricardo; y cuando cambiaron las tornas y Eduardo regresó a Inglaterra para reinar, Caxton fue con él, y los primeros libros aparecidos en Inglaterra fueron impresos para Eduardo IV y escritos por su cuñado.

Mientras pasaba las páginas, Grant se sorprendió ante la falta de personalidad de aquella aburrida información. Las penurias de la humanidad no son las de uno, como descubrieron hace mucho tiempo los lectores de prensa. Puede que un escalofrío de horror recorra nuestra columna vertebral ante la destrucción masiva, pero el corazón permanece impertérrito. Mil personas ahogadas en una inundación en China es una noticia; un solo niño ahogado en una charca es una tragedia. Así pues, la crónica de Tanner sobre el progreso de la raza inglesa era admirable, pero tediosa. Pero aquí y allá, donde no podía evitar pinceladas personales, su narrativa cobraba un interés más inmediato. En los extractos de las cartas de los Paston, por ejemplo. Los Paston tenían la costumbre de intercalar retazos de historia entre pedidos de aceite para ensalada y preguntas sobre cómo le iba a Clement en Cambridge.

Y entre dos asuntos cotidianos aparecía el pequeño detalle de que los

dos muchachos de York, Jorge y Ricardo, vivían en la residencia londinense de los Paston, y que su hermano Eduardo iba a verlos cada día.

Es imposible, pensó Grant, dejando el libro sobre el cubrecama y contemplando el techo, ahora invisible, que alguien haya llegado al trono de Inglaterra con unas vivencias tan personales sobre la vida del hombre de a pie como Eduardo IV y su hermano Ricardo. Y puede que solo Carlos II después de ellos. Y Carlos, aun siendo pobre y un fugitivo, siempre había sido hijo de un rey, un hombre diferente. Los dos niños que vivían en la residencia de los Paston eran simplemente los bebés de la familia York, personajes sin una importancia en particular en el mejor de los casos, y en el momento en que se escribió la carta de los Paston, sin hogar y probablemente sin futuro.

Grant cogió el libro de historia de la Amazona para averiguar qué estaba haciendo Eduardo en Londres por aquellas fechas, y descubrió que estaba organizando un ejército. «El temperamento de Londres siempre fue yorkista y los hombres, entusiasmados, acudieron en tropel a la bandera del joven Eduardo», decía el libro de historia.

Y, sin embargo, el joven Eduardo, que tenía dieciocho años, era ídolo de una capital y estaba encaminado a la primera de sus victorias, aún encontraba tiempo para visitar a sus hermanos a diario.

¿Fue entonces cuando nació la asombrosa devoción de Ricardo por su hermano mayor?, se preguntaba Grant. Era una devoción inquebrantable que los libros de historia no solo no negaban, sino que utilizaban para plantear la moraleja. «Hasta el momento de la muerte de su hermano, Ricardo fue en todo momento su leal y fiel compañero, pero la tentación de la corona fue demasiado para él». O, en los términos más sencillos de *El lector de Historia*: «Había sido un buen hermano para Eduardo, pero cuando vio que podía ser rey, la codicia le endureció el corazón».

Grant miró de soslayo el retrato y llegó a la conclusión de que *El*

lector de Historia iba errado. Lo que había endurecido el corazón de Ricardo hasta el punto de cometer un asesinato no fue la codicia. ¿O acaso *El lector de Historia* se refería al ansia de poder? Probablemente. Probablemente.

Sin embargo, Ricardo poseía todo el poder que un mortal podía desear. Era hermano del rey, un hombre rico. ¿Era aquel pequeño paso adelante tan importante que fue capaz de asesinar a los hijos de su hermano para conseguirlo?

Era una situación de lo más extraña.

Grant seguía cavilando sobre aquello cuando entró la señora Tinker con un pijama limpio y su habitual resumen de los titulares de prensa. La señora Tinker jamás pasaba de la tercera línea de una noticia a menos que se tratara de un asesinato, en cuyo caso la leía de cabo a rabo y compraba un ejemplar vespertino de camino a casa para prepararle la cena al señor Tinker.

Aquel día lo envolvió la dulce burbuja de sus comentarios sobre un caso que implicaba arsénico y exhumación en Yorkshire, hasta que la señora Tinker vio el periódico de la mañana, todavía virgen, junto a los libros que había sobre la mesa, y se calló de repente.

—¿No se encuentra bien hoy? —preguntó con preocupación.

—Sí, Tink, me encuentro bien. ¿Por qué?

—Ni siquiera ha abierto el periódico. Así empezó la amiga de mi hermana a decaer, cuando no prestaba atención a lo que decían los periódicos.

—No se preocupe. Estoy mejorando. Incluso estoy de mejor humor. Me he olvidado del periódico porque he estado leyendo historia. ¿Le suenan los príncipes de la Torre?

—A todo el mundo le suenan.

—¿Y sabe cómo murieron?

—Pues claro. Los ahogó con una almohada mientras dormían.

—¿Quién?

—Ese tío suyo tan malo. Ricardo III. No debería pensar en esas cosas cuando está enfermo. Tendría que leer algo más alegre.

—¿Tiene prisa por llegar a casa, Tink, o puede pasar por St. Martin's Lane a hacerme un recado?

—No, tengo tiempo de sobra. ¿Es por la señorita Hallard? No llega al teatro hasta las seis.

—Ya lo sé, pero puede dejarle una nota y así la verá cuando llegue.

Grant cogió su cuaderno y el lápiz y escribió:

«Por lo que más quieras, búscame un ejemplar de la biografía de Ricardo 111 de Tomás Moro».

Arrancó la página, la dobló y garabateó el nombre de Marta.

—Désela al viejo Saxton, en la entrada de artistas. Ya se ocupará él de entregársela.

—Eso si me puedo acercar a la entrada de artistas con tanta gente en la cola —dijo la señora Tinker, más bien hablando por hablar—. Esa obra no la quitarán nunca.

Guardó la nota con cuidado en su bolso barato de imitación de piel con los bordes desgatados que la caracterizaba tanto como el sombrero. Cada Navidad, Grant le regalaba un bolso nuevo, cada uno de ellos una obra de arte en la mejor tradición peletera de Inglaterra, un artículo tan admirable por su diseño y tan perfecto en su ejecución que Marta Hallard podría haberlo llevado a una comida en el Blague. Pero jamás volvía a verlos. Y dado que la señora Tinker consideraba que la casa de empeños equivalía poco menos que ir a la cárcel, eso la absolvía de cualquier sospecha de sacar rédito de sus regalos. Dedujo que guardaba los bolsos en algún cajón, todavía envueltos en el papel de seda original. Puede que los sacara de cuando en cuando para enseñárselos a la gente, a veces solo para regodearse; o puede que el hecho de saber que estaban allí la enriqueciera, como podía enriquecer a otros saber que había «algo guardado para el funeral». La próxima Navidad pensaba abrir aquel bolso raído, aquel *satchel á toute faire* perenne, y meter algo en el billettero. Por

supuesto, ella lo dilapidaría en alguna fruslería y al final ni sabría qué había hecho con el dinero, pero tal vez una serie de pequeñas satisfacciones desperdigadas como lentejuelas sobre el tapiz de la vida cotidiana tuviese más valor que la satisfacción académica de poseer una colección de hermosos objetos en el fondo de un cajón.

Cuando se marchó entre crujidos, en un concierto para zapatos y faja, Grant volvió con el señor Tanner y trató de perfeccionar su mente contagiándose de su interés en la raza humana, pero le supuso un gran esfuerzo. Ni por naturaleza ni por profesión le interesaba la humanidad en general. Sus inclinaciones, tanto naturales como adquiridas, se decantaban por lo personal. Examinó las estadísticas del señor Tanner y deseaba encontrar un rey en un roble, una escoba atada a un mástil o un escocés colgado del estribo de un soldado de caballería en plena carga. Pero al menos tuvo la satisfacción de enterarse de que los ingleses del siglo XV «solo bebían agua como penitencia». Por lo visto, el labriego inglés de los tiempos de Ricardo III despertaba la admiración del continente. Tanner citó a un contemporáneo que escribía desde Francia:

El rey de Francia no permite que nadie utilice sal, excepto la que le compren a él al precio arbitrario que imponga. Las tropas no pagan nada y tratan al pueblo salvajemente si no están satisfechas. Todos aquellos que cultivan viñas deben entregar una cuarta parte al rey. Todas las ciudades deben pagar al rey grandes sumas anuales para sus soldados. Los campesinos pasan grandes penurias y miserias. No llevan prendas de lana. Su ropa consiste en justillos de arpillera, calzones por encima de la rodilla y las piernas desnudas. Las mujeres van todas descalzas. La gente no come carne, excepto la grasa del tocino que lleva la sopa. La pequeña nobleza no vive mucho mejor. Si uno de ellos es acusado de algo, se le interroga en privado y puede que nunca más se sepa de él.

En Inglaterra es muy distinto. Nadie puede morar en casa de otro hombre sin su permiso. El rey no puede aplicar impuestos, ni alterar las leyes, ni redactar otras nuevas. Los ingleses nunca beben agua, excepto por penitencia. Comen todo tipo de carne y pescado. Van vestidos con lanas de buena calidad y poseen toda clase de objetos para la casa. Un inglés no puede ser denunciado si no es ante el juez ordinario.

Grant pensó que si uno estaba sin un céntimo y quería ir a visitar al primogénito de su hija Lizzie para ver a quién se parecía, debía de ser reconfortante saber que había cobijo y una dádiva en todas las casas religiosas, en lugar de preguntarse cómo recaudaría fondos para el billete de tren. Se podían decir muchas cosas buenas de aquella Inglaterra verde con la que se había dormido la noche anterior.

Fue pasando las páginas dedicadas al siglo XV, buscando temas personales, informes individuales que, con su vivacidad, pudieran iluminar la escena igual que un foco ilumina la zona deseada de un escenario. Pero la historia era alarmantemente generalista. Según el señor Tanner, el único Parlamento de Ricardo III fue el más liberal y progresivo que se conoce; y se lamentaba el digno señor Tanner de que sus crímenes privados hubiesen ido en detrimento de sus actos manifiestos por el bien común. Y eso parecía ser todo cuanto el señor Tanner tenía que decir sobre Ricardo III. Con la salvedad de los Paston y los cotilleos que habían perdurado indestructibles a lo largo de los siglos, escaseaban los seres humanos en aquella crónica de la humanidad.

Grant dejó que el libro se deslizara de su pecho y palpó con la mano hasta que dio con *La rosa de Raby*.

La rosa de Raby resultó una obra de ficción, pero al menos era más manejable que la *Historia constitucional de Inglaterra* de Tanner. Además, era la forma casi respetable de ficción histórica que se reduce a un relato con diálogos, por así decirlo. Se trataba más de una biografía imaginativa que una historia imaginada. Evelyn Payne-Ellis, quienquiera que fuese, había añadido a la obra retratos y un árbol genealógico y, por lo visto, no había intentado lo que Grant y su prima Laura denominaban de niños «escribir a la manera isabelina». No había «por nuestras señoras», ni «natalicios», ni «bribones». Era un relato honesto que denotaba buen criterio.

Y ese criterio resultaba más esclarecedor que el del señor Tanner. Mucho más.

Grant creía que, cuando no se puede recabar información sobre un hombre, la mejor manera de hacerse una idea sobre él es investigando acerca de su madre.

Así pues, hasta que Marta no pudiera proporcionarle la biografía personal de Ricardo por el bendito e infalible Tomás Moro, tendría que conformarse con Cecilia Nevill, duquesa de York.

Observó el árbol genealógico y pensó que si Eduardo y Ricardo, los dos hermanos de la casa de York, eran reyes únicos por su experiencia de la vida corriente, no eran menos únicos en cuanto a su ascendencia inglesa. Se quedó maravillado ante sus raíces familiares. Nevill, Fitzalan, Percy, Holland, Mortimer, Clifford y Audley, además de Plantagenet. La reina Isabel era una inglesa de pura cepa (y se jactaba de ello), si contamos como inglés ese toque galés. Pero entre todos los monarcas

mestizos que habían honrado el trono entre la conquista y Jorge el Granjero —medio franceses, medio españoles, medio daneses, medio holandeses, medio portugueses—, Eduardo IV y Ricardo III destacaban por su progenie.

Grant observó que, además, la realeza les venía tanto por parte materna como paterna. El abuelo de Cecilia Nevill era Juan de Gante, primer Lancaster y tercer hijo de Eduardo III. Los dos abuelos de su marido eran también hijos de Eduardo III, así que tres de los cinco hijos de este último habían contribuido a la gestación de los dos hermanos York.

«Ser un Nevill —decía la señorita Payne-Ellis— significaba atesorar cierta importancia, pues eran grandes terratenientes. Casi con total certeza, un Nevill era atractivo, ya que eran una familia muy bella. Ser Nevill significaba tener personalidad, pues solían sobresalir en sus muestras de carácter y temperamento. Cecilia Nevill tuvo la gran suerte de reunir los tres dones de la familia en todo su esplendor; ella fue la única Rosa del norte mucho antes de que ese norte se viese obligado a elegir entre las rosas blancas y las rojas».

La señorita Payne-Ellis sostenía que el matrimonio con Ricardo Plantagenet, duque de York, fue por amor. Grant percibió aquella teoría con un escepticismo rayano en la burla hasta que descubrió las consecuencias de dicho matrimonio. Añadir a un miembro de la familia cada año no era, en el siglo XV, prueba de nada, salvo de fertilidad, y la numerosa descendencia de Cecilia Nevill con su encantador esposo auguraba, más que amor, cohabitación. Pero en una época en la que el papel de la mujer consistía en quedarse en casa sin rechistar y atender a los niños, de los continuos viajes de Cecilia Nevill en compañía de su marido se desprendía que disfrutaba excepcionalmente de su compañía. Los lugares de nacimiento de sus hijos son testimonio del alcance y la constancia de esos viajes. Ana, la primogénita, nació en Fotheringhay, la residencia familiar de Northamptonshire. Enrique, que murió cuando

todavía era un bebé, en Hatfield. Eduardo en Ruán, donde el duque se encontraba en servicio activo. Edmundo e Isabel también en Ruán. Margarita en Fotheringhay. Juan, que murió joven, en Neath, Gales. Jorge en Dublín (¿Explicaría eso, se preguntó Grant, la obstinación casi irlandesa del inefable Jorge?). Y Ricardo, también en Fotheringhay.

Cecilia Nevill no se quedaba en su casa de Northamptonshire esperando a que su dueño y señor fuera a visitarla cuando le apeteciera, sino que lo acompañaba por los mundos que habitaban. La teoría de la señorita Payne-Ellis no podía considerarse osada. No hacía falta ser muy listo para saber que había sido un matrimonio muy próspero.

Puede que eso explicara la devoción familiar de aquellas visitas diarias de Eduardo a sus hermanos pequeños, que vivían en la residencia de los Paston. La familia York, incluso antes de padecer sus tribulaciones, estaba muy unida.

Grant corroboró aquella idea de forma inesperada cuando, al pasar varias páginas, encontró una carta. Era de los dos hijos mayores, Eduardo y Edmundo, e iba dirigida a su padre. Ambos se encontraban estudiando en el castillo de Ludlow, y un sábado de Pascua, aprovechando que regresaba un correo, se quejaron de su tutor y de su carácter «odioso» y suplicaron a su padre que escuchara la historia del correo, William Smyth, que conocía a la perfección los detalles de su opresiva situación. La llamada de auxilio empezaba y terminaba con párrafos respetuosos y formales, aunque esta formalidad se veía un poco empañada cuando le agradecían que les hubiera enviado ropa pero se había olvidado del breviario.

La concienzuda señorita Payne-Ellis incluía la referencia de aquella carta (por lo visto, uno de los manuscritos Cotton) y Grant buscó más, pasando las páginas con mayor lentitud. Los datos objetivos eran el pan de cada día para un policía.

No encontró ninguna, pero sí una escena familiar que le llamó la atención unos instantes.

La duquesa salió a la tenue luz del sol de una mañana londinense de diciembre y se quedó en la escalinata para despedir a su marido, su hermano y su hijo. Dirk y sus sobrinos llevaron los caballos hasta el patio, que espantaron a las palomas y a los escandalosos gorriones posados sobre el adoquinado. Observó a su marido montar, ecuánime y pausado como de costumbre, y pensó que, pese a la emoción que demostraba, podría haber partido hacia Fotheringhay para ver a los nuevos carneros en lugar de participar en una campaña. Salisbury, su hermano, era muy Nevill y temperamental; era consciente de la situación y adoptó la actitud adecuada. Ella los observaba a ambos y sonrió para sus adentros. Pero fue Edmundo quien le robó el corazón. A sus diecisiete años, era muy esbelto, inexperto y vulnerable, henchido de orgullo y excitación por su primera campaña. Hubiera querido decirle a su marido: «Cuida de Edmundo», pero no podía hacerlo. Su marido no lo habría entendido; y Edmundo, de haberlo sospechado, se habría puesto furioso. Si Eduardo, que solo era un año mayor que él, lideraba un ejército propio en las fronteras de Gales en aquel preciso instante, entonces él, Edmundo, tenía edad suficiente para ver la guerra desde primera línea.

La duquesa se volvió hacia los tres niños pequeños que habían nacido después: Margarita y Jorge, ambos rubios y robustos, y a la zaga, como siempre, el pequeño, distinto de los demás; tenía las cejas oscuras y el cabello moreno, y parecía un visitante. Margarita, bondadosa y desaliñada, los observaba con la emoción propia de sus catorce años; Jorge contemplaba con apasionada envidia y un sentimiento de profunda rebelión por tener solo once años y ninguna relevancia en aquella ocasión marcial. El pequeño Ricardo no mostraba ninguna emoción, pero a su madre le pareció que vibraba como un tambor que se golpea

suavemente.

Los tres caballos salieron del patio entre el chacoloteo de cascos escurridizos y arreos tintineantes hasta llegar junto a los criados, que los esperaban en el camino, y los niños los despidieron con gritos y bailes.

Y Cecilia, que en su día había visto partir a tantos hombres y a tantos miembros de su familia, volvió a casa con una desacostumbrada opresión en el pecho. ¿Cuál de ellos, decía sin quererlo aquella voz interior, cuál de ellos no regresará?

Su imaginación era incapaz de concebir algo tan horrendo como el hecho de que ninguno de ellos fuese a regresar, que no volvería a verlos nunca más.

Que antes de que acabara el año, la cabeza cercenada de su marido, tocada con una burlona corona de papel, estaría clavada en la puerta Micklegate de York, y la de su hermano y su hijo en las otras dos entradas.

Puede que fuese ficción, pero arrojaba un poco de luz sobre la figura de Ricardo. Él, moreno en una familia de rubios. El, que parecía «un visitante». Él, «distinto de los demás».

Grant aparcó a Cecilia Nevill unos momentos y siguió buscando en el libro a su hijo Ricardo. Pero a la señorita Payne-Ellis no parecía interesarle demasiado Ricardo. Era tan solo el último eslabón de la familia. El magnífico joven del otro extremo era más de su agrado. Eduardo cobraba un mayor protagonismo. Junto a su primo Warwick Nevill, hijo de Salisbury, ganó la batalla de Towton y, con el recuerdo de la ferocidad de los Lancaster aún reciente y la cabeza de su padre todavía clavada en la puerta de Micklegate, dio muestras de la tolerancia que habría de caracterizarlo. En Towton se daba alojamiento a quien lo pidiera. Fue coronado rey de Inglaterra en la abadía de Westminster (y dos niños, recién llegados del exilio en Utrecht, fueron nombrados duque

de Clarence y duque de Gloucester, respectivamente). Enterró a su padre y a su hermano Edmundo con gran magnificencia en la iglesia de Fotheringhay (aunque fue Ricardo, que a la sazón tenía trece años, quien escoltó el triste cortejo, durante cinco soleados días de julio, desde Yorkshire hasta Northamptonshire, transcurridos casi seis años desde que los viera partir en la escalinata del castillo de Baynard).

Hasta que Eduardo llevaba cierto tiempo reinando no permitió la señorita Payne-Ellis que Ricardo reapareciese en el relato. Por aquel entonces estudiaba con sus primos, los Nevill, en Middleham, Yorkshire.

Mientras Ricardo se adentraba en las sombras del torreón, alejándose de la intensa luz del sol y de los arbotantes de Wensleydale, le dio la sensación de que el lugar estaba envuelto en una atmósfera extraña. Los guardias hablaban a voces en la garita y parecían desconcertados por su presencia. En medio de su repentino silencio siguió avanzando hasta un patio igualmente silencioso que debería haber sido un hervidero de actividad a aquella hora del día. Pronto llegaría la hora de comer, y tanto la costumbre como el hambre apartaban a los habitantes de Middleham de sus diversas ocupaciones cuando lo acompañaban a cenar a su regreso de la cacería. Aquella quietud, aquel abandono, no eran normales. Llevó el caballo a las cuadras, pero no había quien se ocupara de él. Mientras lo desensillaba, se fijó en un bayo ya viejo que estaba en el otro establo, un caballo que no pertenecía a Middleham, un caballo tan agotado que no había acabado de comer y tenía la cabeza colgando entre las rodillas, con aire abatido, derrotado.

Ricardo limpió su montura y la cubrió con una manta, le llevó heno y agua fresca y se marchó, pensando en aquel caballo abatido y en el misterioso silencio. Al detenerse en el umbral oyó unas voces en el salón y se preguntó si debía entrar para averiguar

qué sucedía antes de subir a sus aposentos. Mientras ponderaba la situación, alguien le chistó desde lo alto de las escaleras.

Al alzar la mirada vio la cabeza de su prima Ana asomada a la barandilla, con sus largas coletas rubias colgando como cuerdas de campana.

—¡Ricardo! —dijo, medio susurrando—, ¿te has enterado?

—¿Qué sucede? —preguntó él.

Al subir las escaleras, ella lo cogió de la mano y lo condujo a la sala de estudio del piso superior.

—Pero, ¿qué pasa? —insistió Ricardo, tratando de zafarse de Ana—. ¿Tan horrible es que no me lo puedes contar aquí?

Ana lo arrastró hasta la sala de estudio y cerró la puerta.

—¡Es Eduardo!

—¿Eduardo? ¿Está enfermo?

—¡No! ¡Es un escándalo!

—¡Ah, bueno! —dijo Ricardo con alivio. El escándalo y Eduardo siempre iban de la mano—. ¿Qué ha hecho ahora? ¿Tiene una amante nueva?

—¡Algo mucho peor! ¡Mucho, mucho peor! Se ha casado.

—¿Que se ha casado? —respondió Ricardo, tan incrédulo que su tono de voz pareció tranquilo—. No puede ser.

—Es verdad. Ha llegado la noticia desde Londres hace una hora.

—No puede haberse casado —insistió Ricardo—. Para un rey, el matrimonio es un proceso muy largo, un asunto de contratos y acuerdos, que incluso llega al Parlamento. ¿Qué te hace pensar que se ha casado?

—No es que lo piense —repuso Ana, que empezaba a impacientarse por la tibia acogida de su invectiva—. Toda la familia está discutiendo en el salón.

—¡Ana! ¿Has estado escuchando detrás de la puerta?

—Vamos, no te hagas el santurrón. Y tampoco me ha hecho falta poner demasiada atención. Se los oía desde la otra orilla del río. ¡Se ha casado con lady Grey!

—¿Quién es lady Grey? ¿Lady Grey de Groby?

—Sí.

—No puede ser. Tiene dos hijos y es bastante vieja.

—Es cinco años mayor que Eduardo y, por lo visto, guapísima.

—¿Cuándo ha sido?

—Llevan casados cinco meses. La boda se celebró en secreto en Northamptonshire.

—Pero yo creía que Eduardo iba a casarse con la hermana del rey de Francia.

—También lo creía mi padre —respondió, Ana en un tono cargado de intención.

—Desde luego, le pone las cosas muy difíciles después de tanta negociación.

—Según el correo de Londres, está que se sube por las paredes. No es solo que lo haya dejado en ridículo. Por lo visto, la chica tiene montones de parientes y él no soporta a ninguno.

—Eduardo debe de estar poseído. —Para Ricardo, que veía a su hermano como un auténtico héroe, todo lo que hacía estaba bien. Aquella locura, aquella locura innegable e inexcusable, solo podía obedecer a una posesión.

—A mi madre le partirá el corazón —sentenció.

Pensó en la valentía de su madre cuando mataron a su padre y a su hermano Edmund y el ejército de los Lancaster se hallaba cerca de las puertas de Londres. No había llorado ni se había rodeado del velo protector de la autocompasión. Lo organizó todo para que él y Jorge fueran a Utrecht como si estuviese disponiéndolo todo para que fuesen al colegio. Puede que no

volvieran a verse, pero se había esmerado en prepararles ropa de invierno para la travesía del canal de la Mancha con tranquilidad y sentido práctico.

¿Cómo encajaría aquel golpe, aquella locura destructiva, aquella estupidez demoledora?

—Sí —dijo Ana en un tono más pausado—. Pobre tía Cecilia. Es monstruoso que Eduardo haga tanto daño a todo el mundo. Monstruoso.

Pero Eduardo seguía siendo el infalible. Si había hecho algo mal era porque estaba enfermo, poseído o embrujado. Eduardo aún contaba con la lealtad de Ricardo, una lealtad incondicional.

En años posteriores, aquella lealtad —una lealtad adulta de reconocimiento y aceptación— sería igualmente incondicional.

A continuación, la historia pasaba a las tribulaciones de Cecilia Nevill y a sus esfuerzos por poner algo de orden en las relaciones entre su hijo Eduardo, medio satisfecho y medio avergonzado, y su sobrino Warwick, que estaba furioso. También había una extensa descripción de aquella belleza de indestructible virtuosismo con su famoso cabello «dorado», que había triunfado allí donde habían fracasado otras bellezas más complacientes, y de su coronación en la abadía de Reading (acompañada hasta el trono por un Warwick que protestaba en silencio y que no podía dejar de mirar la larga hilera de miembros de la familia Woodville que asistían a la investidura de su hermana Isabel como reina de Inglaterra).

La siguiente ocasión en la que Ricardo aparecía en la crónica partía de Lynn sin un penique en el bolsillo, en un navio holandés que siempre estaba atracado en el puerto cuando se le necesitaba. Con él viajaban su hermano Eduardo, lord Hastings, amigo de este último, y algunos seguidores. Todos ellos iban con lo puesto y, tras una discusión, el capitán aceptó como pago la capa de piel de Eduardo.

A la postre, Warwick llegó a la conclusión de que no soportaba al

clan de los Woodville. Había contribuido a sentar a su primo Eduardo en el trono de Inglaterra; también podía contribuir a destronarlo con igual facilidad. Para lograrlo, contaba con la ayuda de toda la rama de los Nevill y, por increíble que parezca, con el respaldo activo del inefable Jorge, quien había conjeturado que heredar la mitad de las tierras de los Montesco, los Nevill y los Beauchamp al casarse con Isabel, la otra hija de Warwick, era mejor que mantener su fidelidad a Eduardo. Al cabo de once días, Warwick se apoderaba de una Inglaterra perpleja, mientras Eduardo y Ricardo chapoteaban en el barro de octubre entre Alkmaar y La Haya.

A partir de entonces, Ricardo quedaba siempre en segundo plano, durante aquel gris invierno en Brujas. Vivía con Margarita en Borgoña. La Margarita dulce y de ojos húmedos que desde la escalinata del castillo de Baynard había visto partir a su padre junto a Jorge y él mismo, se había convertido en la flamante duquesa de Borgoña. Margarita, la dulce Margarita, estaba triste y consternada, como lo estarían muchas otras personas en el futuro, por la inexplicable conducta de Jorge, y emprendió una labor misionera con la intención de recaudar fondos para sus dos hermanos más admirables.

Ni siquiera el interés de la señorita Payne-Ellis por el magnífico Eduardo le permitía ocultar que fue Ricardo, cuando aún no había cumplido dieciocho años, quien organizó la flota de barcos con el dinero de Margarita. Y cuando Eduardo, junto a un absurdo puñado de seguidores, se vio acampando de nuevo en un prado inglés, fue Ricardo quien acudió al campamento de Jorge, ya ablandado por Margarita, para convencerlo de que sellara una alianza y, de este modo, les allanara el camino hacia Londres.

A Grant aquello no le pareció una gran hazaña. Era obvio que a Jorge se lo podía convencer de cualquier cosa. Era un prosélito nato.

Grant no había terminado *La rosa de Raby* y los ilícitos placeres de la ficción cuando, a la mañana siguiente, a eso de las once, llegó un paquete de Marta con un entretenimiento histórico más respetable: el relato de santo Tomás Moro.

El libro iba acompañado de una nota en el papel duro y caro de Marta, escrita con su caligrafía grande y torpe:

No he podido llevártelo yo misma. Ando ocupadísima. Creo que he llevado a M. M. al punto de contención sobre Blessington. Como no he encontrado a T. Moro en ninguna librería, he probado en la biblioteca pública. No sé por qué nunca pensamos en las bibliotecas públicas. A lo mejor porque creemos que los libros van a estar mugrientos. Este parece bastante limpio y nada mugriento. Tienes catorce días. Parece más una condena que un préstamo. Espero que este interés en el jorobado signifique que las ortigas pican menos. Hasta pronto.

Marta

Desde luego, el libro parecía limpio y nada mugriento, aunque un poco viejo. Pero tras el tono ligero de *La rosa*, su tipografía no despertaba demasiado interés, y sus densos párrafos resultaban imponentes. No obstante, Grant lo abordó con ímpetu. Al fin y al cabo, aquel era el libro idóneo para saber algo «de primera mano» sobre Ricardo III.

Grant volvió a la realidad una hora después, ligeramente confuso e incómodo. No es que la historia le sorprendiera; los hechos se ajustaban

bastante a lo que esperaba. Lo que no se esperaba era que sir Thomas More escribiera así:

Apenas descansaba por las noches. Se las pasaba en vela, meditando, asustado y alerta. Más que dormir, dormitaba. Su corazón inquieto no cesaba de agitarse con la tediosa impresión y el tormentoso recuerdo de sus actos más abominables.

Ningún problema. Pero cuando añadía «compartía el secreto con sus ayudas de cámara», uno se sentía súbitamente repugnado. De la página emanaba un aroma de cotilleo y sirvientes espiando detrás de las puertas, así que, sin percatarse, la simpatía del lector se apartaba del engreído comentarista y recaía en la torturada criatura incapaz de conciliar el sueño en su cama. El asesino parecía de más categoría que el hombre que escribía sobre él, lo cual no estaba bien.

Grant experimentó la misma inquietud que lo invadía cuando escuchaba a un delincuente contar una historia perfecta que tarde o temprano acabaría mostrando una fisura.

Y resultaba muy confuso. ¿Qué fisura podía presentar el relato de un hombre reverenciado por su integridad como era Tomás Moro, respetado desde hacía cuatro siglos?

El Ricardo que aparecía en la crónica de Moro, pensó Grant, lo habría reconocido la enfermera jefe. Era un hombre muy nervioso y capaz de una gran maldad y un gran sufrimiento. «Su mente no descansaba en ningún momento, nunca se sentía seguro. Sus ojos giraban sin cesar, llevaba el cuerpo protegido, las manos siempre sobre la daga, su semblante y actitud eran los de quien siempre está dispuesto a atacar de nuevo».

Y, por supuesto, estaba aquella escena dramática, por no decir histérica, que Grant recordaba de sus días de colegio, como seguramente la recordaba cualquier estudiante. La escena del Consejo en la Torre antes

de que Ricardo reclamase la corona. El repentino desafío de Ricardo a Hastings sobre el destino que debía correr un hombre que planeaba la muerte del protector del reino. La delirante acusación de que la mujer y la amante (Jane Shore) de Eduardo le habían paralizado el brazo por medio de brujería. El puñetazo que propinó sobre la mesa, que fue la señal para que sus satélites armados irrumpieran y detuviesen a lord Hastings, lord Stanley y John Morton, obispo de Ely. Y después, Hastings arrastrado hasta el patio y decapitado con un tronco que estaba a mano tras confesarse con el primer sacerdote que encontraron.

Era, sin duda, el retrato de un hombre que primero actuaba movido por la cólera, el miedo o la venganza, y después se arrepentía.

Pero, al parecer, era capaz de una iniquidad más calculada. Ordenó a un tal doctor Shaw, hermano del alcalde, que el 22 de junio ofreciera un sermón en Paul's Cross titulado «Los bastardos no echan raíces». En él, el doctor Shaw mantenía que tanto Eduardo como Jorge eran hijos de la duquesa de York y de un desconocido, y que Ricardo era el único hijo legítimo del duque y de la duquesa de York.

Resultaba tan inverosímil, tan absurdo, que Grant volvió a leerlo. Pero decía lo mismo: que Ricardo había denigrado a su madre, en público y para su propio provecho material, con una infamia increíble.

Bueno, eso decía santo Tomás Moro. Y si alguien debía saberlo a ciencia cierta, ese era Tomás Moro. Y si alguien sabía elegir lo que era creíble en un relato histórico, tenía que ser Tomás Moro, canciller de Inglaterra.

La madre de Ricardo, decía Moro, se lamentaba amargamente de la calumnia con que la había mancillado su hijo. Era comprensible, pensó Grant.

En cuanto al doctor Shaw, le abrumaba el arrepentimiento, tanto que, «al cabo de unos días se marchitó y se consumió».

Probablemente fue un ataque al corazón, concluyó Grant. Y no era de extrañar. Había que tener valor para contar aquella historia a una

multitud londinense.

El relato de Moro sobre los príncipes de la Torre coincidía con el de la Amazona, pero la versión de Moro era más detallada. Ricardo propuso a Robert Brackenbury, gobernador de la Torre, que sería conveniente que desaparecieran los príncipes, pero Brackenbury se negó a colaborar en semejante acto. Entonces, Ricardo esperó hasta llegar a Warwick, en el transcurso de su viaje por Inglaterra, tras la coronación, y envió a Tyrrel a Londres con la orden de que le entregaran las llaves de la Torre por una noche. Durante esa noche, dos rufianes, Dighton y Forrest, el uno mozo de cuadra y el otro celador, ahogaron a los dos muchachos.

En aquel momento apareció la Enana con el almuerzo y le quitó el libro, y mientras se llevaba a la boca la empanada que le habían servido, Grant volvió a pensar en el rostro del hombre del banquillo de los acusados, el hermano pequeño, fiel y paciente, que se había convertido en un monstruo.

Cuando volvió la Enana para llevarse la bandeja, Grant le preguntó: —¿Sabía usted que Ricardo III era una persona muy popular en su época? Antes de subir al trono, quiero decir.

La Enana clavó una mirada torva en el retrato.

—En mi opinión, siempre fue una alimaña. Un truhán, eso es lo que era. Un truhán que esperaba el momento propicio.

¿El momento propicio para qué?, se preguntó Grant, mientras la Enana se alejaba taconeando por el pasillo. No podía saber que su hermano moriría repentinamente a la temprana edad de cuarenta años. No pudo haber pronosticado (ni siquiera tras una infancia de intimidad como la que ambos habían compartido) que Jorge acabaría siendo un proscrito y que sus hijos serían privados de derechos de sucesión. No tenía mucho sentido «esperar el momento propicio» si no había nada que esperar. La belleza de indestructible virtuosismo y cabello dorado había sido, al margen de su incurable nepotismo, una reina admirable y dio a Eduardo una numerosa descendencia de hijos sanos, entre ellos dos niños. Toda

aquella familia, junto a Jorge, su hijo y su hija, se interponía entre Ricardo y el trono. Era poco probable que a un hombre tan ocupado con la administración del norte de Inglaterra o la lucha contra los escoceses (con un éxito asombroso) le quedara mucho tiempo para dedicarse a ser una «alimaña».

Entonces, ¿qué había hecho que cambiase de una manera tan profunda en tan corto espacio de tiempo?

Grant cogió *La rosa de Raby* para ver qué decía la señorita Payne-Ellis sobre la infausta metamorfosis del hijo menor de Cecilia Nevill. Pero la astuta escritora había esquivado el tema. Quería que el libro fuese alegre, y si lo hubiera llevado a su conclusión lógica, se habría convertido en una tragedia absoluta. Por tanto, lo había culminado con un hermoso acorde mayor en el último capítulo, en el que presentaba en sociedad a la joven Isabel, la hija mayor de Eduardo. De este modo evitó la tragedia de los hermanos pequeños de Isabel y la derrota y la muerte de Ricardo en plena batalla.

Así, el libro concluía con una fiesta palaciega y una joven Isabel, feliz y ruborizada, magnífica con su nuevo vestido blanco y sus primeras perlas, bailando con un desenfreno propio de la princesa del cuento. Ricardo y Ana, y su delicado hijo, habían venido desde Middleham para la ocasión, pero no asistieron ni Jorge ni Isabel. Isabel había fallecido misteriosamente años antes mientras daba a luz, y Jorge no guardó luto por ella. También Jorge había muerto en misteriosas circunstancias, pero, con la terquedad que le caracterizaba, ese misterio que rodeó a su desaparición le valió una fama imperecedera.

La vida de Jorge había sido una progresión de espectaculares extravagancias espirituales. Su familia siempre debía de pensar: bueno, esto es el colmo del horror; ni siquiera a Jorge se le ocurriría algo más fantástico. Y Jorge siempre los sorprendía. Su capacidad para las payasadas no conocía límites.

Puede que la semilla quedara sembrada cuando, durante su primera

recaída en compañía de su suegro, Warwick lo nombró heredero del rey marioneta Enrique VI, que estaba loco, y a quien Warwick había vuelto a sentar en el trono para fastidiar a su primo Eduardo. Las esperanzas de Warwick de ver a su hija convertida en reina y las pretensiones monárquicas de Jorge se fueron por la borda la noche en que Ricardo visitó el campamento de los Lancaster para hablar con Jorge. Puede que el sabor de la importancia fuese excesivo para un goloso nato. En los años venideros, la familia tuvo que apartarlo continuamente de caprichos inesperados o rescatarlo de su última travesura.

Cuando murió Isabel, Jorge estaba convencido de que la había envenenado su ayuda de cámara y de que otro había envenenado a su hijo. Eduardo, que consideraba que el caso era lo bastante importante como para presentarlo ante un tribunal londinense, envió un mandato judicial; pero Jorge ya había juzgado a ambas mujeres en un tribunal de primera instancia con sus propios magistrados y las había ahorcado. Enfurecido, Eduardo tomó represalias ordenando procesar a dos miembros de la casa de Jorge por traición. Jorge no se mostró comprensivo, y declaró que se trataba de un asesinato amparado por la ley y lo proclamó a los cuatro vientos en un derroche de lesa majestad.

Después decidió que quería casarse con la heredera más rica de Europa, que era la joven María de Borgoña, hijastra de Margarita. La dulce Margarita pensó que sería agradable tener a su hermano en Borgoña, pero Eduardo había acordado respaldar la petición de Maximiliano de Austria, y Jorge la pondría en continuos aprietos.

Cuando la intriga borgoñona se diluyó, la familia esperaba gozar de un poco de paz. Al fin y al cabo, Jorge era propietario de la mitad de las tierras de los Nevill y no tenía ninguna necesidad de volver a casarse para conseguir fortuna o hijos. Pero Jorge tenía pensado contraer matrimonio con otra Margarita, la hermana de Jaime III de Escocia.

Al final, sus delirios de grandeza pasaron de las negociaciones secretas emprendidas por su cuenta con las cortes extranjeras a la

exhibición pública del decreto parlamentario de los Lancaster que lo declaraba sucesor de Enrique VI, lo cual, inevitablemente, lo llevó ante otro Parlamento mucho menos dócil.

El juicio destacó sobre todo por un enfrentamiento enconado y farragoso entre los dos hermanos, Eduardo y Jorge, pero cuando se aprobó la esperada suspensión de derechos civiles, se impuso una pausa. Una cosa era despojar a Jorge de su posición, algo deseable e incluso necesario, y otra muy distinta ajusticiarlo.

Como iban transcurriendo los días y no se ejecutaba la sentencia, los Comunes enviaron un recordatorio, y al día siguiente se anunció que Jorge, duque de Clarence, había muerto en la Torre.

«Ahogado en un tonel de malvasía», dijeron en las calles de Londres. Y aquel simple comentario popular sobre el final de un borracho pasó a la historia e hizo inmortal a Jorge, cosa que no merecía.

Así pues, Jorge no asistió a aquella fiesta celebrada en Westminster, y el último capítulo de la señorita Payne-Ellis no resaltaba a Cecilia Nevill en su condición de madre, sino a una Cecilia Nevill abuela de una buena prole. Puede que Jorge muriera desacreditado, sobre el montón de hojas secas de amistades exhaustas, pero su hijo, el joven Warwick, era un muchacho bondadoso e íntegro, y a los diez años de edad, la pequeña Margarita ya daba muestras de la tradicional belleza de los Nevill. Edmundo, muerto en combate cuando tenía diecisiete años, podía parecer un absurdo desperdicio de juventud, pero para compensarlo estaba el delicado niño al que ella no pensaba que daría a luz; y tenía un hijo para sucederlo. A sus veinte años, Ricardo aún daba la impresión de ir a romperse en dos en cualquier momento, pero era duro como una raíz de brezo, y tal vez su hijo, de aspecto frágil, sería tan fuerte como él. En cuanto a Eduardo, su alto y rubio Eduardo, quizá su belleza estuviera degenerando en gordura y su amabilidad en pereza, pero sus dos hijos y cinco hijas poseían el carácter y la hermosura heredados de ambas familias.

Como abuela, podía contemplar a aquella multitud de niños con orgullo personal y, como princesa de Inglaterra, con tranquilidad. La corona estaría a salvo en el linaje de los York durante las próximas generaciones.

Si, al mirar en una bola de cristal en aquella fiesta, alguien le hubiese dicho a Cecilia Nevill que al cabo de cuatro años no solo habría desaparecido para siempre la familia York, sino también la dinastía de los Plantagenet al completo, lo habría achacado a la locura o a una traición.

Pero la señorita Payne-Ellis no había querido pasar por alto el predominio del clan Woodville en una reunión de los Nevill-Plantagenet.

Recorrió la habitación con la mirada y pensó que ojalá la naturaleza hubiera dotado a su nuera Isabel con un corazón menos generoso o con menos parientes. La unión con los Woodville había resultado mucho más feliz de lo que se esperaba; Isabel era una esposa admirable, pero las consecuencias no habían sido tan afortunadas. Quizá fuera inevitable que la tutoría de los dos muchachos recayera en su hermano mayor, y Rivers, un poco nuevo rico en su gusto por los alardes y sin duda demasiado ambicioso, era una persona culta y admirable para dejar a su cargo a los niños durante su educación en Ludlow. Pero en cuanto al resto, cuatro hermanos, siete hermanas y dos hijos de su primer marido, sobraba incluso la mitad.

Cecilia apartó la mirada del tumulto de niños que jugaban a la gallina ciega y se fijó en los adultos sentados a la mesa. Ana Woodville, casada con el heredero del conde de Essex. Eleanora Woodville, casada con el heredero del conde de Kent. Margarita Woodville, casada con el heredero del conde de Arundel. Catalina Woodville, casada con el duque de Buckingham. Jacquette Woodville, con lord Strange. María Woodville, con el heredero de

lord Herbert. Y Juan Woodville, por desgracia, con la viuda de Norfolk, que podía ser su abuela. Era bueno que savia nueva fortaleciese a las antiguas familias —siempre se había absorbido savia nueva—, pero no tanto que brotase súbitamente y a borbotones de una sola fuente. Era como una fiebre en la sangre política del país, una intromisión extranjera difícil de asimilar. Era desaconsejable y lamentable.

En fin. Quedaban muchos años para poder asimilar aquel influjo. Aquel repentino poder en la entidad política dejaría de estar tan concentrado, se propagaría, se afianzaría y cesaría de ser peligroso e inquietante. A pesar de su afabilidad, Eduardo mostraba astucia y sentido común; mantendría el equilibrio del país como lo había hecho durante casi veinte años. Nadie había gobernado Inglaterra con un poder más despótico y mano más ligera que su Eduardo, listo, perezoso y gandul.

Al final todo saldría bien.

Estaba a punto de levantarse para participar en las conversaciones culinarias —no debían de considerar que estaba siendo crítica o distante— cuando su nieta Isabel abandonó la algarabía y, riendo y sin resuello, se sentó junto a ella.

—Soy demasiado vieja para estas cosas —dijo entre jadeos—, y te destrozan la ropa. ¿Le gusta mi vestido, abuela? He convencido a mi padre para que me lo compre. Según él, bastaba con ese viejo de satén de color tostado, el que me puse cuando vino la tía Margarita de Borgoña. Eso es lo peor de tener un padre que se fija en lo que llevan las mujeres, que sabe demasiado sobre tu guardarropa. ¿Se ha enterado de que el delfín me ha dejado plantada? A mi padre se lo llevan los demonios, pero yo estoy muy contenta. Con lo que me quedaba de mi asignación le puse diez velas a santa Catalina. No quiero marcharme de Inglaterra. No quiero irme nunca más. ¿Puede solucionarlo usted, abuela?

Cecilia sonrió y dijo que lo intentaría.

—La vieja Ankaret, que lee el futuro, dice que seré reina, pero no lo entiendo, porque no hay ningún príncipe que quiera casarse conmigo. —Hizo una pausa y añadió en voz más baja—: reina de Inglaterra, dijo. Según ella, seré reina de Inglaterra. Pero yo creo que iba un poco entonada. Le encanta el vino.

Era injusto, por no decir poco artístico, que la señorita Payne-Ellis lanzara insinuaciones sobre el futuro de Isabel como esposa de Enrique VII si, como escritora, no estaba dispuesta a afrontar las cosas desagradables que mediaron entre un momento y otro. Presuponer que sus lectores sabían del matrimonio de Isabel con el primer rey Tudor equivalía a presuponer que también conocían el asesinato de su hermano. Así, sobre la festiva escena con la que decidió culminar su relato cayó la oscura sombra del recuerdo.

Pero, en general, pensó Grant, la crónica estaba bastante bien, a juzgar por lo que había leído. Puede que incluso la retomara más adelante y leyera los fragmentos que se había saltado.

Aquella noche, Grant había apagado la lámpara de la mesita de noche y estaba medio dormido cuando una voz interior le dijo: «Pero sir Thomas More era Enrique VIII».

Se despertó de repente y volvió a encender la luz.

La voz no se refería a que Tomás Moro y Enrique VIII fueran la misma persona, por supuesto, sino a que, a la hora de encasillar a los personajes en sus compartimentos, Tomás Moro correspondía al de Enrique VIII.

Grant contempló la mancha de luz que proyectaba la lámpara sobre el techo, absorto en sus disquisiciones. Si Tomás Moro fue canciller de Enrique VIII, tuvo que haber vivido durante el largo reinado de Enrique VII y también el de Ricardo III. Algo no encajaba.

Cogió la *Historia de Ricardo III* de Moro. El prefacio consistía en una breve biografía del autor que Grant no se había molestado en leer, pero la consultó para averiguar si Moro pudo ser el historiador de Ricardo III y también el canciller de Enrique VIII. ¿Qué edad tenía cuando Ricardo ascendió al trono?

Cinco años.

Cuando se produjo aquella dramática escena del Consejo en la Torre, Tomás Moro tenía cinco años, y solo ocho cuando Ricardo falleció en Bosworth.

Toda esa historia se basaba en meras habladurías.

Y si había algo que detestara un policía más que cualquier otra cosa eran las habladurías, sobre todo cuando atañían a las pruebas.

Grant estaba tan enojado que arrojó el valioso libro al suelo sin

acordarse de que pertenecía a la biblioteca pública y a él solo durante catorce días.

Moro no había conocido a Ricardo III. De hecho, se crió cuando gobernaban los Tudor. Aquel libro era la Biblia de las obras históricas consagradas a Ricardo III. Holinshed se había inspirado en aquel relato, al igual que Shakespeare y, salvo por el hecho de que Moro consideraba cierto lo que escribía, no tenía mayor validez que las palabras de un soldado cualquiera. Era lo que su prima Laura llamaba «nieve en las botas». Un acontecimiento «incontestable» visto por alguien que no era el narrador. Que Moro poseyera una mente crítica y una integridad admirable no convertía la historia en una prueba aceptable. Muchas mentes admirables habían aceptado aquel cuento sobre la marcha de tropas rusas por Gran Bretaña. Grant llevaba demasiado tiempo lidiando con la inteligencia humana como para dar por bueno el relato de una persona contado por otra sobre lo que alguien recordaba haber visto u oído.

Estaba indignado.

A la primera oportunidad que se le presentase debía conseguir una historia coetánea del breve reinado de Ricardo. La biblioteca pública podía quedarse con su Tomás Moro y con sus dichosos catorce días de préstamo mañana mismo. A él, a Alan Grant, le importaba un comino que Moro fuese un mártir y una mente privilegiada. Él, Alan Grant, había conocido a mentes privilegiadas con tan poco espíritu crítico que se tragarían historias que habrían sonrojado a un estafador. Había conocido a un gran científico que estaba convencido de que un retazo de muselina era su tía-abuela Sophia porque se lo había dicho un médium analfabeto de los barrios bajos de Plymouth. Había conocido a un gran experto en la mente humana y su evolución que se había dejado embaucar por un truhán irremediable porque «juzgaba por sí mismo y no por lo que contaba la policía». Para él, para Alan Grant, no existía nada menos crítico ni más estúpido que una mente privilegiada. Para él, para Alan

Grant, Tomás Moro era un fracaso, se podía prescindir de él; y él, Alan Grant, empezaría de cero a la mañana siguiente.

Seguía enfurecido cuando se quedó dormido, y enfurecido se despertó.

—¿Sabía usted que su querido Tomás Moro no sabía absolutamente nada sobre Ricardo III? —le dijo en tono acusador a la Amazona en el momento en que su gigantesca persona apareció por la puerta.

Ella pareció sobresaltarse, no por el anuncio de Grant, sino por su ferocidad. Parecía que en cualquier momento fuese a echarse a llorar si oía otra palabra desagradable.

—¡Por supuesto que sabía! —protestó—. Vivió en aquella época.

—Tenía ocho años cuando murió Ricardo —repuso Grant, implacable—. Y lo único que sabía era lo que le habían contado. Como yo y como usted. Como cualquiera. No hay nada incontestable en la biografía de Ricardo III de Tomás Moro. Son todo rumores, una maldita estafa.

—¿No se encuentra bien esta mañana? —preguntó la Amazona con inquietud—. No tendrá usted fiebre, ¿verdad?

—Fiebre no sé, pero se me ha disparado la tensión.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la enfermera, tomándoselo literalmente— ¡Con lo bien que estaba! La enfermera Ingham se va a disgustar mucho. Con lo que presumía ella de su buena recuperación.

Que la Enana lo considerase motivo para presumir era nuevo para Grant, pero no le procuraba satisfacción alguna. Decidió tener fiebre lo antes posible, si podía, solo para fastidiarla.

Pero la visita matutina de Marta le apartó de aquel experimento con el poder de la mente sobre la materia.

Al parecer, Marta se vanagloriaba de la salud mental de Grant tanto como la Enana se vanagloriaba de su mejora física. Estaba encantada de que sus pesquisas con James en la tienda de grabados hubieran resultado tan eficaces.

—¿Te has decidido por Perkin Warbeck entonces? —preguntó Marta.

—No, Warbeck no. Dime una cosa: ¿Por qué me trajiste un retrato de Ricardo 111? No hay ningún misterio en torno a Ricardo, ¿verdad?

—No. Supongo que nos lo llevamos como ilustración de la historia de Warbeck. No, espera un momento. Ahora que me acuerdo, James le dio la vuelta y dijo: «Si le gustan las caras, esta le encantará». Y dijo también: «Es el asesino más famoso de la historia y, sin embargo, a mí su cara me parece la de un santo».

—¡Un santo! —repitió Grant, y en aquel momento recordó una cosa—. Demasiado concienzudo —añadió.

—¿Qué?

—Nada. Me estaba acordando de la primera impresión que me causó. ¿A ti te pareció también la cara de un santo?

Marta miró la fotografía, que estaba apoyada en el montón de libros.

—No la veo bien a contraluz —dijo, y la cogió para escrutarla más de cerca.

Grant recordó de repente que, para Marta, igual que para el sargento Williams, los rostros eran una cuestión profesional. Para Marta, el arqueado de una ceja, el gesto de una boca, eran pruebas tan importantes de carácter como para Williams. De hecho, Marta imitaba los gestos de los personajes a los que encarnaba.

—A la enfermera Ingham le parece deprimente. A la enfermera Darroll le horroriza. El médico piensa que es una víctima de la polio y el sargento Williams que es un juez nato. Según la enfermera jefe, es un alma atormentada.

Marta guardó silencio unos instantes, y al fin dijo:

—Es curioso. Cuando la ves por primera vez te parece una cara mezquina, sospechosa, incluso irascible. Pero cuando te fijas un poco más, te das cuenta de que no es así. Es una cara tranquila, dulce. A lo mejor James se refería a eso con lo de «santidad».

—No, no lo creo. Se refería a la sumisión a la conciencia.

—De todos modos, es una cara increíble, ¿verdad? No es solo un montón de órganos para ver, respirar y comer. Es una cara fantástica. Con unos pocos cambios, podría ser un retrato de Lorenzo el Magnífico.

—¡No pensarás que es Lorenzo el Magnífico y que nos hemos equivocado!

—Claro que no. ¿Por qué lo dices?

—Porque nada en esta cara encaja con los hechos históricos.

Y no sería la primera vez que se confunden retratos.

—Sí, claro, pero estoy segura de que es Ricardo. El original, o el que se supone que es el original, está en el castillo de Windsor. Me lo explicó James. Forma parte del inventario de Enrique VIII, así que lleva allí cuatrocientos años más o menos. Y hay copias en Hatfield y Albury.

—Es Ricardo —dijo Grant con resignación—. No sé nada de caras. ¿Conoces a algún experto en el Museo Británico?

—¿En el Museo Británico? —repitió Marta, que seguía pendiente del retrato—. Diría que no. Al menos ahora no se me ocurre nadie. Fui una vez a ver joyas egipcias, cuando representé *Cleopatra* con Geoffrey... ¿Has visto a Geoffrey haciendo de Antonio? De lo más refinado, pero ese lugar me da miedo con tantas cosas del pasado allí guardadas. Me hizo sentirme igual que con las estrellas: pequeña e insignificante. ¿Qué necesitas del Museo Británico?

—Querría cierta información sobre la historia que se escribió en tiempos de Ricardo III. Relatos de su época.

—¿No te sirve santo Tomás, entonces?

—El bendito sir Thomas no es más que un viejo cotilla —repuso Grant con ponzoña. Le disgustaba profundamente el tan admirado Moro.

—Vaya. Con el respeto que parecía tenerle aquel hombre de la biblioteca. El evangelio de Ricardo III según santo Tomás Moro y todo eso.

—De evangelio nada —dijo Grant groseramente—. Escribió en la

Inglaterra de los Tudor lo que le habían contado sobre hechos sucedidos en la Inglaterra de los Plantagenet cuando él tenía cinco años.

—¿Cinco años?

—Sí.

—Madre mía, no es precisamente información de primera mano.

—Ni siquiera de segunda. Si lo piensas, es tan fiable como el consejo de un corredor de apuestas. Está del lado equivocado en todo momento. Si servía a los Tudor, tenía que ponerse en contra de Ricardo III.

—Sí, ya me figuro. Pero, ¿qué quieres averiguar sobre Ricardo si no hay ningún misterio que investigar?

—Quiero saber qué le ocurrió. Es el misterio más profundo con el que me he topado últimamente. ¿Qué le hizo cambiar casi de la noche a la mañana? Hasta el momento de la muerte de su hermano parecía una persona ejemplar y sentía devoción por Eduardo.

—Supongo que el honor supremo debe de ser siempre tentador.

—Fue regente hasta que el chico llegó a la mayoría de edad, protector de Inglaterra. Con su historial, sería lógico pensar que le bastaba con eso, incluso que estaba encantado: guardián del hijo de Eduardo y del reino.

—A lo mejor el mocoso era insoportable y Ricardo estaba deseando quitárselo de encima. Es curioso: siempre vemos a las víctimas como seres inocentes y puros. Como el José de la Biblia. Estoy segura de que era un joven bastante insufrible, y de hecho creo que tardaron demasiado en echarlo a la fosa. Quizá el hijo de Eduardo pidiera a voces que lo mataran.

—Eran dos —le recordó Grant.

—Sí, sí, lo sé. No tiene explicación. Fue una auténtica barbaridad. ¡Pobres corderitos! ¡Oh!

—¿A qué viene ese «¡Oh!»?

—Se me acaba de ocurrir una cosa. Me ha venido a la cabeza por lo

de los corderitos.

—¿Y bien?

—Prefiero no decírtelo por si acaso no sale. Tengo que irme pitando.

—¿Has convencido a Madeleine March para que escriba la obra?

—Bueno, todavía no ha firmado el contrato, pero creo que le gusta la idea. *Au revoir*, cariño. Volveré en breve.

Al salir pasó a todo correr junto a una sonrojada Amazona, y Grant no volvió a acordarse de los corderitos hasta que apareció uno de ellos en su habitación la tarde del día siguiente. El corderito llevaba gafas con montura de pasta, que por alguna extraña razón resaltaban el parecido en lugar de atenuarlo. Grant había estado dormitando, más en paz con el mundo de lo que lo había estado en mucho tiempo. La historia, como decía la enfermera jefe, era una excelente manera de ver las cosas con perspectiva. Llamaron a la puerta con tanta indecisión que Grant pensó que eran imaginaciones suyas. En los hospitales no se puede llamar a las puertas de aquella manera. Pero algo le empujó a decir: «¡Adelante!», y en el umbral apareció el corderito de Marta, tan inconfundible que Grant no pudo contener una carcajada.

El joven parecía tímido. Sonrió nerviosamente, se colocó las gafas sobre la nariz con su largo y delgado índice, se aclaró la garganta y dijo:

—¿Señor Grant? Me llamo Carradine, Brent Carradine. Espero no haberle despertado.

—No, no. Pase, señor Carradine. Encantado de conocerle.

—Vengo de parte de Marta. O sea, de la señorita Hallard. Me ha dicho que quizá podría ayudarle.

—¿Y le dijo cómo? Siéntese, por favor. Hay una silla detrás de la puerta. Acérquela.

Era un chico alto, con delicados rizos rubios que coronaban una frente despejada. No llevaba sombrero, pero sí un abrigo de mezclilla desabrochado que le venía demasiado grande y lucía unas negligentes arrugas, a la estadounidense. De hecho, saltaba a la vista que el muchacho

era estadounidense. Acercó la silla, se plantó en ella con el abrigo extendido alrededor del cuerpo como si de una túnica monárquica se tratase y miró a Grant con unos amigables ojos marrones cuyo luminoso encanto no podían atenuar ni siquiera las gafas de pasta.

—Marta, o sea, la señorita Hallard, me ha dicho que quería que recabara cierta información.

—¿Y es usted recabador?

—Estoy investigando, aquí, en Londres. Investigación histórica, quiero decir. Y me dijo que necesitaba usted algo parecido. Sabe que trabajo en el Museo Británico casi todas las mañanas. Estaría encantado de ayudarle en lo que sea, señor Grant.

—Es usted muy amable. ¿En qué está trabajando? Quiero decir, ¿qué investiga?

—La revuelta de los campesinos.

—Ah. Ricardo II.

—Eso es.

—¿Le interesan las reformas sociales?

El joven esbozó de repente una sonrisa muy poco estudiantil y respondió:

—No, lo que me interesa es quedarme en Inglaterra.

—¿Y no puede vivir en Inglaterra sin hacer una investigación?

—No sería fácil. Necesito una excusa, porque mi padre quiere que me dedique al negocio familiar. Es una empresa de muebles, de venta al por mayor. Se encargan por correo. Venta por catálogo. No me malinterprete, señor Grant, son unos muebles fantásticos que duran toda la vida, pero no me interesa demasiado el mobiliario.

—Y, al no poder explorar el Polo, el mejor escondite que se le ha ocurrido es el Museo Británico.

—Hombre, se está calentito, y me gusta mucho la historia. Me he especializado en la materia. Y, bueno, si quiere que le diga la verdad, tenía que seguir a Atlanta Shergold a Inglaterra. Es la rubia tonta que sale

en la obra de Marta, o sea, de la señorita Hallard. Quiero decir, representa el papel de la rubia tonta, porque Atlanta de tonta no tiene nada.

—Desde luego que no. Tiene mucho talento esa joven.

—¿La ha visto?

—No creo que exista nadie en Londres que no la haya visto.

—Me imagino. Esa obra es eterna, ¿verdad? Atlanta y yo no pensábamos que fuera a durar más de unas semanas, así que nos despedimos diciendo: «¡Hasta principios de mes!». Cuando vimos que iba a estar en cartel indefinidamente tuve que encontrar una excusa para venir a Inglaterra.

—¿Atlanta no era suficiente excusa?

—¡Para mi padre no! Mi familia es muy estirada con Atlanta, sobre todo mi padre. Cuando se digna mencionarla la llama «esa joven actriz que conoces». Verá, mi padre es Carradine III, mientras que el de Atlanta es a lo sumo Shergold I. Tiene una pequeña tienda de comestibles en Main Street, y es muy buena gente, por cierto. Atlanta no hizo gran cosa en Estados Unidos. En el teatro, quiero decir. Este es su primer gran éxito. Por eso no quería rescindir el contrato y volver a casa. De hecho, será un suplicio conseguir que vuelva. Dice que allí no hemos apreciado nunca su talento.

—Así que usted se decantó por la investigación.

—Tenía que pensar en algo que solo pudiera hacer en Londres. En la universidad ya había realizado algunas investigaciones. El Museo Británico me venía como anillo al dedo. Me lo pasaría bien y de paso le demostraría a mi padre que estaba trabajando en serio.

—Pues es la mejor excusa que he oído en mi vida. Y ¿por qué la revuelta de los campesinos?

—Bueno, es una época interesante, y supuse que a mi padre le gustaría.

—¿Le interesan las reformas sociales?

—No, pero odia a los reyes.

—¿Carradine III?

—Sí. Es de risa, ¿no? No me extrañaría que guardara una corona en una de sus cajas fuertes. Seguro que la saca de vez en cuando y se la prueba en el lavabo de Grand Central. Me parece que le estoy aburriendo contándole mi vida, señor Grant. No he venido para eso, sino para...

—Da igual para lo que haya venido, es usted como maná del cielo. Así que relájese. Si no tiene prisa, claro.

—Yo nunca tengo prisa —respondió el joven, descruzando las piernas y extendiéndolas. Al hacerlo, aquellos pies situados al final de sus largas extremidades rozaron la mesita de noche y el retrato de Ricardo III se tambaleó y acabó cayendo al suelo.

—¡Oh, discúlpeme! ¡Qué torpe soy! A mis veintidós años todavía no me he acostumbrado a estas piernas tan largas. —Recogió la fotografía, la limpió cuidadosamente con la manga y la miró con interés—. Ricardus III. Ang. Rex. —leyó en voz alta.

—Es usted la primera persona que se fija en esa leyenda —dijo Grant.

—Bueno, supongo que no se distingue si uno no presta atención. Y usted es la primera persona que conozco que tiene un rey como si fuese una modelo de revista.

—No es precisamente una belleza, ¿verdad?

—No lo sé —contestó con lentitud—. Como cara no está mal. Tuve un profesor en la universidad que se parecía bastante a él. Como se alimentaba de bismuto y vasos de leche tenía una visión un tanto negativa de la vida, pero era la persona más bondadosa que se pueda imaginar. ¿Lo que usted quiere es información sobre Ricardo?

—Sí, pero nada demasiado abstruso ni difícil. Solo me gustaría saber quién es la máxima autoridad en el tema.

—Bueno, es bastante sencillo. No se aleja demasiado de mi época. Quiero decir, del período que estoy investigando. De hecho, la autoridad moderna en Ricardo II, sir Cuthbert Oliphant, abarca los dos. ¿Ha leído a

Oliphant?

Grant contestó que solo había leído libros de texto y a Tomás Moro.

—¿Moro? ¿El canciller de Enrique VIII?

—Sí.

—¡Pues imagino que debe de ser un alegato especial!

—A mí me ha parecido más bien un panfleto de partido —replicó

Grant, y por primera vez se dio cuenta de que ese era el sabor de boca que le había dejado. No parecía el relato de un hombre de Estado, sino una octavilla.

No, parecía un columnista que recababa la información a base de habladurías.

—¿Sabe algo sobre Ricardo III?

—Aparte de que mató a sus sobrinos y que ofreció su reino por un caballo, nada. Y que tenía dos secuaces llamados el Gato y el Ratón.

—¿Qué?

—«El Gato, el Ratón y Lovel, nuestro perro, gobiernan toda Inglaterra bajo un cerdo».

—Claro, claro. No me acordaba. Pero, ¿sabe qué significa?

—No tengo ni idea. No conozco muy bien esa época. ¿Cómo es que se ha interesado por Ricardo III?

—Marta me propuso que hiciera algún tipo de investigación académica, ya que no podré dedicarme a la investigación práctica en una buena temporada. Y como me interesan las caras, me trajo retratos de los personajes más importantes. Es decir, los personajes más importantes de los misterios que propuso ella. Ricardo llegó más o menos por casualidad, pero ha resultado ser el más misterioso de todos.

—¿Sí? ¿En qué sentido?

—Es el artífice del crimen más repugnante de la historia y, sin embargo, tiene la cara de un gran juez, de un gran administrador. Además, según todos los testimonios, fue una persona anormalmente civilizada y de buen vivir. Y, en efecto, fue un buen administrador.

Gobernó el norte de Inglaterra a las mil maravillas. Fue un buen jefe militar y un buen soldado y, que se sepa, no pasó nada malo en su vida privada. Su hermano, como sabrá, fue nuestro producto real más mujeriego, a excepción de Carlos II.

—Sí, sí. Eduardo IV, lo conozco. Un metro ochenta de belleza masculina. Tal vez Ricardo estuviese resentido por el contraste. Eso explicaría su deseo de aniquilar la semilla de su hermano.

Grant no había pensado en eso.

—¿Insinúa que Ricardo sentía un odio reprimido hacia su hermano?

—¿Por qué reprimido?

—Porque incluso sus mayores detractores reconocen que idolatraba a su hermano. Lo hicieron todo juntos desde que Ricardo tenía doce o trece años. El otro hermano, Jorge, no le hizo bien a nadie.

—¿Qué Jorge?

—El duque de Clarence.

—¡Ah, ese! Clarence, el barril de vino dulce.

—El mismo. Así que solo cuentan dos, Eduardo y Ricardo. Se llevaban diez años, la diferencia idónea para el culto al héroe.

—Si yo fuera jorobado —dijo el joven Carradine, pensativo—, también odiaría a un hermano que me arrebatara mis méritos, mis mujeres y mi reconocimiento público.

—Es posible —repuso Grant tras una breve pausa—. Es la mejor explicación que he encontrado hasta el momento.

—A lo mejor no era algo obvio, puede que ni siquiera fuese consciente. Quizás estalló cuando vio que podía hacerse con la corona. A lo mejor dijo, o sea, su sangre dijo: «¡Esta es la mía! Tantos años de un lado para otro, siempre a la zaga, y encima ni me lo agradece. Ahora me las va a pagar. Ahora vamos a saldar cuentas».

Grant se percató de que, por pura casualidad, Carradine había utilizado la misma descripción de Ricardo que la señorita Payne-Ellis. A la zaga. Así lo veía la novelista, con Margarita y Jorge, rubios y fuertes,

en la escalinata del castillo de Baynard, viendo cómo su padre se iba a la guerra. A la zaga, «como siempre».

—Pero es muy interesante eso que dice de que Ricardo fue un buen muchacho hasta el momento del crimen —añadió Carradine, recolocándose una patilla de las gafas de pasta con el largo dedo índice en su ademán característico—. Le hace más humano. La versión de Shakespeare es una caricatura. No parece un hombre en absoluto. Estaré encantado de investigar lo que usted quiera, señor Grant. Me vendrá bien aparcar un rato a los campesinos.

—El Gato y el Ratón en lugar de John Ball y Wat Tyler.

—Eso es.

—Pues es usted muy amable. Le agradecería cualquier cosa que pueda averiguar, pero de momento lo único que quiero es un relato contemporáneo de los hechos. Quiero leer una crónica de la época, no lo que alguien oyó cuando tenía cinco años, viviendo bajo otro régimen.

—Averiguaré quién es el historiador de la época. Puede que Fabyan. ¿O era de los tiempos de Enrique VII? Bueno, ya lo averiguaré. Mientras tanto, puede echar un vistazo a Oliphant. Es la autoridad moderna de ese período, o eso tengo entendido.

Grant respondió que le encantaría leer a sir Cuthbert.

—Se lo traeré cuando pase por aquí mañana... Supongo que se lo puedo dejar en recepción, ¿no? Y en cuanto sepa quiénes son los escritores contemporáneos vendré a informarle. ¿Le parece?

Grant dijo que le parecía perfecto.

Carradine se mostró tímido de repente, y le recordó a Grant al corderito que había olvidado ante el interés que despertaba en él aquella nueva perspectiva sobre Ricardo. Le dio las buenas noches en un tono contenido y salió tranquilamente de la habitación, seguido de los amplios faldones del abrigo.

Grant pensó que, aparte de la fortuna de Carradine, Atlanta Shergold había encontrado a un buen muchacho.

—Bueno, ¿qué te ha parecido mi corderito? —preguntó Marta cuando volvió al hospital.

—Te agradezco muchísimo que me lo hayas buscado.

—No me ha hecho falta buscarlo. Es un tostón. Si no ha visto *El mar en un cuenco* quinientas veces, no la ha visto ninguna. Cuando no está en el camerino de Atlanta está en primera fila. Ojalá se casen para verlo menos. Ni siquiera viven juntos. Es puro idilio. —Marta renunció a su voz de «actriz» por unos momentos y dijo—: Son una monada. En cierto sentido, parecen gemelos en lugar de amantes. Tienen una confianza absoluta el uno en el otro, esa dependencia de la otra mitad que constituye un todo perfecto. Y no se pelean nunca, ni siquiera discuten, que yo sepa. Lo que te decía, un idilio. ¿Esto te lo ha traído Brent?

Marta toqueteó el grueso volumen de Oliphant con un dedo vacilante.

—Sí, lo dejó en recepción.

—Tiene pinta de indigesto.

—Poco apetitoso. Se digiere bastante bien una vez que te lo has tragado. Es historia para estudiantes, expuesta con todo lujo de detalles.

—¡Buf!

—Al menos ya sé de dónde sacó el respetado Tomás Moro su biografía de Ricardo.

—¿Ah, sí? ¿De dónde?

—De un tal John Morton.

—No he oído hablar de él en mi vida.

—Ni yo, pero porque somos unos ignorantes.

—¿Quién era?

—Fue arzobispo de Canterbury durante el reinado de Enrique VII, y el peor enemigo de Ricardo.

Si Marta hubiera sabido silbar, lo habría hecho.

—Así que de ahí salió la información de primera mano —dijo.

—Exacto. Y las posteriores biografías de Ricardo se inspiraron en ella. Así lo hizo Holinshed para escribir su historia y Shakespeare para crear su personaje.

—Así que es la versión de alguien que odiaba a Ricardo. No lo sabía. ¿Por qué recurrió Moro a Morton y no a otro?

—Fuese quien fuese, estaba de parte de los Tudor, pero por lo visto recurrió a Morton porque había vivido en su casa cuando era pequeño. Y, por supuesto, Morton había estado «en el lugar de los hechos», así que era lógico que se basara en la versión de un testigo cuya crónica podía conocer de primera mano.

Marta volvió a tocar el libro de Oliphant con el dedo.

—¿Este historiador tan gordo y aburrido reconoce que es una versión sesgada?

—¿Oliphant? Solo implícitamente. Para ser sinceros, él también se arma un lío con Ricardo. En la misma página dice que era un administrador y un general admirables, con una excelente reputación, serio e intachable, muy popular en comparación con los advenedizos de los Woodville (los parientes de la reina) y que mostraba «una falta absoluta de escrúpulos y estaba dispuesto a derramar sangre por la corona que tenía a su alcance». En otra página reconoce a regañadientes: «Hay razones para creer que no estaba desposeído de conciencia», y más adelante cita la descripción de Moro de un hombre tan atormentado por sus actos que no podía conciliar el sueño.

—O sea, que ese gordo y aburrido de Oliphant prefiere las rosas rojas, ¿no?

—No creo. Dudo que sea partidario de los Lancaster de forma

consciente, aunque, ahora que lo pienso, es muy tolerante con la usurpación de Enrique VII. Que yo recuerde, en ninguna parte dice claramente que Enrique no tuviera el menor derecho al trono.

—Entonces, ¿quién lo puso en él? A Enrique, quiero decir.

—Lo que quedaba de los Lancaster y los advenedizos de los Woodville, respaldados, imagino, por un país repugnado por el asesinato de los chicos. Por lo visto, les habría servido cualquiera con una gota de sangre Lancaster en las venas. El propio Enrique era lo suficientemente astuto para colocar en primer lugar la palabra «conquista» en sus aspiraciones al trono y, en segundo lugar, su sangre Lancaster. «*De jure belli et de jure Lancastriae*». Su madre era la heredera de un hijo ilegítimo del tercer hijo de Eduardo III.

—Lo único que sé de Enrique VII es que era enormemente rico y tacaño. ¿Conoces esa historia preciosa de Kipling que dice que armó caballero a un artesano no por trabajar bien, sino por haberle ahorrado los gastos de unas volutas que le había hecho?

—Con una espada oxidada que tenía detrás de una cortina, sí. Debes de ser una de las pocas mujeres que conocen bien a Kipling.

—Bueno, soy una mujer extraordinaria en muchos sentidos. Vamos, que no sabes mucho más sobre la personalidad de Ricardo que al principio.

—No. Estoy tan perdido como sir Cuthbert Oliphant, que Dios le bendiga. Lo único que nos diferencia es que yo sé que estoy confuso y él parece no ser consciente de ello.

—¿Has visto a mi corderito?

—No he vuelto a verle desde la primera vez que vino, y de eso hace ya tres días. Empiezo a pensar que a lo mejor se ha arrepentido de su promesa.

—No, no, seguro que no. La fidelidad es su bandera y su credo.

—Como Ricardo.

—¿Como Ricardo?

—Su lema era: *Loyauté me lie*. La lealtad me obliga.

Alguien llamó a la puerta dubitativamente, y en respuesta a la invitación de Grant, apareció Brent Carradine envuelto en su abrigo, como de costumbre.

—¡Vaya! ¿Interrumpo algo? No sabía que estaba aquí, señorita Hallard. He visto a la estatua de la Libertad en el pasillo y creía que estaba usted solo, señor Grant.

Grant no tuvo dificultades para identificar a la estatua de la Libertad. Marta dijo que ya se marchaba y que, además, a Brent se le esperaba con mucho más agrado que a ella últimamente. Los dejaba en paz para que siguieran buscando el alma de un asesino.

Tras acompañarla a la puerta, Brent se sentó en la silla de las visitas con el mismo aire que adopta un inglés cuando se apoltrona ante un vaso de oporto una vez que las mujeres han abandonado la mesa. Grant pensó incluso si aquel estadounidense dominado por una mujer se sentiría aliviado inconscientemente al asistir a una fiesta de despedida de soltero. Cuando Brent le preguntó qué tal le iba con Oliphant, respondió que sir Cuthbert le resultaba admirablemente lúcido.

—Y además he descubierto quiénes eran el Gato y el Ratón. Dos caballeros absolutamente respetables del reino: William Catesby y Richard Ratcliffe. Catesby era presidente de la Cámara de los Comunes, y Ratcliffe uno de los embajadores para sellar la paz con Escocia. Es curioso que el simple sonido de las palabras convierta un eslogan político en algo tan despiadado. Por supuesto, el cerdo era la insignia de Ricardo. *El cerdo blanco*¹ ¿Frecuenta usted nuestros pubs ingleses?

—Por supuesto. Es una de las cosas que, en mi opinión, ustedes hacen mejor que nosotros.

—Espero que pueda perdonarnos la forma de servir la cerveza en los pubs.

—Yo no diría tanto como perdonar. Digamos que no se lo tengo en cuenta.

—Muy magnánimo por su parte. Pues tendrá que pasarnos por alto algo más: esa teoría suya según la cual Ricardo odiaba a su hermano por el contraste entre la belleza de uno y la joroba del otro. Según sir Cuthbert, lo de la joroba es un mito, y lo del brazo paralizado también. Al parecer, no tenía ninguna deformidad visible, al menos nada importante. Simplemente tenía el hombro izquierdo más bajo que el derecho. ¿Ha averiguado quién es el historiador de la época?

—No lo hubo.

—¿Ninguno?

—No en el sentido que usted quería. Hay escritores que fueron contemporáneos de Ricardo, pero escribieron después de su muerte para los Tudor. Vaya, que no sirven de nada. Hubo un monje que escribió una crónica en latín por aquella época, pero todavía no la he encontrado. Sin embargo, he descubierto una cosa: dicen que esa biografía de Ricardo III es de Tomás Moro no porque él la escribiera, sino porque encontraron el manuscrito entre sus papeles. Era una copia inacabada de una narración que apareció en otra parte en su forma completa.

—¡Vaya! —Grant reflexionó unos momentos con interés—. ¿Quiere decir que era una copia manuscrita del mismísimo Moro?

—Sí, de su puño y letra. La escribió cuando tenía unos treinta y cinco años. En aquellos tiempos, antes de que se extendiera la imprenta, lo normal eran las copias manuscritas de libros.

—Por tanto, si la información provino de John Morton, es probable que fuera Morton quien escribiera la biografía.

—Exacto.

—Lo cual explicaría la... falta de sensibilidad. No creo que a un trepador como Morton le ruborizara el uso de cotilleos. ¿Sabe algo de él?

—No.

—Era abogado y se metió a clérigo, y era el mayor chupóptero que se recuerda. Se decantó por los Lancaster y les fue fiel hasta que estuvo claro que Eduardo IV se alzaría con la victoria. Entonces hizo las paces

con los York y Eduardo lo nombró obispo de Ely, además de párroco de ni se sabe cuántos lugares. Pero cuando Ricardo subió al trono, apoyó primero a los Woodville y después a Enrique Tudor, y acabó con el capelo cardenalicio cuando Enrique VII lo nombró arzobispo de...

—¡Un momento! —dijo el chico, divertido—. Claro que lo conozco. Es el del «dilema de Morton»: «Como no puedes gastar mucho, dale algo al rey; si gastas mucho, debes de ser muy rico, así que, ¿por qué no le das algo al rey?».

—El mismo. Era el mejor aplastapulgaes de Enrique. Y se me acaba de ocurrir una razón por la que podría haber sentido un odio personal hacia Ricardo mucho antes del asesinato de los chicos.

—¿Cuál?

—Eduardo aceptó un cuantioso soborno de Luis XI para firmar una paz deshonrosa con Francia. Ricardo montó en cólera (fue un asunto realmente vergonzoso) y se lavó las manos, lo que le supuso rechazar una gran suma de dinero. Pero Morton estaba a favor del trato y del dinero. De hecho, recibió una pensión de Luis, y bien generosa: dos mil coronas al año. No creo que las críticas abiertas de Ricardo le sentaran demasiado bien, aun disponiendo de un buen montón de oro para digerirlas.

—No, supongo que no.

—Y, claro, Morton no podía esperar los mismos favores de Ricardo, un hombre conservador, que de Eduardo, que era más despreocupado. Así que se habría puesto del lado de los Woodville aunque no se hubiera cometido el asesinato.

—Hablando del asesinato... —empezó Brent.

—Sí...

—El asesinato de los dos muchachos. ¿No le parece raro que nadie hable de él?

—¿A qué se refiere con que nadie habla de él?

—Durante los tres últimos días he estado leyendo documentos de la época, cartas y demás, y nadie menciona a los muchachos.

—A lo mejor tenían miedo. En aquellos tiempos compensaba ser discreto.

—Sí, pero voy a decirle una cosa todavía más extraña: ya sabe que Enrique presentó un proyecto de ley contra Ricardo, después de Bosworth. Quiero decir, lo presentó ante el Parlamento. Pues bien, en él acusa a Ricardo de crueldad y tiranía, pero ni siquiera menciona el asesinato.

—¿Cómo? —exclamó Grant, sorprendido.

—No me extraña que le sorprenda.

—¿Está seguro?

—Totalmente.

—Pero Enrique tomó posesión de la Torre inmediatamente después de llegar a Londres, tras lo de Bosworth. Si los chicos habían desaparecido, es increíble que no lo hiciera público al instante. Era el as que tenía en la manga. —Guardó silencio unos segundos, un tanto perplejo. Los gorriones se peleaban con gran escándalo en el alféizar—. No lo entiendo —dijo—. ¿De qué manera podía beneficiarle ocultar la desaparición de los niños?

Brent cambió de posición para estar más cómodo.

—Solo le encuentro una explicación —prosiguió—. Que los chicos no hubieran desaparecido.

Esta vez se impuso un silencio aún más prolongado mientras se observaban el uno al otro.

—No tiene sentido —repuso Grant—. Tiene que haber una explicación lógica que no hemos sabido ver.

—¿Como por ejemplo?

—No lo sé. No he tenido tiempo de pensar en ello.

—Yo he tenido casi tres días para meditar y todavía no he encontrado una sola razón que cuadre. Nada encaja con los hechos, excepto que los chicos seguían con vida cuando Enrique se apoderó de la Torre. El proyecto de ley carecía de escrúpulos; se acusaba de traición a

los seguidores de Ricardo, a los fieles seguidores de un rey ungido que luchaban contra un invasor. Enrique embutió en aquel proyecto de ley todas las acusaciones que pudo con la esperanza de salirse con la suya. Y la peor acusación contra Ricardo era su crueldad y su tiranía, pero ni siquiera se menciona a los muchachos.

—Fantástico.

—Increíble, pero cierto.

—Eso significa que en aquel momento no hubo acusación alguna.

—Más o menos.

—Pero, espere un momento. Tyrrel fue ahorcado por el asesinato. Confesó antes de morir. —Grant cogió el libro de Oliphant y pasó rápidamente las páginas en busca de la cita exacta—. Por aquí hay una descripción completa. No era ningún misterio. Hasta la estatua de la Libertad lo sabe.

—¿Quién?

—La enfermera que vio en el pasillo. Tyrrel cometió el asesinato, lo declararon culpable y confesó antes de morir.

—¿Eso ocurrió cuando Enrique subió al trono en Londres?

—Un momento. Aquí lo tenemos. —Leyó por encima el párrafo—. No, fue en 1502—. De repente se dio cuenta de lo que acababa de decir y lo repitió con aire de perplejidad—: En... 1502.

—Pero, pero... eso fue...

—Sí. Casi veinte años más tarde.

Brent rebuscó en los bolsillos, sacó su pitillera y volvió a guardarla apresuradamente.

—Fume si quiere —dijo Grant—. Lo que yo necesito es una buena copa. Me parece que no me funciona muy bien el cerebro. Me siento igual que de niño, cuando me vendaban los ojos y me daban vueltas para jugar a la gallina ciega.

—Sí —respondió Carradine. Sacó un cigarrillo y lo encendió—. En la oscuridad más absoluta, y con un buen mareo.

El joven permaneció allí sentado, mirando a los gorriones.

—Cuarenta millones de libros de texto no pueden estar equivocados —apuntó Grant al cabo de unos momentos.

—¿Ah, no?

—¡Digo yo!

—Eso mismo pensaba yo, pero ya no estoy tan seguro.

—¿No está un poco escéptico, así de golpe?

—No es eso lo que me ha desconcertado.

—¿Entonces, qué?

—Un asunto conocido como la masacre de Boston. ¿Ha oído hablar de él?

—Claro.

—Bueno, pues yo descubrí por casualidad, mientras buscaba unas cosas en la universidad, que la masacre de Boston consistió en que una multitud arrojó piedras a unos centinelas. En total hubo cuatro víctimas. Yo me crié con la masacre de Boston, señor Grant. Se me hinchaba el pecho cada vez que la recordaba. Mi sangre atiborrada de espinacas hervía al pensar en aquellos ciudadanos indefensos acribillados por los disparos de las tropas británicas. Ni se imagina la sorpresa que fue para mí descubrir que todo se había reducido a una simple reyerta que solo habría quedado reflejada en la prensa local de Estados Unidos si se tratara de un enfrentamiento entre la policía y unos huelguistas.

Puesto que Grant no contestó, Carradine lo miró de soslayo para ver cómo se lo había tomado. Pero él seguía pendiente del techo, como si estuviese observando los dibujos que se formaban en él.

—En parte, por eso me gusta tanto la investigación —aventuró Carradine, y volvió a mirar a los gorriones.

En ese momento, Grant extendió la mano sin mediar palabra, y Carradine le dio un cigarrillo y se lo encendió.

Ambos se pusieron a fumar en silencio.

Fue Grant quien interrumpió el espectáculo de los gorriones.

—Tonypandy —espetó.

—¿Cómo?

Pero Grant todavía estaba muy ausente.

—Al fin y al cabo, lo he visto en mi trabajo —dijo, no a Carradine, sino al techo—. Se trata de Tonypandy.

—¿Y qué demonios es Tonypandy? —preguntó Brent—. Me suena a medicamento sin receta. ¿Su hijo está decaído? ¿Se le pone la cara colorada, está de mal humor y se cansa con facilidad? Adminístrele Tonypandy al chaval y compruebe sus espléndidos resultados. —Y como Grant seguía sin contestar, añadió—: De acuerdo. El Tonypandy para usted. No lo querría ni regalado.

—Tonypandy —dijo Grant, aún con aquella voz de sonámbulo— es un pueblo del sur de Gales.

—Sabía yo que era algún tipo de purgante.

—Si va al sur de Gales le contarán que, en 1910, el Gobierno envió soldados para que dispararan contra los mineros que iniciaron una huelga por sus derechos. Probablemente oirá que el responsable fue Winston Churchill, que por aquel entonces era ministro del Interior. ¡Le dirán que el sur de Gales jamás olvidará Tonypandy!

El aire displicente de Carradine se desvaneció.

—¿Y no fue más o menos así?

—Los hechos se desarrollaron de la siguiente manera: la gente más violenta del valle de Rhondda se había descontrolado. Desvalijaban las tiendas y destruían propiedades. El jefe de policía de Glamorgan solicitó al Ministerio del Interior que enviara soldados para proteger a los señores feudales. Si un jefe de policía considera que una situación es lo bastante grave para pedir ayuda al ejército, un ministro del Interior no tiene muchas opciones. Pero a Churchill le horrorizó tanto la posibilidad de que los soldados se enfrentaran directamente a la multitud y tuvieran que disparar contra ella que impidió el envío de tropas y mandó a un grupo de la policía metropolitana normal y corriente, armado tan solo con sus

impermeables remangados. Se mantuvo a los soldados en reserva, y solo aquellos policías desarmados mantuvieron contacto con los agitadores. Lo único que derramó sangre allí fueron unas pocas narices. El ministro del Interior fue duramente criticado en la Cámara de los Comunes por su «intervención sin precedentes». Eso fue Tonyandy. Esa es la matanza militar que Gales no olvidará en la vida.

—Vaya —respondió Carradine, pensativo—. Recuerda mucho a lo de Boston. Se da bombo a una minucia con fines políticos.

—El problema no es que haya un paralelismo, sino que todos los que estuvieron allí saben que la historia es falsa y, sin embargo, jamás se ha desmentido. Es una historia absolutamente falsa que ha adquirido tintes de leyenda porque los hombres que lo sabían miraron hacia otra parte y no dijeron nada.

—Sí. Es muy interesante cómo se crea la historia.

—Sí. La historia.

—Yo prefiero la investigación. A fin de cuentas, la verdad no reside en lo que cuenta una persona, sino en los pequeños hechos del tiempo. Un anuncio del periódico. La venta de una casa. El precio de un anillo.

Grant siguió mirando al techo, y el clamor de los gorriones volvió a penetrar en la habitación.

—¿Qué es lo que le divierte tanto? —preguntó Grant cuando volvió por fin la cabeza y vio la expresión de su visitante.

—Es la primera vez que lo veo a usted como un policía.

—Así es como me siento. Estoy pensando como un policía y me hago la misma pregunta que formula un policía en todos los casos de asesinato: ¿quién se beneficia de todo esto? Y por primera vez me he dado cuenta de que la simplona teoría de que Ricardo se deshizo de los muchachos para consolidarse en el trono es una tontería. Suponiendo que en efecto hubiera matado a los chicos, todavía se interponían entre él y el trono sus cinco hermanas, por no hablar de los dos hijos de Jorge, un chico y una chica, que no contaban por la suspensión de derechos de su

padre. Pero, según tengo entendido, una suspensión puede modificarse, o anularse, o lo que sea. Aunque las aspiraciones de Ricardo al trono no eran demasiado firmes, todas aquellas personas le impedían dar nada por sentado.

—¿Y todas le sobrevivieron?

—No lo sé, pero pienso averiguarlo. Desde luego, la hermana mayor de los chicos sí, porque fue reina de Inglaterra al casarse con Enrique.

—Veamos, señor Grant, empecemos por el principio. Sin libros de historia ni versiones modernas ni opiniones ajenas. La verdad no está en los libros de historia, sino en los libros de cuentas.

—Bonita frase —dijo Grant, elogioso— ¿Qué significa?

—Significa todo. La historia real se escribe en formas que no se consideran históricas: facturas de vestuario, gastos y cartas personales y libros de cuentas patrimoniales. Por ejemplo, si alguien insiste en que lady Fulanita no tuvo hijos y en el libro de cuentas encuentra una entrada que dice: «Para el hijo nacido en la víspera de San Miguel: cinco metros de cinta azul, cuatro peniques y medio», es razonable pensar que la señora tuvo un hijo en la víspera de San Miguel.

—Sí, entiendo. Muy bien, ¿y por dónde empezamos?

—El policía es usted. Yo solo soy el recabador.

—Investigador.

—Gracias. ¿Qué quiere saber?

—Bueno, para empezar, sería útil, por no decir esclarecedor, saber cómo reaccionaron los personajes principales tras la muerte de Eduardo IV. Murió repentinamente y debió de cogerlos a todos por sorpresa. Me gustaría saber cómo reaccionaron las personas involucradas.

—Eso es fácil. Imagino que se refiere a lo que hicieron, no a lo que pensaron.

—Sí, por supuesto.

—Solo los historiadores se dedican a los pensamientos. Los investigadores, a los hechos.

—Pues eso es todo cuanto quiero saber. Siempre he creído en ese viejo refrán: «Una acción vale más que mil palabras».

—A propósito, según Tomás Moro, ¿qué hizo Ricardo al enterarse de la muerte de su hermano? —preguntó Brent.

—El bendito sir Thomas (alias Morton) dice que Ricardo se esmeró en encandilar a la reina y convencerla de que no enviara a un corpulento guardia personal para que escoltara al joven príncipe desde Ludlow. Mientras tanto, urdió un plan para secuestrar al muchacho de camino a Londres.

—Vamos, que según el bendito Moro, Ricardo planeaba suplantar al chico desde el principio.

—Claro.

—Bien, al menos averiguaremos dónde estaba y qué hacía cada cual, independientemente de si sabemos cuáles eran sus intenciones.

—Eso es precisamente lo que quiero saber.

—¡Policía tenía que ser! —bromeó Brent—. ¿Dónde estaba usted el día quince a las cinco de la tarde?

—Funciona —le aseguró Grant—. De verdad.

—De acuerdo. Yo también voy a ponerme a funcionar. Volveré en cuanto tenga la información que necesita. Le estoy muy agradecido, señor Grant. Esto es mucho mejor que los campesinos.

El joven se esfumó en la creciente oscuridad de aquella tarde de invierno. El abrigo confería un aire y una dignidad académicos a su figura delgada y joven.

Grant encendió la lámpara y estudió las formas que proyectaba sobre el techo como si no las hubiera visto nunca.

Carradine le había planteado, como si tal cosa, un problema único y fascinante, tan inesperado como desconcertante.

¿Qué razón podía existir para que no se presentara acusación alguna en su momento?

Enrique ni siquiera necesitó pruebas de que Ricardo había sido el

responsable. Los chicos estaban al cuidado de este último. Si no los encontraron cuando se apoderó de la Torre, Enrique podría haber arrojado a su rival un barro aún más denso que las consabidas acusaciones de crueldad y tiranía.

Grant cenó sin prestar atención al sabor o a la naturaleza de la comida.

Hasta que la Amazona le retiró la bandeja y le dijo amablemente: «¡Esto es muy buena señal! No ha quedado ni una miga de las croquetas», no fue consciente de que había comido.

Durante una hora siguió contemplando los reflejos de la lámpara en el techo, buscando una pequeña fisura que le indicara cómo llegar al meollo de la cuestión.

A la postre dejó de pensar en ello, como era su costumbre cuando un enigma resultaba demasiado redondo, liso y sólido como para dar con una solución inmediata. Si lo consultaba con la almohada, cabía la posibilidad de que al día siguiente detectara alguna faceta que se le había pasado por alto.

Buscó algo que apartara sus pensamientos del decreto de suspensión de derechos y vio el montón de cartas a las que no había respondido, unas cartas amables y bienintencionadas de personas de toda ralea, entre ellas antiguos maleantes. Los maleantes simpáticos estaban pasados de moda y cada día quedaban menos. Se habían visto reemplazados por matones más jóvenes sin una brizna de humanidad en sus egocéntricas almas, tan incultos como cachorros y tan despiadados como una sierra circular. El antiguo ladrón podía ser tan individualista y tan poco sanguinario como cualquier otro profesional. Eran hombrecillos domésticos a los que les interesaban las vacaciones en familia y las anginas de sus hijos; o solterones raros aficionados a los pájaros en cautividad, las librerías de viejo o sistemas de apuestas complicados e infalibles. Gente anticuada.

Ningún matón moderno escribiría una carta para decir que lamentaba que un «poli» hubiera quedado fuera de combate, ni siquiera

se le pasaría la idea por la cabeza.

Escribir una carta tumbado boca arriba no es tarea fácil, y Grant lo evitaba en lo posible, pero el sobre que coronaba el montón llevaba estampada la caligrafía de su prima Laura, y esta se pondría nerviosa si no obtenía respuesta. Laura y Grant habían pasado juntos muchas vacaciones de verano cuando eran pequeños, y estuvieron un poco enamorados durante un viaje a las tierras altas escocesas. A partir de entonces se estableció un vínculo que nunca se había roto. Sería mejor que le enviara una nota diciéndole que estaba vivo.

Volvió a leer la carta, esbozando una leve sonrisa. Las aguas del Turlie resonaron en sus oídos y se deslizaron bajo sus ojos, y alcanzó a oler el dulce y frío aroma del páramo escocés en invierno. Por unos instantes se olvidó de que estaba ingresado en un hospital y de que la vida era sórdida, aburrida y claustrofóbica.

Pat te manda recuerdos, o lo que equivaldría a sus recuerdos si fuese un poco mayor o un poco más pequeño. Como tiene nueve años, dice: «Dile a Alan que he preguntado por él», y se ha inventado una mosca para pescar que quiere enseñarte cuando vengas de visita. Últimamente no le ha ido muy bien en el colegio, porque se ha enterado de que los escoceses vendieron a Carlos I a los ingleses y decidió que ya no pertenece a esta nación. Según tengo entendido, se ha embarcado en una protesta en solitario contra todo lo que huela a escocés y no aprende nada de historia, ni canta canciones ni memoriza ningún dato geográfico que pertenezca a un país tan deplorable. Anoche, cuando se iba a la cama, anunció que había decidido solicitar la ciudadanía noruega.

Grant cogió el papel de cartas de la mesita y escribió a lápiz:

Querida Laura:

¿Te sorprendería mucho saber que los príncipes de la Torre vivieron más tiempo que Ricardo III?

Como siempre,
Alan

P.D. Ya estoy prácticamente recuperado del todo.

—¿Sabía usted que el proyecto de ley que se presentó ante el Parlamento para suspender los derechos civiles de Ricardo III no mencionaba el asesinato de los príncipes de la Torre? —preguntó Grant al médico a la mañana siguiente.

—¿En serio? —respondió—. Qué raro, ¿no?

—Rarísimo. ¿Se le ocurre alguna explicación?

—Probablemente querían minimizar el escándalo por la familia.

—A Ricardo no le sucedió nadie de su familia. Fue el último de su linaje. Su sucesor fue Enrique VII, el primer Tudor.

—Es cierto, no me acordaba. Nunca se me dio bien la historia. Aprovechaba las clases para hacer los deberes de álgebra. En el colegio no consiguen que uno se interese por la historia. Estaría bien que utilizaran más retratos. —El médico miró la imagen de Ricardo y retomó su examen profesional—. Bueno, me alegra decirle que esto tiene muy buena pinta. ¿No le duele?

Y se marchó, amable y despreocupado. Le interesaban las caras porque formaban parte de su oficio, pero la historia era algo que utilizaba con otros fines, algo que dejaba a un lado para dedicarse al álgebra a escondidas. Tenía cuerpos vivos a su cuidado y su futuro dependía de él. No podía andar pensando en problemas académicos.

La enfermera jefe también tenía preocupaciones más inmediatas. Escuchó educadamente los quebraderos de cabeza de Grant, pero tenía la impresión de que en cualquier momento podía decir: «Yo de usted consultaría al asistente social». No era asunto suyo. Con aire regio contemplaba aquel hervidero de actividad, todo urgencia e importancia.

Difícilmente podía pedírsele que fijara su mirada en algo que había sucedido hacía más de cuatrocientos años.

Grant sintió la tentación de decirle: «Pero precisamente a usted debería interesarle lo que pueda sucederle a la realeza, la fragilidad de su reputación. Un simple cuchicheo puede destruirla mañana mismo». Pero era consciente de que entretener a la enfermera jefe con asuntos baladíes significaba alargar su ya dilatada mañana sin razón o excusa.

La Enana no sabía qué era un decreto de suspensión de derechos civiles y dejó bien claro que no le interesaba.

—Está usted obsesionado con esa historia —le dijo, inclinándose sobre el retrato—. Y no es sano. ¿Por qué no lee alguno de estos libros tan bonitos?

Incluso Marta, cuya visita esperaba con impaciencia para exponerle la nueva y extraña propuesta y ver cómo reaccionaba, estaba tan enojada con Madeleine March que no le prestó la menor atención.

—¡Después de prometerme prácticamente que lo escribiría! Después de tanta reunión y de tantos planes para cuando terminase la obra de una dichosa vez. ¡Si hasta había hablado con Jacques sobre el vestuario! Y ahora decide escribir una de sus patéticas historias de detectives. Dice que tiene que escribirla mientras esté fresca. No sé a qué se refiere con eso.

Escuchó los lamentos de Marta con comprensión —las buenas obras de teatro eran el bien más escaso del mundo y los buenos dramaturgos valían su peso en oro—, pero era como ver algo a través de una ventana. Aquella mañana, el siglo XV era más real para él que lo que sucediera en Shaftesbury Avenue.

—No creo que tarde mucho en terminar su novela de detectives —dijo para consolarla.

—No, no. En seis semanas o así las despacha. Pero ahora que se ha escabullido, ¿cómo sé yo que podré volver a cazarla? Tony Savilla quiere que le escriba una obra sobre Marlborough, y ya sabes cómo es Tony

cuando se le pone algo entre ceja y ceja. Es capaz de vender neveras a los esquimales.

Antes de irse, Marta comentó de nuevo el problema de la suspensión de derechos.

—Tiene que haber alguna explicación, cariño—dijo desde el umbral.

Pues claro que tiene que haber alguna explicación, estuvo a punto de gritarle, pero, ¿cuál? No tiene ningún sentido. Los historiadores dicen que el asesinato despertó una gran aversión hacia Ricardo, que el pueblo llano de Inglaterra lo detestaba por aquel crimen y que por eso aceptó a un extraño en su lugar. Y, sin embargo, cuando llevan sus fechorías ante el Parlamento, nadie menciona el asesinato.

Ricardo ya había fallecido cuando se redactó la demanda, y sus seguidores se hallaban huidos o en el exilio; sus enemigos podían lanzar contra él cualquier acusación imaginable y ni siquiera pensaron en aquel asesinato espectacular.

¿Por qué?

Según cuentan, en el país no se hablaba de otra cosa que de la desaparición de los muchachos. El escándalo era muy reciente, y cuando los enemigos de Ricardo recopilaron sus presuntos delitos contra la moralidad y el Estado, no incluyeron la infamia más atroz.

¿Por qué?

Enrique necesitaba la más mínima ventaja, ya que ocupaba el trono desde hacía muy poco y su situación era precaria. En el país no lo conocían y carecía de derecho de sangre que justificara su posición, pero no había aprovechado el espaldarazo que le habría otorgado dar a conocer el crimen de Ricardo.

¿Por qué?

Sucedía a un hombre que gozaba de gran reputación, a quien conocían en persona desde las Marcas Galesas hasta la frontera de Escocia, un hombre querido y admirado en todo el mundo hasta la desaparición de sus sobrinos. Y, sin embargo, no aprovechó la única

ventaja real que tenía contra él, el acto imperdonable y abominable.

¿Por qué?

Solo a la Amazona parecía interesarle la rareza en la que andaba enfrascado Grant, y no porque profesara ningún sentimiento hacia Ricardo, sino porque su espíritu concienzudo se alteraba ante cualquier posibilidad de error. La Amazona era capaz de recorrer el pasillo y volver atrás para arrancar una página de un calendario que alguien se había olvidado quitar. Pero su instinto para la preocupación era más débil que su instinto para el consuelo.

—No debería preocuparse por eso —le dijo a Grant en un tono tranquilizador—. Tiene que haber alguna explicación sencilla. Se le ocurrirá cuando esté pensando en otra cosa. Así es como suelo acordarme yo de dónde he dejado algo. A veces estoy guardando la tetera en la despensa o contando las vendas esterilizadas mientras la hermana las reparte y de repente pienso: «¡Dios mío, pero si me lo he dejado en el bolsillo del abrigo!». Sea lo que sea. Así que no debe preocuparse por eso.

El sargento Williams se encontraba en algún lugar remoto de Essex ayudando a la policía local a averiguar quién había matado a un viejo tendero de un golpe en la cabeza con una pesa de cobre y lo había dejado allí entre cordones de zapatos y barras de regaliz, así que Scotland Yard no podía echarle una mano.

No recibió ayuda de nadie hasta que el joven Carradine apareció al cabo de tres días. A Grant le dio la impresión de que su habitual indiferencia tenía un tinte más acentuado. Casi desprendía un aire de complacencia. Como era un chico bien educado, preguntó cortésmente por los progresos físicos de Grant, y tras haberse tranquilizado en ese sentido, sacó unas notas de uno de los grandes bolsillos del abrigo y observó a su colega a través de las gafas de pasta.

—No querría al bendito Moro ni regalado —dijo en un tono agradable.

—Normal, no lo querría nadie.

—No da ni una.

—Me lo imaginaba. Vayamos a los hechos. ¿Puede empezar por el día que murió Eduardo?

—Claro. Murió el nueve de abril de 1483, en Londres. O sea, en Westminster, que entonces no era lo mismo. La reina y sus hijas vivían allí, y creo que el hijo más pequeño también. El joven príncipe estudiaba en el castillo de Ludlow, y se encontraba bajo la custodia de lord Rivers, el hermano de la reina. ¿Sabía usted que los familiares de la reina son muy relevantes? Había Woodvilles por todas partes.

—Sí, lo sé. Continúe. ¿Dónde estaba Ricardo?

—En la frontera escocesa.

—¿Qué?

—Lo que oye. Le pilló muy lejos. Pero, ¿pidió a gritos un caballo y salió a galope hacia Londres? No señor.

—¿Qué hizo?

—Ordenó que se celebrase una misa de réquiem en York, a la que se convocó a todos los nobles del norte, y en su presencia juraron lealtad al joven príncipe.

—Interesante —espetó Grant con sequedad—. ¿Qué hizo Rivers? El hermano de la reina.

—El veinticuatro de abril partió hacia Londres con el príncipe y dos mil hombres y un gran suministro de armas.

—¿Y para qué quería las armas?

—Ni idea. Yo solo recabo información. Dorset, el mayor de los dos hijos del primer matrimonio de la reina, se adueñó del arsenal y del tesoro de la Torre y empezó a pertrechar barcos para controlar el canal de la Mancha. Y el Consejo dictó varias órdenes en nombre de Rivers y Dorset, *Avunculus Regis* y *Frater Regis uterinus*, respectivamente, sin mencionar a Ricardo, lo cual estaba fuera de tono si recordamos, aunque no sé si usted lo sabía, que en su testamento Eduardo nombró a Ricardo

tutor del muchacho y protector del reino en caso de que alguien lo regentara cuando todavía era menor de edad. Y Ricardo solo, nadie más.

—Sí, típico de él. Debía de tener una fe absoluta en Ricardo, como persona y como administrador. ¿Y Ricardo también viajó al sur con un joven ejército?

—No. Vino con seiscientos caballeros del norte, todos de luto. Llegó a Northampton el veintinueve de abril. Por lo visto esperaba unirse a la gente de Ludlow allí, pero solo lo confirma un historiador. Pero el cortejo de Ludlow, es decir, el de Rivers y el joven príncipe, se había ido ya a Stoney Stratford sin esperarle. Quien lo recibió en Northampton fue el duque de Buckingham, acompañado de trescientos hombres. ¿Conoce a Buckingham?

—De vista. Era amigo de Eduardo.

—Sí, y salió a todo correr de Londres.

—Con las noticias de lo que estaba ocurriendo.

—Es una deducción lógica. No iba a llevar a trescientos hombres solo para expresar sus condolencias. En cualquier caso, se celebró un Consejo allí mismo (contaba con todo el material para celebrar un Consejo como Dios manda en su propio séquito y en el de Buckingham), arrestaron a Rivers y a sus tres ayudantes y los enviaron al norte, mientras Ricardo continuaba con el joven príncipe hacia Londres. Llegaron allí el cuatro de mayo.

—Bueno, todo eso está muy claro. Pero lo que está más claro de todo es que, teniendo en cuenta la época y la distancia, lo que dice santo Tomás Moro de que Ricardo escribió varias cartas a la reina para pedirle que mandara solo una pequeña escolta con el muchacho es una tontería.

—Paparruchas.

—Desde luego. Ricardo hizo lo que cabría esperar. Naturalmente, debía de conocer las disposiciones del testamento de Eduardo. Lo que se desprende de sus acciones es justo lo que uno podría pensar: estaba apenado y preocupado por el muchacho. De ahí el réquiem y el juramento

de lealtad.

—Sí.

—¿Cuál es el origen de la ruptura en ese patrón ortodoxo? En el comportamiento de Ricardo, quiero decir.

—Pues no pasó mucho tiempo. Cuando llegó a Londres descubrió que la reina, el hijo más pequeño, sus hijas y Dorset, el hijo del primer matrimonio de la reina, se habían refugiado en Westminster. Pero, aparte de eso, todo parecía normal.

—¿Llevó al chico a la Torre?

Carradine rebuscó entre sus notas.

—No lo recuerdo. Puede que no lo haya anotado. Solo he estado... Ah, sí. Aquí está. No, lo llevó al palacio episcopal del cementerio de St. Paul, y él se fue con su madre al castillo de Baynard. ¿Sabe dónde estaba? Yo no.

—Sí, era la residencia de los York en la ciudad. Estaba a orillas del río, cerca de St. Paul, en dirección oeste.

—De acuerdo. Pues Ricardo se quedó allí hasta el cinco de junio, cuando su mujer llegó del norte, y después se mudaron a una casa llamada Crosby Place.

—Todavía se llama así. La han trasladado a Chelsea. Es posible que la ventana que instaló Ricardo ya no esté allí, al menos no la he visto últimamente, pero el edificio sí.

—¿Ah, sí? —dijo Carradine, encantado—. Iré a verlo ahora mismo. Si lo piensa, es una historia muy familiar, ¿verdad? Se hospeda con su madre hasta que su mujer llega a la ciudad y luego se va a vivir con ella. Entonces, ¿Crosby Place era de su propiedad?

—Creo que Ricardo la había alquilado. Pertenecía a un regidor de Londres. Así que nada indica que hubiese oposición a su protectorado o un cambio de planes cuando llegó a Londres.

—No, no. Lo reconocieron como protector incluso antes de que llegara a Londres.

—¿Cómo lo sabe?

—En los registros históricos le llaman protector en dos ocasiones... Veamos... El veintiuno de abril, menos de dos semanas después de la muerte de Eduardo, y el dos de mayo, dos días antes de que llegara a Londres.

—De acuerdo, me he perdido. ¿Y no hubo ningún escándalo? ¿Ni un solo enfrentamiento?

—Yo no he encontrado nada. El cinco de junio dio órdenes detalladas para la coronación del príncipe el día veintidós. Incluso envió cartas citando a los cuarenta señores que serían ordenados caballeros de la Orden del Baño. Al parecer, era costumbre que el rey los armase caballeros coincidiendo con su coronación.

—El día cinco —repitió Grant, pensativo—. Y fijó la coronación para el veintidós. No se concedió demasiado tiempo para realizar cambios.

—No. Incluso hay documentos del encargo de ropa para la coronación del muchacho.

—¿Y luego qué?

—Pues no he avanzado más —contestó Carradine en tono de disculpa—. Algo ocurrió en un Consejo, el ocho de junio, diría, pero la crónica está en las *Mémoires* de Philippe de Confines y de momento no he conseguido una copia. Pero me han prometido que mañana me enseñarán uno de los ejemplares que imprimió Mandrot en 1901. Por lo visto, el obispo de Bath comunicó una noticia al Consejo el ocho de junio. ¿Sabe quién era el obispo de Bath? Se llamaba Stillington.

—Nunca había oído hablar de él.

—Era miembro de Todas las Almas, que vaya usted a saber qué es eso, y canónigo de York, que a saber qué es también.

—Seguro que dos cosas muy cultas y respetables.

—Bueno, ya veremos.

—¿Ha descubierto a otros historiadores coetáneos, aparte de

Comines?

—Que escribieran antes de la muerte de Ricardo, no. Comines tiene ciertos prejuicios por ser francés, pero no por ser Tudor, así que es más fiable que un inglés escribiendo sobre Ricardo en tiempos de los Tudor. Pero tengo un ejemplo fantástico para usted de cómo se escribe la historia. Lo encontré cuando consultaba los escritores de la época. ¿Sabe que una de las cosas que dicen sobre Ricardo 111 es que mató al único hijo de Enrique VI a sangre fría después de la batalla de Tewkesbury? Pues, lo crea o no, es pura fábula desde el principio. Es la respuesta perfecta a quienes dicen que cuando el río suena, agua lleva. Y créame que es así.

—Pero Ricardo era un niño cuando lo de Tewkesbury.

—Creo que tenía dieciocho años. Y según todas las crónicas de la época era un espléndido luchador. El hijo de Enrique y él tenían la misma edad. Bueno, todas las crónicas de la época, de cualquier cariz, afirman unánimemente que murió en combate. Y ahora viene lo divertido.

Carradine consultó sus notas con impaciencia.

—¡Maldita sea! ¿Dónde lo habré metido? Ah, aquí está. Bueno, pues dice Fabyan, que escribió para Enrique VII, que el muchacho fue capturado y lo llevaron ante Eduardo IV, que le golpeó en la cara con su guantelete, y los criados del rey lo mataron allí mismo. ¿Qué le parece? Pero Polidoro Virgilio va aún más allá. Dice que el asesinato lo cometieron personalmente Jorge, duque de Clarence, Ricardo, duque de Gloucester, y Guillermo, lord Hastings. Hall asegura que Dorset también participó. Pero Holinshed no se sentía satisfecho y dijo que fue Ricardo, el duque de Gloucester, quien asestó el primer golpe. ¿Le ha gustado? Tonypandy de primera, ¿eh?

—Tonypandy puro y duro. Una historia dramática sin una sola palabra cierta. Si se ve capaz de aguantar unas frases más del bendito Moro, le daré otro ejemplo de cómo se escribe la historia.

—El bendito Moro me pone enfermo, pero adelante.

Grant buscó el párrafo en cuestión y se dispuso a leer:

Piensen algunos hombres sabios que sus propósitos [los de Ricardo] ocultaban el deseo de salvar a su hermano Clarence de la muerte, a la cual se opuso abiertamente, aunque con menor ahínco que aquellos que verdaderamente se preocupaban por su bienestar. Y quienes piensan de ese modo creen que hace largo tiempo, en vida del rey Eduardo, esperaba ser monarca en caso de que su hermano el rey (cuya vida podía acortarse siguiendo una dieta nociva) falleciese (y así fue) mientras sus hijos fuesen de corta edad. Y consideran que, por ese motivo, se alegró de la muerte de su hermano Clarence, cuya vida debía de entorpecer sus propósitos, tanto si el mencionado Clarence se mantenía fiel a su sobrino, el joven rey, como si se coronaba rey él mismo. Sin embargo, no hay certeza alguna a este respecto, y quienes se basan en conjeturas pueden quedarse cortos o ir demasiado lejos.

—El viejo chocho y sus insinuaciones malintencionadas —dijo Carradine sin acritud.

—¿Es usted lo bastante inteligente para detectar el único comentario positivo en todas esas especulaciones?

—Por supuesto.

—¿Se ha dado cuenta? Muy listo. Yo he tenido que leerlo tres veces para resaltar el único dato válido.

—Que Ricardo se opuso abiertamente a que su hermano Jorge fuese ejecutado.

—Sí.

—Por supuesto, con tanto «según dicen» —observó Carradine—, la impresión que queda es justo la contraria. Como le decía, no quiero al bendito Moro ni regalado.

—Debemos recordar que esto es obra de Morton y no de santo

Tomás Moro.

—Pero suena mejor el bendito Moro. Además, le interesaba lo suficiente para copiarlo.

Grant, que en su día fuera soldado, permaneció allí tumbado, pensando en la destreza con la que se había manejado tan peliaguda situación en Northampton.

—Fue muy hábil al quitarse de encima a los dos mil hombres de Rivers sin necesidad de enfrentamientos.

—Supongo que, puestos a elegir, preferían al hermano del rey al de la reina.

—Sí. Y, por supuesto, un luchador entiende más de soldados que un escritor.

—¿Rivers escribía?

—Escribió el primer libro que se imprimió en Inglaterra. Era muy culto el hombre.

—Vaya, pues por lo visto no aprendió a no jugársela con un hombre que era general de brigada a los dieciocho años y general antes de cumplir los veinticinco. La verdad es que me ha sorprendido.

—¿Las cualidades de Ricardo como soldado?

—No, su juventud. Siempre me lo había imaginado como un cascarrabias de mediana edad, pero solo tenía treinta y dos años cuando lo mataron en Bosworth.

—Dígame una cosa: cuando Ricardo tuvo la custodia del muchacho, en Stoney Stratford, ¿echó de allí a todos los Ludlow? Quiero decir, ¿separaron al príncipe de las personas con las que se había criado?

—No, no. Para empezar, su tutor, el doctor Alcock, viajó a Londres con él.

—Así que no despachó de un plumazo a todos los que podían estar de lado de los Woodville, a los que pudieran influir en el muchacho para que se volviera en su contra.

—Al parecer no. Solo los cuatro a los que arrestaron.

—Una operación discriminatoria muy cuidadosa. Felicito a Ricardo Plantagenet.

—Ese tipo empieza a caerme muy bien. Bueno, me voy a Crosby Place. Estoy deseando ver la casa en la que vivió. Y mañana conseguiré el ejemplar de Comines. Ya le comentaré qué dice sobre lo que sucedió en Inglaterra en 1483 y lo que declaró Stillington, obispo de Bath, al Consejo en junio de ese año.

Lo que declaró Stillington al Consejo aquel día de verano de 1483 fue, como pudo saber Grant, que había casado a Eduardo IV con lady Eleanor Butler, hija del primer conde de Shrewsbury, antes de que el rey contrajera matrimonio con Isabel Woodville.

—¿Por qué lo mantuvo en secreto tanto tiempo? —preguntó Grant una vez que hubo digerido la noticia.

—Porque Eduardo se lo había ordenado, naturalmente.

—Al parecer, Eduardo tenía por costumbre casarse en secreto —dijo Grant con rotundidad.

—Pues le debía de resultar bastante difícil cuando se topaba con la virtud inaccesible. Su única alternativa era el matrimonio, y estaba tan acostumbrado a salirse con la suya con las mujeres, por su aspecto y por su corona, que no se habría resignado a la frustración.

—Sí. Así acostumbraban a ser los matrimonios en la familia Woodville. La belleza de virtud indestructible y cabello dorado y la boda secreta. Así que Eduardo ya había utilizado la misma fórmula con anterioridad, si damos por buena la historia de Stillington. Por cierto, ¿es verídica?

—Bueno, al parecer, en tiempos de Eduardo primero fue custodio del sello real y luego lord canciller, y anteriormente embajador en Bretaña. Así que, o Eduardo le debía algo, o le caía bien.

Y Stillington no tenía motivos para tramar nada contra Eduardo. Suponiendo que fuera de los que les van las tramas.

—No, me figuro que no.

—En todo caso, como el asunto llegó al Parlamento, no tenemos por

qué fiarnos solo de Stillington.

—¿Al Parlamento?

—Sí, fue todo muy transparente. Los lores celebraron una sesión muy larga en Westminster el día nueve. Stillington presentó pruebas y testigos y se confeccionó un informe para presentarlo ante el Parlamento el día veinticinco. El día diez, Ricardo envió una carta a la ciudad de York pidiendo tropas para protegerlo y apoyarlo.

—¡Bien! ¡Por fin llegan los problemas!

—Sí. El día once mandó una carta parecida a su primo, lord Nevill, así que el peligro era real.

—Desde luego. Un hombre capaz de afrontar con tanta destreza una situación tan inesperada y desagradable como la de Northampton no habría perdido los estribos ante una amenaza.

—El día veinte acudió a la Torre con un reducido grupo de sirvientes. ¿Sabía que la Torre era la residencia de la familia real en Londres y no una cárcel?

—Sí, lo sabía. Se la conoce como cárcel porque hoy en día ser enviado allí solo puede tener un significado, y porque, al ser el castillo real de Londres y su única fortaleza, se confinaba allí a los delincuentes por motivos de seguridad antes de que dispusiéramos de las cárceles de Su Majestad. ¿Para qué fue Ricardo a la Torre?

—Para interrumpir una reunión de los conspiradores, y arrestó a lord Hastings, lord Stanley y, mire por dónde, a un tal John Morton, obispo de Ely.

—¿Sabía yo que tarde o temprano aparecería John Morton!

—Se dictó una proclama, en la que se ofrecían detalles sobre la trama para asesinar a Ricardo, pero al parecer no existe ninguna copia. Solo decapitaron a uno de los conspiradores, curiosamente a lord Hastings, que era un viejo amigo de Eduardo y de Ricardo.

—Sí, según el bendito Moro lo llevaron rápidamente al patio y lo decapitaron sobre el tronco más cercano.

—No lo llevaron a ningún sitio —repuso Carradine, disgustado—. Le cortaron la cabeza una semana después. Hay una carta de la época que especifica la fecha. Además, Ricardo no pudo hacerlo por pura venganza, ya que garantizó a la viuda de Hastings las tierras requisadas y restituyó a sus hijos los derechos de sucesión, que habían perdido automáticamente.

—No, la muerte de Hastings debió de ser inevitable —dijo Grant, que estaba hojeando el *Ricardo III* de Moro—. Incluso el bendito Moro dice: «Sin duda, el protector le tenía afecto, y le entristeció su pérdida». ¿Y qué fue de Stanley y Morton?

—A Stanley lo absolvieron... ¿Por qué refunfuña?

—Pobre Ricardo. Aquella fue su sentencia de muerte.

—¿Su sentencia de muerte? ¿Por qué motivo perdonar a Stanley iba a ser su sentencia de muerte?

—Porque Ricardo salió derrotado en la batalla de Bosworth precisamente porque Stanley se pasó repentinamente al otro bando.

—No me diga.

—Se hace raro pensar que si Ricardo se hubiera empeñado en que Stanley fuera al patíbulo como su querido Hastings habría ganado la batalla de Bosworth, no habrían existido los Tudor y no se habría inventado el monstruoso jorobado de la tradición Tudor. Por cómo había obrado hasta entonces, el suyo probablemente habría sido uno de los reinados más progresistas de la historia. ¿Qué le ocurrió a Morton?

—Nada.

—Otro error.

—O al menos nada importante. Lo sometieron a la custodia de Buckingham, como era propio de un caballero. Los que Ricardo detuvo en Northampton, los líderes de la conspiración, Rivers y compañía, sí que fueron ejecutados. Y Jane Shore fue condenada a hacer penitencia.

—¿Jane Shore? ¿Y qué demonios tenía que ver ella con el caso? ¿No era la amante de Eduardo?

—Sí, pero Hastings la heredó de Eduardo. O espere, déjeme ver. No,

la heredó Dorset. Y en la conspiración ejerció de intermediaria entre el bando de Hastings y el de los Woodville. Una de las cartas de Ricardo que aún se conservan habla de ella, de Jane Shore.

—¿Y qué dice?

—El ayudante del fiscal de la corona quería casarse con ella cuando Ricardo era rey.

—¿Y él aceptó?

—Sí. Es una carta preciosa. Transmite más lástima que enfado. Hay cierta pillería en ella.

—¡Señor, qué majaderos son estos mortales!

—Eso es, exactamente.

—Vamos, que por lo visto tampoco hubo deseo de venganza en este caso.

—No, más bien al contrario. Ya sé que no es mi labor pensar ni sacar conclusiones, yo me limito a recabar información, pero diría que la ambición de Ricardo era poner fin al enfrentamiento entre los Lancaster y los York de una vez por todas.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Pues he estado repasando las listas de su coronación. A propósito, fue la que contó con mayor número de invitados, que se sepa. Es sorprendente que se invitara a casi todos, ya fueran Lancaster o York.

—¿Incluso al veleta de Stanley?

—Supongo. No los conozco lo suficiente para recordarlos uno por uno.

—Puede que tenga usted razón en eso de que quería terminar con el enfrentamiento entre los York y los Lancaster y que por eso era tan indulgente con Stanley.

—Entonces, ¿Stanley era partidario de los Lancaster?

—No, pero estaba casado con una que era especialmente virulenta. Su mujer era Margarita Beaufort, y los Beaufort eran el lado opuesto, por decirlo de alguna manera, el lado ilegítimo, de la familia Lancaster.

Tampoco es que a ella o a su hijo les preocupara.

—¿Quién era su hijo?

—Enrique VII

Carradine emitió un prolongado y grave silbido.

—¿Quiere decir que lady Stanley era la madre de Enrique?

—Eso es. Lo tuvo con su primer marido, Edmundo Tudor.

—Pero lady Stanley ocupó un sitio de honor en la coronación de Ricardo. Llevó la cola del vestido de la reina. Me llamó la atención porque es curioso. Lo de llevar la cola, me refiero. En nuestro país no se hace. Me imagino que es un honor.

—Es un honor apoteósico. Pobre Ricardo. No le sirvió de nada.

—¿El qué?

—La magnanimidad. —Grant meditó sobre ello unos instantes mientras su invitado revisaba sus notas—. Así que el Parlamento aceptó las pruebas de Stillington.

—Y no solo eso. Las incorporó a una legislación que concedía a Ricardo el título de la corona. La llamaban *Titulus regius*.

—Para ser un hombre de Dios, Stillington no causó una impresión gloriosa, precisamente. Pero supongo que si hubiera hablado antes se habría buscado la ruina.

—Es usted un poco duro con él, ¿no? No tenía ninguna necesidad de hablar antes. No le hacía daño a nadie.

—¿Y qué fue de Eleanor Butler?

—Había muerto en un convento. Está enterrada en la iglesia de las carmelitas blancas en Norwich, por si le interesa. Mientras vivió Eduardo, no se le hizo nada malo a nadie, pero cuando llegó el momento de la sucesión, Stillington tuvo que hablar, diese la imagen que diese.

—Sí, tiene usted razón. Así que se declaró ilegítimos a los niños en el Parlamento, y Ricardo fue coronado con toda la nobleza de Inglaterra allí presente. ¿La reina seguía refugiada en Westminster?

—Sí, pero dejó que el hijo más joven se reuniera con su hermano.

—¿Cuándo fue eso?

Carradine rebuscó en sus notas.

—El dieciséis de junio. Tengo anotado: «A petición del arzobispo de Canterbury. Ambos muchachos viven en la Torre».

—Eso fue después de que se hiciera público que eran ilegítimos.

—Sí. —Carradine ordenó las notas y las guardó en el enorme bolsillo—. De momento, eso es todo. Pero aquí está la recompensa. —Se recogió los laterales del abrigo sobre las rodillas con un ademán que habría sido la envidia de Marta y del rey Ricardo—. El *Titulus regius*.

—Sí, ¿qué pasa?

—Cuando Enrique VII subió al trono ordenó que lo revocaran sin tan siquiera leerlo. Pidió que se destruyera el documento y prohibió que se guardaran copias de él. Quien lo incumpliera sería multado y encarcelado por tiempo indefinido.

Grant observaba boquiabierto.

—¡Enrique Vil! —exclamó—. ¿Por qué? ¿Qué más le daba a él?

—No tengo ni la más remota idea, pero pienso averiguarlo antes de hacerme viejo. Mientras tanto, tengo aquí algo con lo que puede entretenerse mientras viene la estatua de la Libertad a traerle el té.

Carradine dejó caer un papel sobre su pecho.

—¿Qué es esto? —preguntó Grant, mirando aquella página arrancada de un cuaderno.

—Es la carta de Ricardo sobre Jane Shore. Nos vemos. Cuando se quedó a solas, Grant le dio la vuelta a la hoja y empezó a leerla en silencio.

El contraste entre la letra infantil de Carradine y las frases formales de Ricardo era enorme, pero lo que no podían destruir ni el descuidado manuscrito moderno ni las majestuosas palabras era el aroma de la carta, el *bouquet* alegre que desprendía aquella página, igual que el *bouquet* que desprende un buen vino. Traducida a términos modernos, decía:

Me ha sobresaltado sobremanera el conocer la noticia de que Tom Lynom quiere casarse con la mujer de Will Shore. Al parecer se ha encaprichado de ella y está decidido a conseguirlo. Hágalo llamar, mi querido obispo, e intente infundir algo de sentido común en esa cabecita. Si no puede, y si no existe ningún obstáculo para el matrimonio desde el punto de vista de la Iglesia, tendré que aceptarlo, pero pídale que posponga el enlace hasta que yo regrese a Londres. Entre tanto, eso bastará para que le concedan la libertad a Jane Shore por buena conducta, y le propongo que, por el momento, la entregue a la custodia de su padre o de quien le resulte más apropiado.

Tal y como le había anticipado Carradine, aquella carta rezumaba «más lástima que enfado». Habida cuenta de que trataba sobre una mujer que le había causado un daño enorme, la amabilidad y la bondad que traslucía resultaban asombrosas. Y, en aquel caso, la magnanimidad no le procuraría ningún beneficio. Puede que aquella tolerancia que propició la paz entre los York y los Lancaster no fuera desinteresada. Gobernar un país unido habría supuesto una ventaja enorme para él. Pero la carta al obispo de Lincoln era un pequeño asunto privado, y la liberación de Jane Shore no le importaba a nadie, salvo al enamorado Tom Lynom. Ricardo no ganaría nada con su generosidad. El instinto de ver feliz a un amigo debió de imponerse a su instinto de venganza.

De hecho, la ausencia de instinto de venganza era tal que resultaba sorprendente tratándose de un hombre de sangre caliente y asombraba en el caso de un supuesto monstruo como Ricardo III.

Grant se lo pasó en grande con la carta hasta que la Amazona le trajo el té. Escuchó los gorrones del siglo XX posados en el alféizar de la ventana y se maravilló de estar leyendo unas frases que se habían formado en la mente de un hombre hacía más de cuatrocientos años. A Ricardo le habría encantado la idea de que alguien leyera aquella carta breve e íntima sobre la mujer de Shore y pensara en él cuatrocientos años después.

—Traigo una carta para usted. Qué bien, ¿no? —anunció la Amazona cuando entró con dos rebanadas de pan con mantequilla y un pastel crujiente.

Grant apartó la mirada del pastel, con un aspecto indudablemente saludable, y vio que la carta era de Laura.

La abrió con agrado.

Querido Alan [decía Laura]:

Nada (insisto, nada) podría sorprenderme en materia histórica. Escocia tiene grandes monumentos dedicados a dos mujeres que murieron ahogadas por su fe, a pesar de que no se ahogaron y de que ninguna de las dos fue mártir. Fueron condenadas por traición a trabajar con la quinta columna en la invasión de Holanda, si no me equivoco. En cualquier caso, fue una acusación puramente civil. Fueron indultadas a petición propia por el Consejo Privado, y el indulto aún se conserva hoy en sus archivos.

Por supuesto, esto no ha amilanado a los coleccionistas

escoceses de mártires, y se puede encontrar la historia de su triste final, diálogo desgarrador incluido, en las estanterías de cualquier casa de Escocia. En cada colección aparece un diálogo distinto. Y en la tumba de una de las mujeres, enterrada en el cementerio de Wigtown, se puede leer:

Asesinada por obedecer solo a Cristo,
líder de su Iglesia.
Y no cometió otro crimen
que no abjurar de su fe presbiteriana.
En el mar, atada a una estaca,
sufrió por Jesucristo.

Incluso son tema de hermosos sermones presbiterianos, según tengo entendido, aunque sobre esto hablo solo de oídas. Y los turistas menean la cabeza ante los monumentos y sus conmovedoras inscripciones, y resulta muy fructífero para todos.

Y todo esto a pesar de que la primera persona que recopiló el material, que investigó la zona de Wigtown solo cuarenta años después del presunto martirio y en la cúspide del triunfo presbiteriano, se queja de que «muchos niegan lo ocurrido» y no halló un solo testigo.

Tu convalecencia es una gran noticia para todos nosotros. A lo mejor puedes hacer coincidir tu baja por enfermedad con el deshielo de primavera. De momento, el agua está muy baja, pero cuando te mejores, tendrá profundidad suficiente para satisfacer a los peces ya ti.

Con cariño de todos,
Laura

P.D. Es raro, pero cuando le cuentas a alguien la verdad sobre una

leyenda no se indigna con el narrador, sino contigo. No quieren que les desbarates sus ideas. Creo que les produce inquietud y se ofenden, así que lo rechazan y se niegan a pensar en ello. Si se mostraran indiferentes, sería algo natural y comprensible. Pero es algo mucho más fuerte que eso, mucho más claro. Les molesta.

Es muy raro, ¿no crees?

Más Tonypandy, pensó Grant.

Empezaba a preguntarse qué parte del libro de texto que hasta el momento había representado para él la historia británica sería Tonypandy.

Ahora que conocía unos cuantos hechos, retomó a santo Tomás Moro para ver cómo le sonaban los párrafos relevantes.

Si, al leerlos solo a la luz de su propia mente crítica, le parecieron meros cotilleos y por momentos absurdos, ahora se le antojaban simplemente abominables. Moro era lo que Pat, el pequeño de Laura, tenía por costumbre tachar de «repugnante». Además, le resultaba confuso.

Aquella era la crónica de Morton, Morton el testigo, el que había participado en los sucesos. Debía de conocer hasta el más mínimo detalle de lo ocurrido entre principios y finales de junio de aquel año. Y aun así no se mencionaba a lady Eleanor Butler ni el *Titulus regius*. Según Morton, el argumento de Ricardo consistía en que Eduardo se había casado anteriormente con su amante, Elizabeth Lucy. Pero Elizabeth Lucy, observaba Morton, negó haber estado casada jamás con el rey.

¿Por qué colocaba Morton un bolo para volver a derribarlo? ¿Por qué sustituyó a Elizabeth Lucy por Eleanor Butler?

¿Por qué pudo negar que Lucy había estado casada con el rey, cosa que era cierta, pero no pudo hacer lo propio en el caso de Eleanor Butler?

La conclusión es que para alguien era muy importante demostrar que el argumento de Ricardo según el cual los niños eran ilegítimos no se

sostenía.

Y puesto que Morton —en caligrafía del bendito Moro— escribía para Enrique VII, ese alguien debía de ser el propio Enrique VII, el mismo que había destruido el *Titulus regius* y prohibido que nadie guardara copias del decreto.

A Grant le vino a la mente algo que había dicho Carradine.

Enrique había ordenado que se revocase la ley sin que nadie la leyera.

¿Era tan importante para el rey que no se recordara el contenido del decreto que se había esmerado en que desapareciera sin dejar rastro?

¿Por qué era tan importante para Enrique VII?

¿Qué más le daban a Enrique los derechos de Ricardo? Tampoco podía decir: como los argumentos de Ricardo son una falacia, los míos son ciertos. Fuese cual fuese la indigna pretensión de Enrique Tudor al trono, respaldaba a los Lancaster, y los herederos de York no contaban para nada.

Entonces, ¿por qué tenía tanta importancia para Enrique que cayera en el olvido el contenido del *Titulus regius*?

¿Por qué ocultar a Eleanor Butler y sacar a la palestra a una amante de la que nadie dijo jamás que estuviera casada con el rey?

El problema sirvió de distracción a Grant justo antes de la cena; en ese momento entró el recepcionista con una nota para él.

—En el vestíbulo me han dicho que ese joven estadounidense amigo suyo ha dejado esto para usted —dijo el recepcionista entregándole una hoja doblada.

—Gracias —respondió Grant—. ¿Qué sabe usted sobre Ricardo III?

—¿Hay premio?

—¿Por?

—Por el concurso.

—No, es solo por satisfacer una curiosidad intelectual. ¿Qué sabe de Ricardo III?

—Que fue el primer asesino múltiple.

—¿Múltiple? ¿Pero no mató a sus dos sobrinos?

—No, no. No sé mucho de historia, pero eso sí. Mató a su hermano, a su primo y al pobre rey en la Torre, y luego despachó a sus sobrinos. Un criminal a gran escala.

Grant pensó en ello unos instantes.

—Si le dijera que no mató a nadie en su vida, ¿qué pensaría?

—Que puede opinar usted lo que le plazca. Algunos creen que la Tierra es plana y otros que el mundo terminará en el año 2000 o que empezó hace menos de cinco mil años. Cualquier domingo se oyen cosas aún más raras en Marble Arch.

—Vamos, que la idea le resulta absurda.

—Hombre, absurda tampoco, pero digamos que no es muy plausible. Pero a mí no me haga mucho caso, pruebe con un objetivo mejor calibrado. Seguro que si se pasa un domingo por Marble Arch encuentra seguidores a patadas. Incluso puede fundar un movimiento.

El recepcionista hizo un leve gesto con la mano a modo de despedida y se fue tarareando en voz baja, seguro e impenetrable.

Que Dios me asista, pensó Grant, qué poco me falta. Como siga profundizando en este asunto, cualquier día me veo subido a una caja en Marble Arch.

Desdobló el mensaje de Carradine y leyó el contenido: «Me dijo usted que quería saber si los otros herederos al trono sobrevivieron a Ricardo. Aparte de los chicos, me refiero. Olvidé pedirle que me hiciera una lista para poder buscarlos. Creo que será de mucha ayuda».

Bueno, si el mundo en general seguía su camino tarareando, briosa y despreocupadamente, al menos tenía de su parte al joven Estados Unidos.

Dejó al bendito Moro, con sus descripciones de escenas históricas y acusaciones delirantes, dignas de un periódico dominical, y cogió el sobrio libro de historia para poder catalogar a los posibles rivales de Ricardo III en la sucesión al trono de Inglaterra.

Y justo cuando soltaba el libro de Moro-Morton, le vino algo a la memoria.

Aquella escena histórica que se produjo durante el Consejo en la Torre documentado por Moro, aquel frenético arrebató por parte de Ricardo contra la brujería que le había dejado un brazo inútil, en realidad iba contra Jane Shore.

El contraste entre aquella supuesta escena, absurda y repugnante incluso para un lector imparcial, y el tono amable, tolerante y casi despreocupado de la carta que Ricardo había escrito sobre ella, era asombroso.

Así que Dios me ayude, pensó de nuevo Grant. Si tuviera que elegir entre el hombre que escribió aquella crónica y el hombre que redactó la carta, me quedaría con el segundo, independientemente de lo que hubieran hecho ambos.

En ese mismo momento decidió posponer la relación de herederos de la familia York hasta que descubriera qué había sido de John Morton. Al parecer, tras aprovechar su estancia como invitado de Buckingham para organizar la campaña conjunta de los Woodville y los Lancaster (a la que Enrique Tudor aportaría barcos y tropas franceses y Dorset y el resto de la tribu Woodville todos los descontentos ingleses a los que pudieran convencer para que los siguieran) huyó a su antiguo paraíso de la región de Ely, y de allí al continente, y no regresó hasta que lo hizo Enrique, que había ganado la batalla de Bosworth y la corona. Luego se dirigió a Canterbury, donde le esperaban el capelo cardenalicio y la inmortalidad gracias al «dilema de Morton», que era prácticamente lo único que recordaba cualquier escolar sobre su señor Enrique VII.

Grant pasó el resto de la tarde entreteniéndose con libros de historia y recopilando herederos.

Los había a montones. Los cinco hijos de Eduardo, el hijo y la hija de Jorge y, sin contar a estos, los primeros por ser ilegítimos y los segundos por la ley de suspensión de derechos, todavía quedaba otro: el

hijo de su hermana mayor, Isabel. Esta era duquesa de Suffolk, y su hijo, Juan de la Pole, conde de Lincoln.

En la familia había asimismo un muchacho de cuya existencia Grant no había tenido noticia hasta ese momento. Al parecer, el delicado niño de Middleham no era el único hijo de Ricardo. Tenía también un hijo natural llamado Juan. Juan de Gloucester. No tenía la menor importancia en lo que a rango se refiere, pero era un hijo reconocido y vivía en la residencia familiar. En aquellos tiempos nadie armaba un escándalo por una cuestión de bastardía. Además, el Conquistador lo había puesto de moda. Y, desde entonces, todos los conquistadores anunciaron a bombo y platillo que aquello no suponía desventaja alguna, a modo de compensación tal vez.

Grant confeccionó una breve lista de referencia.

EDUARDO	ISABEL	JORGE	RICARDO
Eduardo, príncipe de Gales	Juan de la Pole, duque de Lincoln	Eduardo, conde de Warwick	Juan de Gloucester
Ricardo, duque de York		Margarita, condesa de Salisbury	
Isabel			
Cecilia			
Ana			
Catalina			
Brígida			

Preparó una copia para Carradine, mientras se preguntaba cómo pudo pensar nadie, y sobre todo Ricardo, que eliminar a los dos hijos de Eduardo le salvaría de una rebelión. Como diría Carradine: aquello estaba plagado de herederos, un enjambre de focos de descontento.

Por primera vez cayó en la cuenta no solo de que el asesinato de los niños habría sido inútil, sino también una estupidez.

Y si de algo no se podía tachar a Ricardo de Gloucester era de estúpido.

Grant consultó el libro de Oliphant para ver qué decía acerca de aquel desliz manifiesto de la historia.

«Resulta extraño —comentaba Oliphant—, que Ricardo no hiciera pública ninguna versión de la muerte de los chicos».

Más que extraño, era incomprensible.

Si Ricardo hubiera querido asesinar a los hijos de su hermano, sin duda lo habría hecho con destreza. Habrían muerto de fiebre, y sus cuerpos se habrían expuesto públicamente, como dictaba la costumbre con los difuntos de la monarquía, para que todos supieran que se habían ido de este mundo.

No se puede aseverar que un hombre sea incapaz de matar —como bien sabía Grant tras largos años en la policía—, pero sí decir, casi con total certeza, cuándo una persona es incapaz de cometer estupideces.

No obstante, Oliphant no albergaba ninguna duda sobre el asesinato. Según él, el autor había sido Ricardo el Monstruo. Puede que cuando un historiador abarca un campo tan amplio como son la Edad Media y el Renacimiento no tenga tiempo para analizar las cosas con detenimiento. Oliphant aceptaba al bendito Moro, aunque de vez en cuando se detenía a ponderar muy someramente alguna rareza, sin percatarse de que las rarezas corroían los cimientos mismos de su teoría.

Como Grant tenía a Oliphant en las manos, con él prosiguió hasta el triunfal viaje por Inglaterra tras la coronación: Oxford, Gloucester, Worcester, Warwick. Durante el periplo no se documentó una sola voz

disidente, tan solo un coro de bendiciones y agradecimientos, el regocijo que prometía un buen gobierno que había de ser la orden del día por los siglos de los siglos. Que, al fin y al cabo, la repentina muerte de Eduardo no los había condenado a años de enfrentamientos ni a una guerra civil motivada por la persona de su hijo.

Y, sin embargo, fue en medio de aquel triunfo, de aquella aclamación unánime, de aquel *hosanna* general cuando (según Oliphant, bajo el ala del bendito Moro) Ricardo envió a Tyrrel a Londres para que acabara con los príncipes, que estaban estudiando en la Torre. Entre el siete y el quince de julio. En Warwick. En el verano en que Ricardo, refugiado y a buen recaudo en el corazón de la campaña de York, en la frontera de Gales, planeó la destrucción de los dos niños desacreditados.

Era una historia de lo más inverosímil.

Grant empezó a preguntarse si los historiadores estarían dotados de mayor sentido común que las grandes mentes a las que había conocido y que se habían mostrado tan sumamente crédulas.

Tenía que averiguar cuanto antes por qué si Tyrrel cometió el crimen en julio de 1485 no lo llevaron ante la justicia hasta veinte años después. ¿Dónde estuvo entretanto?

Pero el verano de Ricardo fue como un día de abril, lleno de promesas que quedan en agua de borrajas. En otoño tuvo que hacer frente a la invasión de los Woodville y los Lancaster que Morton había tramado antes de abandonar aquellas costas. El bando de los Lancaster enorgulleció a Morton: llegó con una flota de barcos y un ejército franceses. Pero los Woodville no pudieron aportar más que reducidos grupos esporádicos en lugares muy desperdigados: Guildford, Salisbury, Maidstone, Newbury, Exeter y Brecon. Los ingleses no querían saber nada de Enrique Tudor, a quien no conocían, ni de los Woodville, a quienes conocían demasiado bien. Ni siquiera el clima inglés quería saber nada de ellos. Y las esperanzas de Dorset de ver a su hermanastra Isabel, reina de Inglaterra, desposada con Enrique Tudor se vieron engullidas por

la crecida del río Severn. Enrique intentó desembarcar por el oeste, pero Devon y Cornualles mostraron su indignación. En vista de ello, zarpó de nuevo rumbo a Francia y esperó un momento más propicio. Y Dorset pasó a formar parte de la creciente multitud de exiliados de la familia Woodville que pululaban por la corte francesa.

De este modo, el plan de Morton se vio engullido también por las lluvias otoñales y por la indiferencia inglesa, y Ricardo vivió en paz una temporada; pero con la primavera llegó también una tristeza que nada podía engullir: la muerte de su hijo.

«Cuentan que el rey daba muestras de un pesar desesperado; no era un monstruo tan anormal como para estar despojado de los sentimientos propios de un padre», precisaba el historiador.

Y, por lo visto, tampoco de los de un marido. Transcurrido menos de un año, con la muerte de Ana, daba los mismos signos de sufrimiento.

Después de aquello, solo le quedaba esperar una nueva tentativa de la invasión que había fracasado, mantener Inglaterra en posición defensiva, y la ansiedad que despertaba en él el escamoteo de las arcas públicas.

Había hecho cuanto estaba en su mano. Había dado su nombre aun Parlamento modélico. Había firmado por fin la paz con Escocia y organizado el enlace de su sobrina con el hijo de Jaime III. Intentó por todos los medios la paz con Francia, pero no lo consiguió. En la corte francesa estaba Enrique Tudor, el mirlo blanco de Francia. Era solo cuestión de tiempo que Enrique desembarcara en Inglaterra, en esta ocasión con más apoyos.

De repente, Grant recordó a lady Stanley, la ardiente madre de Enrique, que pertenecía a la familia de los Lancaster. ¿Qué papel había desempeñado aquella mujer en la invasión otoñal que dio al traste con el verano de Ricardo?

Rebuscó entre las páginas del grueso libro hasta encontrarlo.

Lady Stanley fue hallada culpable de mantener correspondencia

desleal con su hijo.

Pero, una vez más, Ricardo actuó con excesiva benevolencia. Lady Stanley perdió sus propiedades, pero estas, y también ella, fueron entregadas a su marido. La broma de mal gusto era que Stanley probablemente estaba tan al corriente de la invasión como su esposa.

Desde luego, el monstruo no actuaba como tal.

Cuando Grant estaba quedándose dormido, una voz interior le dijo: «Si los muchachos fueron asesinados en julio y la invasión de los Woodville y los Lancaster tuvo lugar en octubre, ¿por qué no utilizaron el asesinato para recabar apoyos?». ».

Evidentemente, la invasión se había planeado antes de que el asesinato saliera a la luz. Fue una campaña de gran calado en la que participaron quince barcos y cinco mil mercenarios, y su organización debió de requerir mucho tiempo. Pero cuando se produjo el levantamiento, los rumores sobre la infamia de Ricardo, si es que los hubo, debían de estar ya muy extendidos. ¿Por qué no anunciaron a voz en grito su crimen por toda Inglaterra para que semejante espanto llevara a la gente a unirse en tropel a su causa?

«Calma, calma —se dijo Grant cuando despertó a la mañana siguiente—. Estás empezando a ser parcial y no es manera de llevar a cabo una investigación».

Así que, por una cuestión de disciplina moral, decidió convertirse en la acusación.

Supongamos que la historia de Butler fuera una estratagema, una trampa urdida con la ayuda de Stillington. Supongamos que la Cámara de los Lores y la de los Comunes estuvieran dispuestas a dejarse engañar con la esperanza de formar un gobierno estable en el futuro.

¿Nos ayudaría a resolver el asesinato de los dos muchachos?

En absoluto, ¿verdad?

Si la historia era falsa, de quien había que deshacerse era de Stillington. Puesto que lady Eleanor había fallecido en el convento años antes, no estaba allí para hacer pedazos el *Titulus regius* cuando se le antojara, pero Stillington sí. Y era evidente que Stillington no tuvo ninguna dificultad para seguir con vida y, de hecho, sobrevivió al hombre al que había puesto en el trono.

El repentino desmoronamiento del plan, la abrupta paralización en los preparativos para la coronación, fue o bien una espléndida pantomima o bien lo que cabría esperar si la atronadora confesión de Stillington llegó a unos oídos que no estaban preparados para ella. Ricardo tenía... ¿once, doce años? cuando se firmó el contrato de Butler. Por tanto, es improbable que tuviera constancia de ello.

Si la historia de Butler fue una invención para complacer a Ricardo, este debió de recompensar a Stillington. Pero no había indicio alguno de

que Stillington recibiera un capelo cardenalicio, un ascenso o un cargo importante.

Pero la prueba más fehaciente de que la historia de Butler era cierta radicaba en la apremiante necesidad de Enrique Vil de destruirla. Si era una falacia, para desacreditar a Ricardo solo tenía que sacarla a la luz y obligar a Stillington a que se tragara sus palabras, pero la encubrió.

Llegado a ese punto, Grant cayó en la cuenta de que una vez más estaba del lado de la defensa. Decidió abandonar. Leería a Lavinia Fitch, a Rupert Rouge o a alguno de aquellos autores de moda que descansaban sobre la mesita y se olvidaría de Ricardo Plantagenet hasta que apareciera el joven Carradine para retomar sus pesquisas.

Grant metió el esquema del árbol genealógico de los nietos de Cecilia Nevill en un sobre, anotó la dirección de Carradine y se lo entregó a la Enana para que lo enviara. Luego le dio la vuelta al retrato que estaba apoyado contra los libros para no verse seducido por aquel rostro que el sargento Williams había situado sin titubear en el estrado, y cogió *El sudor y el surco* de Silas Weekly. Después abandonó las sórdidas peleas de Silas por las tazas de té de Lavinia y estas por las intrigas de Rupert con creciente desagrado, hasta que Brent Carradine hizo aparición de nuevo en su vida.

Carradine lo miró con inquietud y dijo:

—No parece tan animado como la última vez que lo vi, señor Grant. ¿No está bien?

—En lo que a Ricardo se refiere, no —repuso Grant—. Pero tengo un nuevo Tonypandy para usted.

Grant le dio la carta de Laura en la que hablaba de las mujeres ahogadas que no eran tales.

Carradine la leyó con un deleite que se iba apoderando de él como un lento amanecer hasta que finalmente se mostró radiante.

—Dios mío, es fantástico. Es Tonypandy de primera calidad, superior. Maravilloso, maravilloso. ¿No lo sabía usted siendo escocés?

—Soy escocés de segunda generación —precisó Grant—. No. Sabía que ninguno de aquellos covenantistas había muerto «por su fe», claro está, pero no que uno de ellos o, mejor dicho, dos, no hubiesen muerto.

—¿Que no murieron por su fe? —repitió Carradine desconcertado—. ¿Quiere decir que todo el asunto es Tonypandy?

Grant se echó a reír.

—Me imagino que sí —dijo, sorprendido—. No me había parado a pensarlo. Sé desde hace tanto tiempo que los «mártires» no lo son más que un tipo que es condenado a muerte por asesinar a un anciano tendero de Essex que ya ni pienso en ello. En Escocia nadie moría por nada, excepto por delitos civiles.

—Pero yo pensaba que los covenantistas eran gente muy creyente.

—Eso es que ha visto cuadros del siglo XIX de los conventículos, unos grupos que escuchaban al predicador en mitad de los brezos. Rostros jóvenes extasiados y cabelleras blancas ondeando al viento de Dios. Los de Covenant eran el equivalente exacto del IRA irlandés, una pequeña minoría irreconciliable, la gente más sanguinaria que haya tenido que padecer nunca una nación cristiana. Si uno iba a la iglesia el domingo en lugar de a un conventículo, al despertarse el lunes podía encontrarse con el establo quemado o los caballos atados por las pezuñas. Y si el rechazo era más obvio, directamente le pegaban un tiro. Los hombres que mataron al arzobispo Sharp en presencia de su hija en una carretera de Fife y a plena luz del día eran los héroes del movimiento. «Hombres valientes y fervorosos por la causa de Dios», decían sus admirados seguidores. Vivieron tan campantes entre sus partidarios en el oeste durante años. Fue un «predicador del Evangelio» quien mató al obispo Honeyman en una calle de Edimburgo. Y al viejo párroco de Carsphairn en la puerta misma de su casa.

—Parece Irlanda, ¿verdad? —observó Carradine.

—De hecho eran peor que el IRA, porque había un elemento quintacolumnista. Recibían financiación y armas de Holanda. No estaban

desamparados ni nada por el estilo. Esperaban hacerse con el poder algún día y gobernar Escocia. Todo lo que predicaban era pura sedición, la incitación al crimen más violenta que se pueda imaginar. Ningún gobierno moderno podría tener tanta paciencia ante tal amenaza como el de aquella época. Los covenantistas siempre se beneficiaban de alguna amnistía.

—Vaya, vaya, y yo convencido de que luchaban por la libertad para alabar a Dios a su manera.

—Nadie les impidió hacer lo que se les antojara. Lo que pretendían era imponer su forma de gobierno eclesiástico no solo en Escocia, sino también en Inglaterra, lo crea o no. Debería leer algún día el Tratado de Covenant. No permitía la libertad religiosa a nadie, salvo a sus partidarios, por supuesto.

—Y todas esas lápidas y monumentos que van a ver los turistas...

—Tonypany todo. Si alguna vez lee en una lápida que Fulanito «murió por su adhesión a la Palabra de Dios y a la labor reformista de los covenantistas en Escocia» con un conmovedor versito debajo sobre «el polvo sacrificado a la tiranía» tenga por seguro que el tal Fulanito fue hallado culpable ante un tribunal adecuadamente constituido de delito civil punible con la muerte y que su desaparición nada tuvo que ver con la Palabra de Dios. —Grant rió con cierto disimulo—. Es el colmo de la ironía que un grupo cuyo nombre despertaba odio en toda Escocia por aquel entonces haya alcanzado la categoría de santos y mártires.

—No me extrañaría si no fuese onomatopéyico —dijo Carradine con aire pensativo.

—¿Qué?

—Sí hombre, como lo del gato y el ratón.

—¿De qué está hablando?

—¿Recuerda lo que dijo sobre aquella sátira del gato y el ratón, que con solo oírla resultaba ofensiva?

—Sí, viperina.

—Pues la palabra dragón igual. Tengo entendido que los dragones eran los policías de la época.

—Sí, la infantería montada.

—Bueno, pues a mí, y sospecho que a cualquier persona que lea la palabra dragón, le suena fatal. Se han convertido en algo que nunca fueron.

—Comprendo. La fuerza mayor personificada. En realidad el gobierno solo disponía de un puñado de hombres para controlar una región enorme, así que todo les venía de cara a los covenantistas, en más de un sentido. Un dragón (vamos, un policía) no podía detener a nadie sin una orden judicial (no podía dejar su caballo en una cuadra sin permiso del dueño si se daba el caso), pero nada impedía a un covenantista esconderse entre unos matorrales y despacharse unos cuantos dragones. Cosa que, por supuesto, hacían. Y ahora existe toda una tradición literaria sobre el pobre santo maltratado escondido entre los arbustos con una pistola, y el dragón que murió cumpliendo con su deber es un monstruo.

—Como Ricardo.

—Exacto. Por cierto, ¿cómo le va con nuestro Tonypandy particular?

—Bueno, todavía no he averiguado por qué se esmeró tanto Enrique en tapar y revocar aquella ley. Se ocultó y cayó en el olvido durante años, hasta que apareció el borrador original por casualidad en los archivos de la Torre. Se publicó en 1611. Speed reprodujo el texto completo en su *Historia de Gran Bretaña*.

—Vamos, que no hay nada que decir sobre el *Titulus regius*. Ricardo logró la sucesión tal como dicta la ley, y la crónica de santo Tomás Moro no tiene ni pies ni cabeza. Elizabeth Lucy no tuvo nada que ver en el asunto.

—¿Lucy? ¿Quién es Elizabeth Lucy?

—Ah, lo olvidaba. No estaba usted aquí cuando salió el tema. Según el bendito Moro, Ricardo aseguraba que Eduardo se había casado con una

de sus amantes, una tal Elizabeth Lucy.

La mirada de disgusto que siempre causaba la mención de santo Tomás Moro en el rostro de Carradine hizo que pareciera que estaba a punto de vomitar.

—Eso es absurdo.

—Lo mismo decía el presuntuoso de Moro.

—¿Por qué querían ocultar a Eleanor Butler? —preguntó Carradine, que ya comprendía la situación.

—Porque se había casado con Eduardo y los niños eran ilegítimos. Y si los niños eran ilegítimos, nadie se pondría de su parte y no supondrían ningún peligro para Ricardo. ¿Se ha dado cuenta de que la invasión de los Woodville y los Lancaster favorecía a Enrique y no a los niños, aunque Dorset era su hermanastro? Y eso ocurrió antes de que le llegara el rumor de la desaparición de los príncipes. Para la rebelión de Dorset y Morton, los muchachos no contaban para nada porque estaban de parte de Enrique. De ese modo, Dorset tendría a un cuñado en el trono de Inglaterra y la reina sería su hermanastra, lo cual no estaba nada mal para un fugitivo sin un penique.

—Sí, sí, tiene sentido que Dorset no luchara por restituir a su hermanastro. Si hubiese existido una sola posibilidad de que Inglaterra aceptara al muchacho, seguro que habría tenido su apoyo. Voy a contarle otro descubrimiento interesante. La reina y sus hijas abandonaron su refugio bastante pronto. Me lo ha recordado usted al hablar de su hijo Dorset. No solo se marchó del refugio, sino que volvió a la normalidad como si no hubiera ocurrido nada. Sus hijas asistían a fiestas en palacio. ¿Y sabe qué es lo mejor de todo?

—No.

—Que fue después de que los príncipes fueran «asesinados».

Y le diré algo más: sus dos hijos mueren a manos de su malvado tío y no se le ocurre otra cosa que escribir a su otro hijo, Dorset, que estaba en Francia, para pedirle que vuelva a casa y haga las paces con Ricardo,

que lo tratará muy bien.

Se hizo un silencio.

No había gorrones aquel día, solo el leve repiqueteo de la lluvia en la ventana.

—¿Ningún comentario? —preguntó finalmente Carradine.

—Verá —dijo Grant—, desde el punto de vista de un policía, no se puede acusar de nada a Ricardo, y lo digo literalmente. No es que el caso no sea lo bastante bueno para llevarlo a los tribunales. Sencillamente es que no hay caso.

—Por supuesto que no lo hay, sobre todo si le digo que todas aquellas personas cuyos nombres me envió seguían vivas y coleando, y libres, cuando Ricardo murió en Bosworth. Y no solo libres, muy bien atendidas. Las hijas de Eduardo no solo bailaban en palacio, sino que tenían una pensión. Ricardo nombró heredero a uno cuando murió su hijo.

—¿A quién?

—Al hijo de Jorge.

—Así que pretendía revocar la suspensión de derechos que habían impuesto a los hijos de su hermano.

—Sí. Si lo recuerda, intentó que no lo condenaran.

—Lo dice incluso el bendito Moro. Así que todos los herederos al trono de Inglaterra hicieron su vida, libres y sin que nadie los molestara, durante el reinado de Ricardo III, el Monstruo.

—Y no solo eso. Formaban parte del plan general. Es decir, de la familia y de la economía general del reino. He leído una serie de crónicas sobre York escritas por un tal Davies. Sobre la ciudad de York, me refiero, no sobre la familia. Tanto el joven Warwick, el hijo de Jorge, como su primo Lincoln eran miembros del Consejo. La ciudad les envió una carta en 1485. Es más, Ricardo ordenó caballero al joven Warwick al mismo tiempo que a su propio hijo en una fastuosa ceremonia que tuvo lugar en York. —Carradine hizo una larga pausa y luego espetó—: Señor Grant, ¿quiere escribir un libro sobre esto?

—¿Un libro? —preguntó Grant, atónito—. Dios me libre. ¿Por qué?

—Porque a mí sí que me gustaría. Sería mucho más interesante que lo de los campesinos.

—Pues hágalo.

—Es que me gustaría tener algo que enseñarle a mi padre. Él piensa que no sirvo para nada porque no me interesan los muebles, ni la mercadotecnia, ni las gráficas de ventas. Si viera un libro escrito por mí a lo mejor no me consideraría tan inútil. De hecho, tampoco me extrañaría que empezara a presumir de mí para variar.

Grant lo miró con benevolencia.

—Olvidaba preguntarle qué le ha parecido Crosby Place —dijo.

—Ah, bien, bien. Si lo ve Carradine III querrá llevárselo a Estados Unidos y reconstruirlo en los montes Adirondack.

—Pues si escribe ese libro sobre Ricardo, casi seguro que lo hace. Se sentirá copropietario. ¿Cómo lo va a titular?

—¿El libro?

—Sí.

—Le voy a tomar prestada una frase a Henry Ford y lo voy a titular *La historia es un disparate*.

—Excelente.

—Pero todavía tengo que leer e investigar mucho antes de empezar a escribir.

—Claro, aún no ha llegado al meollo de la cuestión.

—¿A qué se refiere?

—Quién asesinó a los chicos.

—Sí, por supuesto.

—Si estaban vivos cuando Enrique se apoderó de la Torre, ¿qué les ocurrió?

—Sí, tengo que ponerme con ello, pero de momento quiero saber por qué a Enrique le interesaba tanto ocultar el contenido del *Titulus regias*.

Cuando Carradine se disponía a marcharse, vio el retrato boca abajo

sobre la mesita. Lo cogió y lo apoyó con sumo cuidado en el montón de libros.

—No te muevas de aquí —le dijo al Ricardo pintado—. Voy a devolverte al lugar que te corresponde.

Cuando salía por la puerta, Grant dijo:

—Acabo de pensar en un suceso histórico que no es Tonypandy.

—¿Cuál? —preguntó Carradine, deteniéndose.

—La masacre de Glencoe.

—¿Es un hecho verídico?

—Desde luego. Y... ¡Brent!

Brent volvió a asomarse a la puerta.

—¿Sí?

—El hombre que la ordenó era un ferviente covenantista.

No hacía más de veinte minutos que Carradine se había ido cuando apareció Marta cargada de flores, libros, caramelos y buena voluntad. Encontró a Grant enfrascado en las crónicas de sir Cuthbert Oliphant sobre el siglo XV. La saludó con un aire distraído al que Marta no estaba acostumbrada.

—Si tu cuñado hubiera asesinado a tus dos hijos, ¿le aceptarías una pensión generosa?

—Supongo que es una pregunta retórica —contestó Marta, dejando el ramo de flores y buscando el jarrón más apropiado para ellas.

—En serio, creo que todos los historiadores están locos. Escucha esto:

«La conducta de la reina viuda es difícil de explicar. No está claro si temía que la sacaran del refugio a la fuerza o si simplemente estaba cansada de su triste existencia en Westminster y decidió reconciliarse con el asesino de sus hijos por pura apatía».

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Marta, y miró extrañada a Grant con un jarrón en una mano y un cilindro de cristal en la otra.

—¿Crees que los historiadores realmente escuchan lo que dicen?

—¿Quién era esa reina viuda?

—Isabel Woodville, la mujer de Eduardo IV.

—Ah, claro. La interpreté en una obra sobre Warwick, el hacedor de reyes. Fue un papel secundario.

—Hombre, yo es que soy un simple policía —dijo Grant—. Puede

que no me haya movido en los círculos adecuados y que solo haya conocido a gente maja. ¿Dónde tiene que ir uno para conocer a una mujer que se hace amiga del asesino de sus dos hijos?

—A Grecia, supongo —respondió Marta—. A la antigua Grecia.

—No recuerdo un ejemplo ni siquiera allí.

—O a lo mejor a un manicomio. ¿Isabel Woodville dio alguna muestra de locura?

—Nadie lo notó y reinó durante veinte años más o menos.

—Bueno, piensa que era una farsa, no una tragedia —dijo Marta mientras seguía colocando las flores—. Sí, ya sé que mató a Eduardo y al pequeño Ricardo, pero el hombre es un encanto, y me va fatal para el reuma vivir en una casa orientada al norte.

Grant se echó a reír y recuperó el buen humor.

—Sí, por supuesto. Es el colmo del absurdo. Parece sacado de una antología del disparate, no de un libro de historia como Dios manda. Por eso me sorprenden los historiadores. Parecen no tener talento para discernir la verosimilitud de una situación. Para ellos la historia es como un espectáculo con figuras bidimensionales sobre un fondo lejano.

—A lo mejor cuando uno anda escarbando entre documentos hechos jirones no tiene tiempo de estudiar a las personas. No me refiero a las personas que aparecen en los documentos. Hablo de la gente real, de carne y hueso, y de cómo reacciona ante determinadas circunstancias.

—¿Cómo la interpretarías? —preguntó Grant al recordar que el oficio de Marta consistía en comprender las motivaciones de las personas.

—¿A quién?

—A la mujer que abandonó su refugio y trabó amistad con el asesino de sus hijos por setecientos merks anuales y el derecho a asistir a fiestas en palacio.

—No podría. No existe ninguna mujer así, aparte de Eurípides o la casa de un delincuente. Solo la podría interpretar en plan cómico. Ahora

que lo pienso, sería una buena parodia, una parodia de una tragedia poética en verso blanco. Tengo que probarlo algún día, para una función matinal benéfica o algo así. Espero que no odies las mimosas. Con el tiempo que hace que te conozco, es raro lo poco que sé sobre tus filias y tus fobias. ¿Quién inventó a la mujer que se hizo amiga del asesino de sus hijos?

—No es una invención. Isabel Woodville abandonó su refugio y, en efecto, aceptó una pensión de Ricardo. No solo se la concedieron, sino que la pagaban. Sus hijas iban a fiestas en palacio y envió una carta a su hijo de su primer matrimonio para que volviera de Francia e hiciera las paces con Ricardo. La única explicación que da Oliphant es que tenía miedo de que la sacaran por la fuerza de su refugio (¿Sabes de alguien a quien le haya ocurrido tal cosa? Quien lo hiciera sería excomulgado, y Ricardo era un buen católico) o que se había hartado de aquella vida.

—¿Y cuál es tu teoría sobre tan extraño proceder?

—La explicación más lógica es que los muchachos estaban vivos. En su momento nadie dijo lo contrario.

Marta contempló los ramilletes de mimosas.

—Sí, claro. Me dijiste que el decreto de suspensión de derechos no contenía ninguna acusación. Después de la muerte de Ricardo, quiero decir. —Marta se fijó entonces en el retrato que había sobre la mesa y miró a Grant—. Entonces piensas de verdad, como policía, que Ricardo no tuvo nada que ver con la muerte de los niños.

—Estoy convencido de que seguían con vida cuando Enrique se apoderó de la Torre al llegar a Londres. No encuentro justificación al hecho de que no montara un escándalo si los niños habían desaparecido. ¿A ti se te ocurre algo?

—No, no, por supuesto. Es inexplicable. Yo siempre había dado por hecho que se había formado un escándalo terrible, que sería uno de los principales cargos contra Ricardo. Parece que tú y mi corderito lo estáis pasando estupendamente con este asunto. Cuando propuse que

investigaras para pasar el rato no imaginaba que estuviese contribuyendo a reescribir la historia. Lo cual me recuerda que Atlanta Shergold quiere matarte.

—¿A mí? Pero si ni siquiera la conozco.

—Pues te anda buscando con una pistola. Dice que la actitud de Brent hacia el Museo Británico es la misma que la de un adicto a la droga. No hay manera de sacarlo de allí y, cuando lo hace, se pasa el rato dándole vueltas. Es como si Atlanta ya no existiera para él. Ni siquiera asiste a las representaciones de *El mar en un cuenco*. ¿Viene a menudo?

—Se ha marchado unos minutos antes de que tú llegaras, pero no creo que vuelva a tener noticias tuyas hasta dentro de unos días.

Pero en eso se equivocaba.

Justo antes de la cena apareció el recepcionista con un telegrama. Grant metió el pulgar bajo la delicada tira engomada de la solapa y sacó las dos hojas del telegrama, que era de Brent.

Maldita sea ha pasado algo terrible (stop) la crónica en latín de que le hablé (stop) la crónica escrita por el monje de la abadía de Croyland (stop) acabo de verla y menciona el rumor sobre la muerte de los chicos (stop) la escribió antes de la muerte de Ricardo así que estamos perdidos y sobre todo yo ya no podré escribir ese bonito libro (stop) se puede suicidar cualquiera en su río o está reservado a los británicos.

Brent

La voz del recepcionista interrumpió aquel silencio:

—La respuesta está pagada, señor. ¿Quiere contestar?

—¿Qué? No, ahora mismo no. Más tarde.

—Muy bien, señor —dijo, mirando respetuosamente las dos hojas del telegrama (en su familia, los telegramas se limitaban a una sola página) y se marchó sin tararear esta vez.

Grant reflexionó sobre la noticia, anunciada con semejante extravagancia transatlántica en materia de comunicación telegráfica, y la leyó de nuevo.

—Croyland —musitó.

¿De qué le sonaba? Nadie había mencionado a Croyland hasta ese momento. Carradine solo había hablado de la crónica de un monje guardada en alguna parte.

A lo largo de su vida profesional, Grant se había enfrentado demasiadas veces a un hecho que desmontaba todos sus argumentos como para dejarse amilanar ahora. Reaccionó como lo habría hecho en una investigación al uso. Asió aquel inquietante dato y lo observó, tranquilo, desapasionado, sin el profundo desánimo del pobre Carradine.

—Croyland —dijo una vez más.

Croyland estaba en Cambridgeshire. ¿O era Norfolk? En algún lugar de la frontera, en la llanura.

En aquel momento llegó la Enana con la cena y dejó el plato donde Grant pudiera comer más o menos cómodo, pero este ni se percató de su presencia.

—¿Llega bien al pudín desde ahí? —preguntó. Y al no obtener respuesta, insistió—: Señor Grant, ¿llega al pudín si se lo dejo aquí?

—¡Ely! —exclamó Grant.

—¿Qué?

—Ely —repitió Grant en voz baja, mirando al techo.

—Señor Grant, ¿se encuentra bien?

Cuando la Enana se interpuso entre él y aquellas grietas del techo que tan bien conocía, fue consciente de su rostro bien empolvado y con cierto aire de preocupación.

—Estoy muy bien, mejor que nunca. Espere un segundo. Sea buena chica y envíeme un telegrama. Acérqueme el cuaderno. Con ese pudín de arroz ahí en medio no llego.

La Enana le tendió el cuaderno y un lápiz, y en el formulario de

respuesta Grant anotó:

¿Puede investigar si por aquellas fechas corría un rumor similar por Francia?

Grant

Después cenó con buen apetito y se dispuso a dormir. Se encontraba flotando en ese delicioso camino a la inconsciencia cuando se dio cuenta de que alguien se había inclinado sobre él para inspeccionarlo. Abrió los ojos para ver quién era y se dio de bruces con los ansiosos iris marrones de la Amazona, que parecía más grande y más vacuna que nunca a la tenue luz de la lámpara. En la mano llevaba un sobre amarillo.

—No sabía qué hacer—dijo la enfermera—. No quería molestarle, pero pensaba que podía ser importante. Con los telegramas nunca se sabe, y si no lo leía hoy, el retraso sería de doce horas. La enfermera Ingham ya ha terminado su turno, así que no habrá nadie a quien preguntarle hasta que llegue la enfermera Briggs a las diez. Espero no haberle despertado. No estaba durmiendo, ¿verdad?

Grant le aseguró que había hecho lo correcto y la Amazona emitió un suspiro que a punto estuvo de derribar el retrato de Ricardo. Permaneció allí mientras Grant leía el telegrama, como si estuviera dispuesta a prestarle su apoyo en caso de que contuviera malas noticias. Para la Amazona, todos los telegramas eran sinónimo de malas noticias.

El mensaje era de Carradine:

Se refiere a que cree repito cree que debería haber otra repito otra acusación signo de interrogación.

Brent

Grant cogió el formulario de respuesta y escribió:

Sí. Preferiblemente en Francia.

Entonces le dijo a la Amazona:

—Puede apagar la luz. Voy a dormir hasta las siete de la mañana.

Grant se quedó dormido preguntándose cuánto tardaría en volver a ver a Carradine y qué posibilidades había de que encontrara ese tan deseado segundo rumor.

Pero Carradine no tardó mucho en regresar, y no tenía ninguna pinta de querer suicidarse. De hecho, parecía que se había ensanchado de una manera extraña. Su abrigo ya no parecía tanto un apéndice como una prenda de ropa. Miró a Grant.

—Señor Grant, es usted una maravilla. ¿Hay más como usted en Scotland Yard o es un caso único?

Grant lo miró con cierta incredulidad.

—¿No me diga que ha encontrado otro ejemplo en Francia!

—¿No es lo que me pidió?

—Sí, pero apenas tenía esperanza. Las posibilidades eran ínfimas. ¿Qué forma adoptó el rumor en Francia? ¿Una crónica? ¿Una carta?

—No, algo mucho más sorprendente. Y mucho más deprimente, de hecho. Por lo visto, el canciller de Francia lo mencionó en un discurso que pronunció ante los Estados Generales en Tours, y lo hizo de forma bastante elocuente. En cierto modo, su elocuencia es lo único que me ha servido de consuelo en toda esta situación.

—¿Por qué?

—Bueno, me ha parecido un senador hablando precipitadamente de alguien que ha presentado una medida que a su pueblo no le va a gustar. Más política que Estado, no sé si me entiende.

—Debería trabajar en Scotland Yard, Brent. ¿Qué dijo el canciller?

—Está en francés y no se me da muy bien. Será mejor que lo lea usted mismo.

Carradine le entregó una hoja con su infantil caligrafía y la leyó:

Regardez, je vous prie, les événements qui cipro la mort du roi Edouard sont arrivés dans ce pays. Contemplez ses enfants, déjà grands et través, massacrés impunément, et la couronne transportée a l'assassin par la faveur des peuples.

—«Ce pays» —dijo Grant—. Estaba furioso con Inglaterra. Incluso insinúa que la voluntad del pueblo inglés era que los niños fueran «aniquilados». Nos pintan como una raza de bárbaros.

—Sí, a eso me refería. Es un congresista marcándose un tanto. De hecho, la regencia francesa envió una embajada a Ricardo ese mismo año, seis meses después, así que probablemente descubrieron que el rumor no era cierto. Ricardo firmó un salvoconducto para los embajadores. No lo habría hecho si todavía lo hubieran tenido por un asesino intocable.

—Claro. ¿Puede darme la fecha de los dos libelos?

—Sí, las tengo aquí. El monje de Croyland escribió sobre los hechos a finales del verano de 1483. Según él, corría el rumor de que los muchachos habían sido asesinados, pero nadie sabía cómo. El duro golpe en la reunión de los Estados Generales tuvo lugar en enero de 1484.

—Perfecto —dijo Grant.

—¿Por qué quería encontrar un rumor parecido?

—Para cotejarlo. ¿Sabe dónde está Croyland?

—Sí, en los Fens, cerca de Ely. Y fue allí donde se escondió Morton después de huir de la ofensiva de Buckingham.

—¡Morton! Sí, por supuesto.

—Si fue Morton quien propagó el rumor, debió de producirse otro brote cuando llegó al continente. Morton escapó de Inglaterra en otoño de 1483, y el rumor aparece a principios de enero de 1484. Croyland es un lugar muy aislado, por cierto, así que sería el escondite idóneo para un obispo huido hasta que pudiera organizar su marcha al extranjero.

—¡Morton! —repitió Carradine, arrastrando aquel nombre al

pronunciarlo—. Siempre que hay tejemanejes en este asunto, aparece Morton por algún lado.

—¿Usted también lo ha notado?

—Fue el alma de esa conspiración para matar a Ricardo antes de que pudiera ser coronado, respaldó la rebelión después de que subiera al trono y el rastro de subversión que dejó en el continente es tan pegajoso como el de un caracol.

—Bueno, lo del caracol es pura deducción. No se sostendría ante un tribunal. Pero no cabe ninguna duda acerca de sus actividades una vez que hubo cruzado el Canal. Desde entonces se dedicó a la subversión a tiempo completo. Él y un amigo suyo llamado Christopher Urswick trabajaron como hormiguitas para defender los intereses de Enrique, enviando a Inglaterra cartas y mensajeros a escondidas para alimentar la hostilidad hacia Ricardo.

—¿Sí? Yo no sé tanto como usted sobre lo que puede sostenerse en un juicio y lo que no, pero tengo la sensación de que lo del caracol es una deducción válida, si me lo permite. No creo que Morton esperara a estar en el extranjero para empezar con sus ardides.

—No, claro que no. Para Morton era un asunto de vida o muerte que Ricardo se marchase. De lo contrario, su carrera estaría acabada. No es que ya no pudiera ascender, es que no le quedaría nada. Le arrebatarían sus numerosas propiedades y le dejarían solo su sencilla sotana de sacerdote. Él, John Morton, que había tenido al alcance de la mano un arzobispado. Pero si ayudaba a Enrique Tudor a llegar al trono, no solo se convertiría en arzobispo de Canterbury, sino también en cardenal. Sí, para Morton tenía una importancia abrumadora, desesperada, que Ricardo no llevase las riendas de Inglaterra.

—Bueno —dijo Brent—, entonces era el hombre idóneo para la subversión. Dudo que tuviese algún escrúpulo. Un rumorcillo como el infanticidio debía de ser un juego de niños para él.

—Hombre, cabe la mínima posibilidad de que él lo creyera, por

supuesto —añadió Grant. Su costumbre de sopesar pruebas pudo más que su antipatía hacia Morton.

—¿Que creyera que los niños habían sido asesinados?

—Sí. Puede que se lo inventara otra persona. Después de todo, el país debía de ser un hervidero de historias de los Lancaster, algunas malintencionadas y otras simple propaganda. Quizá Morton se limitaba a hacer circular la última que le había llegado.

—Pues a mí no me extrañaría que estuviese allanándose el terreno para el asesinato —intervino Brent de manera cortante.

Grant se echó a reír.

—A mí tampoco —dijo—. ¿Y qué más ha encontrado gracias al monje de Croyland?

—Pues cierto consuelo. Después de que me entrara el pánico y le enviara ese telegrama, descubrí que no podíamos tomárnoslo como si fuera el Evangelio. Se limitaba a escribir todos los cotilleos que le llegaban del mundo exterior. Dijo, por ejemplo, que Ricardo fue coronado por segunda vez en York y, por supuesto, es mentira. Si es capaz de equivocarse en un hecho tan importante como una coronación, no se puede uno fiar de él como cronista. Pero sí que sabía lo del *Titulus regius*, por cierto, y da detalles de todo, incluida lady Eleanor.

—Interesante. Incluso un monje de Croyland sabía con quién se había casado Eduardo supuestamente.

—Sí. El bendito Moro debió de sacarse de la manga a Elizabeth Lucy mucho después.

—Por no hablar de esa historia atroz de que Ricardo basó su reivindicación de la corona en la deshonor de su madre.

—¿Qué?

—Dice que Ricardo ordenó que se predicara un sermón en el que se afirmaba que Eduardo y Jorge eran hijos de padre distinto y que él, Ricardo, era el único hijo legítimo y, por tanto, el único heredero auténtico.

—Pues al bendito Moro se le podría haber ocurrido algo más convincente —repuso Carradine, tajante.

—¡Sí, sobre todo si tenemos en cuenta que Ricardo vivía en casa de su madre cuando apareció el libelo!

—Es cierto, lo había olvidado. No tengo mentalidad de policía. Muy ingenioso eso que dice de que Morton fue el portador del rumor. Pero aun así, supongamos que ese rumor apareció en otro lugar.

—Es posible, naturalmente, pero me apuesto lo que quiera a que no. No me creo en absoluto que hubiese corrido el más mínimo rumor de que los chicos habían desaparecido.

—¿Por qué?

—Por una razón que considero irrefutable. Si hubiera habido cierta inquietud generalizada o rumores o acciones claramente subversivos, Ricardo habría tomado medidas inmediatas para acallarlos. Cuando empezó a correr el rumor de que quería casarse con su sobrina Isabel, la hermana mayor de los chicos, lo atajó como una fiera. No solo envió cartas a varias ciudades negándolo de manera bien rotunda, sino que estaba tan furioso, y consideraba tan importante que no le calumniaran, que convocó a las máximas autoridades de Londres en el salón más grande que pudo encontrar, para acomodarlas a todas a la vez, y les dijo cara a cara lo que pensaba.

—Sí, tiene razón. Ricardo habría desmentido públicamente el rumor si se hubiera extendido. Al fin y al cabo, era mucho más horrendo que lo de la boda con su sobrina.

—Es más, por aquella época uno podía obtener una dispensa para casarse con una sobrina. A lo mejor todavía se puede, vaya usted a saber. No es competencia mía en Scotland Yard. Lo que sí que es cierto es que si Ricardo fue capaz de llegar a ese extremo para desmentir el rumor sobre el matrimonio, sin duda habría hecho mucho más por acallar el del asesinato en caso de que existiera. Por tanto, la conclusión inevitable es que no se había propagado ningún rumor sobre la desaparición de los

príncipes o cualquier otro juego sucio relacionado con ellos.

—Vamos, que solo fue un hilito de agua entre los Fens y Francia.

—Exacto. En todo este asunto nada apunta a que los chicos fuesen motivo de inquietud. En una investigación policial uno busca anomalías en la conducta de los sospechosos. ¿Por qué X, que siempre va al cine los jueves por la noche, decide no ir precisamente esa noche? ¿Por qué Y compró un billete de ida y vuelta como de costumbre pero no lo utilizó? Ese tipo de cosas. Pero en el poco tiempo transcurrido entre la sucesión de Ricardo y su muerte todo el mundo se comporta con absoluta normalidad. La madre de los niños abandona su refugio y hace las paces con Ricardo. Las niñas retoman su vida en la corte. Los príncipes supuestamente continúan con las clases que habían quedado interrumpidas por la muerte de su padre. Sus jóvenes primos ocupan un puesto en el Consejo y poseen importancia suficiente como para que la ciudad de York les envíe cartas. Parece una escena bastante normal y apacible, donde todo el mundo se dedica a sus quehaceres cotidianos y nada apunta a que se haya cometido un asesinato espectacular e innecesario en la familia.

—Parece que sí que voy a poder escribir el libro después de todo, señor Grant.

—Seguro que sí. No solo tiene que limpiar el nombre de Ricardo, sino también librar a Isabel Woodville de la acusación de que perdonó el asesinato de sus hijos por setecientos merks al año y otras gratificaciones.

—No puedo escribir el libro y dejarlo todo en el aire. Al menos necesitaré una teoría sobre lo que les ocurrió a los príncipes.

—Y la tendrá.

Carradine apartó su afable mirada de las nubes algodonosas que dominaban el Támesis y observó a Grant inquisitivamente.

—¿A qué viene ese tono? —le preguntó—. Parece un niño con zapatos nuevos.

—Bueno, he estado siguiendo un método policial durante esos días ociosos en que esperaba que volviera usted por aquí.

—¿Un método policial?

—Sí. Quién se beneficia y todo eso. Ya hemos descubierto que a Ricardo no le serviría de nada que los muchachos murieran. Así que seguimos buscando para ver a quién beneficiaría en ese caso, y ahí es donde interviene el *Titulus regius*.

—¿Qué tiene que ver el *Titulus regius* con el asesinato?

—Enrique VII se casó con Isabel, la hermana mayor de los chicos.

—Sí.

—Para que los yorkistas lo aceptaran como rey.

—Sí.

—Al revocar el *Titulus regius*, daba legitimidad a Isabel.

—Claro.

—Pero si legitimaba a los niños, automáticamente se convertían en herederos al trono antes que ella. De hecho, al revocar el *Titulus regius*, convertía al mayor de los dos en rey de Inglaterra.

Carradine chasqueó levemente la lengua. Sus ojos brillaban complacidos detrás de las gafas de pasta.

—Por tanto —continuó Grant—, propongo que la investigación siga esa línea.

—Perfecto. ¿Qué quiere?

—Quiero saber mucho más sobre la confesión de Tyrrel. Pero, sobre todo, quiero saber cómo actuaron los interesados. Qué les sucedió, no lo que alguien dijo sobre otra persona, como hicimos con el caso de la sucesión de Ricardo tras la muerte inesperada de Eduardo.

—Bien. ¿Qué quiere saber sobre eso?

—Qué fue de todos los herederos de la casa de York que Ricardo dejó tan vivos y prósperos. Todos y cada uno de ellos. ¿Podrá hacerlo?

—Claro, es elemental.

—Y no me importaría saber más cosas sobre Tyrrel. Sobre el

personaje, quiero decir. Quién era y qué hizo.

—Por supuesto —Carradine se levantó con tanto ímpetu que, por un momento, Grant pensó que iba a abotonarse el abrigo—. Señor Grant, le estoy muy agradecido por... por...

—¿Por tanta diversión?

—Cuando pueda andar, me... me... me gustaría llevarlo a visitar la Torre de Londres.

—Preferiría un viaje en barco a Greenwich. En esta isla sentimos pasión por la náutica.

—¿Cuándo cree que podrá levantarse de la cama?

—Seguramente estaré levantado antes de que usted vuelva con noticias sobre los herederos y Tyrrel.

Resultó que Grant no estaba levantado cuando Carradine volvió, pero se había incorporado en la cama.

—Ni se imagina —le dijo a Brent— lo fascinante que es la pared de enfrente después del techo, y lo pequeño y raro que se hace el mundo ahí arriba.

Le conmovió la obvia satisfacción de Carradine con sus progresos y tardaron un rato en ponerse manos a la obra. Fue Grant quien tuvo que decir:

—Bueno, ¿cómo les fue a los herederos con Enrique VII?

—Ah, sí —respondió Carradine mientras sacaba su habitual fajo de notas y acercaba una silla tirando con el pie derecho del travesaño. Se sentó—. ¿Por dónde empiezo?

—Bueno, lo de Isabel ya lo sabemos. Enrique se casó con ella y fue reina de Inglaterra hasta que murió. Después, Enrique probó con la española Juana la Loca.

—Sí, Isabel se casó con Enrique en la primavera de 1486. No, en enero, cinco meses después de lo de Bosworth, y murió en la primavera de 1503.

—Tenía diecisiete años. Pobre Isabel. Con Enrique debieron de parecerle setenta. Enrique no era precisamente un marido devoto, por utilizar un eufemismo. Pasemos a la familia, a los hijos de Eduardo. No se sabe qué suerte corrieron los muchachos. ¿Qué le pasó a Cecilia?

—Se casó con lord Welles, un tío suyo bastante mayor, y la enviaron a vivir a Lincolnshire. Ana y Catalina, que eran pequeñas, se casaron con buenos Lancaster cuando tuvieron edad suficiente. Brígida, la más

pequeña, se metió a monja en Dartford.

—Todo muy normal de momento. ¿Y ahora a quién le toca? El hijo de Jorge.

—Sí, el joven Warwick. Lo encerraron de por vida en la Torre y lo ejecutaron por un supuesto intento de fuga.

—Ya. ¿Y Margarita, la hija de Jorge?

—Se convirtió en la condesa de Salisbury. Enrique VIII la ejecutó bajo una acusación falsa. Por lo visto, es un ejemplo clásico de asesinato amparado por la ley.

—¿Y el hijo de Isabel, el otro posible heredero?

—Juan de la Pole. Se fue a vivir con su tía en Borgoña hasta que...

—Se marchó con Margarita, la hermana de Ricardo.

—Sí. Murió durante la rebelión de Simmel, pero tenía un hermano más joven que no incluyó usted en la lista. Fue ejecutado por Enrique VIII. Se había entregado a Enrique VII con un salvoconducto, así que imagino que el rey pensó que no podía ignorarlo para no estropear las cosas. De todos modos, ya había agotado su cupo de buena suerte. Enrique VIII no corrió riesgos. Y no se detuvo con de la Pole. En esa lista faltan otros cuatro: Exeter, Surrey, Buckingham y Montesco. Se deshizo de todos.

—¿Y el hijo de Ricardo? Juan, el bastardo.

—Enrique VII le concedió una pensión de veinte libras al año, pero fue el primero en morir.

—¿De qué lo acusaban?

—De haber recibido una invitación para ir a Irlanda.

—Bromea...

—Qué va. Irlanda era el centro de la rebelión de los partidarios del régimen. La familia York gozaba de gran popularidad allí y, para Enrique, una invitación de Irlanda era sinónimo de condena a muerte. Sin embargo, no se me ocurre ninguna razón por la que Enrique tuviera que preocuparse por Juan. Según *Foedera*, era un muchacho «activo y bien

dispuesto».

—Tenía más derecho al trono que Enrique —dijo Grant con gran rotundidad—Era el hijo único y legítimo de un rey. Enrique era bisnieto de un hijo ilegítimo del primogénito de un rey.

Se impuso un silencio un rato, que Carradine interrumpió con un «Sí».

—¿Sí, qué?

—Lo que está pensando.

—Todo apunta en la misma dirección, ¿verdad? Solo faltan ellos dos en la lista.

Hubo otro silencio.

—Todos fueron asesinatos amparados por la ley —dijo Grant—. Asesinatos legales. Pero no se puede condenar a muerte a dos niños.

—Claro —coincidió Carradine, que siguió contemplando a los gorriones—. Tenían que hacerlo de otra manera. Después de todo, ellos eran los importantes.

—Eran vitales.

—¿Cómo empezamos?

—Como hicimos con la sucesión de Ricardo. Tenemos que averiguar dónde estaba cada uno en los primeros meses del reinado de Enrique y qué hacía. Pongamos que el primer año de su reinado. En algún momento tiene que producirse una interrupción de esa parte, igual que ocurrió con los preparativos para la coronación del chico.

—Correcto.

—¿Ha descubierto algo sobre Tyrrel? ¿Quién era?

—Sí. No era como yo me lo imaginaba. Yo lo veía como una especie de adlátere. ¿Usted no?

—Sí, creo que yo también. ¿Acaso no lo era?

—En absoluto, era una persona importante: sir James Tyrrel de Gipping. Formó parte de varios comités, imagino que se llamarán así, en nombre de Eduardo IV, y lo ordenaron caballero estandarte, que vaya

usted a saber qué es eso, durante el sitio de Berwick. Le fue bien con Ricardo, aunque no he podido corroborar si participó en la batalla de Bosworth. No sé si sabrá que muchos llegaron tarde a la batalla, pero no creo que eso tenga demasiada relevancia. En cualquier caso, no era la persona servil que yo siempre había imaginado.

—Curioso. ¿Cómo le fue con Enrique VII?

—Bueno, eso es lo verdaderamente interesante. Aunque prestó tan buen servicio a la casa de York, al parecer prosperó bastante con Enrique, que lo nombró administrador de Guisnes. Después lo enviaron a Roma como embajador. Fue uno de los comisionados que negociaron el Tratado de Étaples. Y Enrique le garantizó de por vida las rentas de unas tierras en Gales, pero después le hizo cambiarlas por otras de igual valor en el condado de Guisnes. No entiendo por qué.

—Yo sí —repuso Grant.

—¿Ah, sí?

—¿No se ha dado cuenta de que todos sus nombramientos y títulos son fuera de Inglaterra? Incluso las tierras.

—Sí, es cierto. ¿Qué le dice eso?

—De momento nada. A lo mejor le parecía que Guisnes era mejor para su bronquitis. A veces buscamos tres pies al gato en las transacciones históricas. Como las obras de Shakespeare, son proclives a interpretaciones casi infinitas. ¿Cuánto duró su luna de miel con Enrique VII?

—Pues bastante. Todo fue sobre ruedas hasta 1502.

—¿Qué pasó en 1502?

—Enrique se enteró de que Tyrrel pretendía ayudar a un miembro de los York que estaba en la Torre a huir a Alemania. Envío a toda la guarnición de Calais para que sitiara el castillo de Guisnes, pero como no le pareció suficiente, también envió a su sello privado... ¿Sabe lo que es?

Grant asintió.

—Pues envió a su sello privado (menudos nombres inventan ustedes

los ingleses para sus autoridades) para que le ofreciera un salvoconducto si aceptaba subirse a un barco en Calais y hablar con el ministro de Hacienda.

—No me cuente más.

—No hace falta, ¿verdad? Acabó en una mazmorra de la Torre y fue decapitado «con gran precipitación y sin juicio» el 6 de mayo de 1503.

—¿Y su confesión?

—No la hubo.

—¿Qué?

—No me mire así. Yo no tengo la culpa.

—Pero yo creía que había confesado el asesinato de los niños.

—Según varios testimonios sí, pero son testimonios de una confesión, no una transcripción. No sé si me entiende.

—¿Quiere decir que Enrique no hizo pública la confesión?

—No. Polidoro Virgilio, el historiador al que Enrique tenía en nómina, escribió una crónica del asesinato, pero después de la muerte de Tyrrel.

—Pero si Tyrrel confesó haber asesinado a los chicos a petición de Ricardo, ¿por qué no lo acusaron y juzgaron públicamente?

—No tengo ni la más remota idea.

—A ver si lo entiendo. No se supo nada de la confesión de Tyrrel hasta después de su muerte.

—Exacto.

—Confiesa que, casi veinte años antes, en 1483, se fue de Warwick deprisa y corriendo, llegó a Londres, pidió las llaves de la Torre al gobernador, que no recuerdo cómo se llamaba...

—Brackenbury. Sir Robert Brackenbury.

—Eso. Brackenbury le entrega las llaves de la Torre una noche, asesina a los muchachos, devuelve las llaves y comunica lo ocurrido a Ricardo. Con esta confesión pone fin a un misterio que debió de ser muy comentado y, sin embargo, no se le somete a ningún proceso público.

—Nada en absoluto.

—No me gustaría presentarme ante un tribunal con una historia semejante.

—Yo ni me lo plantearía. Es la farsa más grande que he oído en mi vida.

—¿Ni siquiera emplazaron a Brackenbury a que confirmara o desmintiera la historia de las llaves?

—Brackenbury había muerto en Bosworth.

—Mira tú por dónde, él también. —Se tumbó y reflexionó unos momentos—. Bueno, entonces si Brackenbury murió en Bosworth tenemos otra pequeña prueba de nuestra parte.

—¿Cuál?

—Si eso fue lo que ocurrió, quiero decir, si Brackenbury entregó las llaves una noche por orden de Ricardo, tuvieron que enterarse varias autoridades de la Torre. Es inconcebible que ninguno estuviera dispuesto a contárselo a Enrique cuando se apoderó de la Torre, sobre todo si los chicos habían desaparecido. Brackenbury había muerto. Ricardo también. El siguiente responsable de la Torre tendría que haber encontrado a los niños, y al no poder hacerlo, habría dicho: «El gobernador entregó las llaves una noche y desde entonces no se ha vuelto a ver a los muchachos». Tendría que haberse oído el clamor más despiadado contra el hombre que había entregado las llaves. Habría sido la prueba principal en la acusación contra Ricardo y, entregándolo, Enrique se habría colgado una medalla.

—Y no solo eso. Tyrrel era demasiado conocido en la Torre como para pasar desapercibido. En el Londres de aquella época, que era más pequeño que el actual, debió de ser un personaje bastante famoso.

—Si esa historia fuera cierta, Tyrrel habría sido juzgado y ejecutado públicamente por el asesinato de los niños en 1485. No tenía a nadie que lo protegiese. —Grant cogió sus cigarrillos—. Así que solo sabemos que Enrique ejecutó a Tyrrel en 1502 y que después anunció, por medio de

sus historiadores domesticados, que había confesado que veinte años antes había asesinado a los príncipes.

—Eso es.

—Y en ningún momento se le ocurrió justificar por qué no había procesado a Tyrrel por aquel crimen atroz que había confesado.

—Que yo sepa, no. Enrique andaba de lado, como los cangrejos. Nunca iba directo al meollo de la cuestión, ni siquiera cuando se trataba de un asesinato. Había que encubrirlo para que pareciera otra cosa. Esperó años hasta que encontró una excusa legal que pudiese camuflar un crimen. Su mente funcionaba como un sacacorchos. ¿Sabe cuál fue su medida oficial como Enrique VII?

—No.

—Ejecutar a varios hombres que lucharon con Ricardo en Bosworth acusándolos de traición. ¿Y sabe cómo se las ingenió para que se considerase legalmente una traición? Fechando el inicio de su reinado el día antes de la batalla. Una mente capaz de algo así es capaz de cualquier cosa. —Cogió el cigarrillo que le ofreció Grant—. Pero le salió el tiro por la culata —añadió con alegría contenida—. No lo consiguió. Los ingleses, benditos sean, dijeron basta.

—¿Cómo?

—Le presentaron, con esa educación tan inglesa, un decreto según el cual nadie que estuviera al servicio del señor soberano del país podía ser condenado por traición, ni expropiado, ni encarcelado, y le obligaron a aceptarlo. Muy inglesa esa educación implacable. Nada de gritos en las calles ni de arrojar piedras porque no les gustaba aquel engaño. Tuvieron suficiente con un educado y razonable decreto, que Enrique tuvo que tragarse. Estoy seguro de que aquello lo sacó de sus casillas. Bueno, tengo que irme. Me alegro de verle incorporado. Por lo que veo, pronto podremos ir de visita a Greenwich. A propósito, ¿qué hay allí?

—Una arquitectura espléndida y un río lleno de lodo muy bonito.

—¿Y ya está?

—Y unos bares estupendos.

—Pues ¡remos a Greenwich.

Cuando se hubo marchado Carradine, Grant se tumbó de nuevo y fumó un cigarrillo tras otro mientras pensaba en los herederos de la casa de York que prosperaron con Ricardo y acabaron bajo tierra con Enrique Vil.

Puede que algunos «se lo merecieran». Al fin y al cabo, la historia de Carradine era precisa, objetiva y sin medias tintas. Pero era una coincidencia estrepitosa que todas las vidas que se interponían entre los Tudor y el trono hubieran quedado tan oportunamente segadas.

Miró sin gran entusiasmo el libro que le había llevado el joven Carradine. Se titulaba *Vida y reinado de Ricardo III*, y era obra de un tal James Gairdner. Carradine le había asegurado que merecía la pena. Según Brent, el doctor Gairdner era «para partirse de risa».

A Grant el libro no le pareció especialmente hilarante, pero como cualquier cosa sobre Ricardo era mejor que cualquier otra cosa sobre cualquier otra persona, se dispuso a echarle una ojeada y, al cabo de un rato, se percató de lo que quería decir Brent con aquello de que el buen doctor era «para partirse de risa». El doctor Gairdner estaba convencido de que Ricardo era un asesino, pero, al ser un escritor honesto, culto y, según él, imparcial, no podía omitir ningún dato. El espectáculo del doctor Gairdner tratando de encajar los hechos con su teoría era el ejercicio gimnástico más entretenido que había presenciado Grant desde hacía tiempo.

Sin darse cuenta de su incongruencia, el doctor Gairdner reconocía que Ricardo era muy sabio, generoso, valiente, hábil, encantador y popular, y que inspiraba confianza incluso en los enemigos derrotados; y, a renglón seguido, mencionaba cómo había difamado vilmente a su madre y cómo había asesinado a dos niños indefensos. Lo dice la tradición, proseguía el digno doctor, y contaba solemnemente esa horrible tradición y la suscribía. No había nada mezquino en su carácter,

decía el doctor, pero era un asesino de niños inocentes. Incluso sus enemigos confiaban en su sentido de la justicia, pero asesinó a sus propios sobrinos. Su integridad era extraordinaria, pero mató en beneficio propio.

Como contorsionista, el doctor Gairdner era el auténtico hombre de goma. Más que nunca, Grant se preguntaba con qué parte del cerebro razonaban los historiadores. Llegaban a ciertas conclusiones siguiendo un proceso desconocido para el común de los mortales. Ni en las páginas de ficción ni en las de la realidad y, por descontado, tampoco en la vida cotidiana, había visto a un ser humano ni remotamente parecido al Ricardo de Gairdner o a la Isabel Woodville de Oliphant.

Quizá tuviera razón Laura con su teoría de que a la naturaleza humana le resultaba difícil renunciar a las ideas preconcebidas, de que existía una vaga oposición interna, un resentimiento, hacia los hechos aceptados. Desde luego, el doctor Gairdner se aferraba como un niño asustado a la mano que lo arrastraba hacia lo inevitable.

Grant sabía de buena tinta que hombres encantadores de gran integridad habían cometido asesinatos, pero no de ese tipo y no por esa razón. La clase de hombre que Gairdner había retratado en *Vida y reinado de Ricardo III* solo habría cometido un asesinato si un terremoto hubiese sacudido su vida personal. Quizá mataría a su mujer si descubriera repentinamente una infidelidad, o al socio cuyas especulaciones secretas habían arruinado su empresa y el futuro de sus hijos. Fuese cual fuese su crimen, obedecería a una emoción profunda, jamás sería planificado, y jamás sería abyecto.

No se podía decir: como Ricardo poseía tal y cual virtud, era incapaz de matar, pero sí: como Ricardo poseía esas cualidades, era incapaz de cometer este asesinato.

El asesinato de los jóvenes príncipes habría sido una estupidez, y Ricardo era un hombre sobradamente capaz. Era un acto indescriptiblemente vil, y Ricardo era un hombre muy íntegro. Era un

acto cruel, y Ricardo era célebre por su bondad.

Si uno estudiaba el catálogo de sus virtudes reconocidas, se daba cuenta de que cada una de ellas convertía su participación en el asesinato en algo sumamente inverosímil. En su conjunto, constituían un muro de imposibilidad que alcanzaba cotas de fantasía.

—Se le ha olvidado incluir a una persona en la lista —dijo Carradine a Grant cuando irrumpió en la habitación unos días después, muy contento.

—¿A quién?

—A Stillington.

—¡Es cierto! El respetable obispo de Bath. Si Enrique detestaba el *Titulus regius* como testigo de la integridad de Ricardo y de la ilegitimidad de su esposa, todavía debía de disgustarle más la presencia de su instigador. ¿Qué fue del viejo Stillington? ¿Otro asesinato amparado por la ley?

—Por lo visto, no estaba dispuesto a seguir el juego.

—¿Qué juego?

—El favorito de Enrique. Se negó a participar. O era un viejo zorro, o demasiado inocente para ver que era una trampa. Yo creo, si un simple ayudante como yo tiene derecho a creer algo, que era tan inocente que no había ningún agitador capaz de provocarle, al menos, no a hacer algo que pudiera valerle la pena capital.

—¿Me está diciendo que venció a Enrique?

—No, no. Nadie venció nunca a Enrique. El rey lo metió en la cárcel y se olvidó de ponerlo en libertad. Y nada más se supo.

—Se le ve muy contento esta mañana, por no decir exultante.

—No lo diga con ese tono de suspicacia. Esta efervescencia que usted ve en mí es carbonización intelectual, un regocijo espiritual, una excitación totalmente cerebral.

—Espléndido. Siéntese y cuénteme: ¿qué es lo que ha ido tan bien? Porque me figuro que se trata de eso.

—Bien no es la palabra. Es maravilloso, increíblemente maravilloso.

—No habrá bebido usted, ¿verdad?

—Esta mañana no podría beber ni aunque quisiera. Estoy lleno de satisfacción hasta los topes.

—Entiendo entonces que ha encontrado esa interrupción en la pauta general que estábamos buscando.

—Sí, la he encontrado, pero más tarde de lo que pensábamos. Más adelante en el tiempo, quiero decir. En los primeros meses todo el mundo hizo lo que cabría esperar. Enrique se aupó al poder, ni una sola palabra acerca de los chicos, y se casó con la hermana de los príncipes. Luego revocó la suspensión de derechos en un Parlamento integrado por sus seguidores, tampoco hubo mención alguna a los muchachos, y anuló los de Ricardo y sus fieles súbditos, cuyo servicio convirtió con gran destreza en traición adelantando un día el comienzo de su reinado. Con eso, se echó en la saca un buen montón de propiedades embargadas de una tacada. El monje de Croyland se mostró terriblemente escandalizado por los actos de Enrique en materia de traición. «Dios mío —dijo—, de qué seguridad gozarán nuestros reyes el día de la batalla si sus fieles seguidores pueden verse privados de vida, fortuna y herencia en la derrota».

—No tuvo en cuenta a sus compatriotas.

—Exacto. Tendría que haber sabido que los ingleses se ocuparían del asunto tarde o temprano. A lo mejor era extranjero. En cualquier caso, todo se desarrolló como era previsible con Enrique VII. Subió al trono en agosto de 1485, y se casó con Isabel en enero del año siguiente. Isabel tuvo a su primer hijo en Winchester, y su madre estaba con ella y asistió al bautizo. Eso fue en septiembre de 1486. En otoño regresó a Londres; la reina viuda de Eduardo, quiero decir. Y agárrese, en febrero la encerraron de por vida en un convento.

—¿A Isabel Woodville? —dijo Grant, estupefacto. Era lo último que se esperaba.

—Sí, a Isabel Woodville, la madre de los príncipes.

—¿Y cómo sabe que no lo hizo voluntariamente? —preguntó Grant después de meditarlo unos instantes—. No era raro que las damas que se habían cansado de la vida en la corte se retiraran a un convento. Tampoco es que fuera una vida muy dura. De hecho, tengo entendido que resultaba bastante cómoda para las mujeres ricas.

—Enrique la despojó de todas sus pertenencias y ordenó que ingresara en un convento de Bermondsey. Y, por cierto, se armó un gran escándalo. Por lo visto la gente no entendía nada.

—No me extraña. Es increíble. ¿Enrique dio alguna explicación?

—Sí.

—¿Y qué argumentó para arruinarla?

—Que Isabel era amable con Ricardo.

—¿En serio?

—Por supuesto.

—¿Es la versión oficial?

—No. Es la versión del historiador favorito de Enrique.

—¿Virgilio?

—Sí. Según el Consejo que la encerró, fue por «consideraciones diversas».

—¿Está usted citando a alguien? —preguntó Grant con incredulidad.

—Sí, es lo que dice: «Por consideraciones diversas».

Al cabo de un momento, Grant observó:

—No se le daban bien las excusas, ¿eh? A mí se me habrían ocurrido al menos seis bastante mejores.

—O no se molestó en buscarlas o pensaba que los demás eran muy crédulos. A propósito, a Enrique la amabilidad de Isabel con Ricardo no le molestó hasta que llevaba dieciocho meses en el trono. Por lo visto, hasta entonces todo había ido como la seda. Incluso le había hecho regalos, casas solariegas y demás, cuando sucedió a Ricardo.

—¿Cuáles fueron sus verdaderas motivaciones? ¿Alguna idea?

—Bueno, hay un pequeño detalle que puede darle alguna. A mí me ha ayudado mucho.

—Adelante.

—En junio de aquel año...

—¿Qué año?

—El primer año del matrimonio de Isabel, 1486. Se casó en enero y en septiembre tuvo al príncipe Arturo en Winchester. Cuidó de ella su madre.

—Sí.

—En junio de ese año Tyrrel recibió un indulto general. El dieciséis de junio.

—Pero eso no significa gran cosa. Era bastante habitual, al finalizar un período de servicio o empezar uno nuevo. Simplemente significaba que nadie podía acusarte de nada más adelante.

—Sí, lo sé. Lo más sorprendente no es el primer indulto.

—¿El primer indulto? ¿Es que hubo un segundo?

—Sí. Eso es lo más curioso. Justo un mes después hubo un segundo indulto general para sir James. Para ser exactos, el dieciséis de julio de 1486.

—Vaya —dijo Grant, pensativo—. Es increíble.

—Por lo menos bastante inusual. He hablado con un joven que suele trabajar a mi lado en el Museo Británico, se dedica a la investigación histórica y tengo que reconocer que me ha ayudado mucho, y dice que nunca ha visto algo parecido. Le enseñé las dos entradas del *Memorial de Enrique VII* y se quedó absorto, como un enamorado.

—El dieciséis de junio, Tyrrel recibe un indulto general y el dieciséis de julio, otro —intervino Grant, reflexivo—. En noviembre, más o menos, la madre de los príncipes vuelve a la ciudad y en febrero la emparedan de por vida.

—Da que pensar, ¿eh?

—Mucho.

—¿Cree que el autor del crimen fue Tyrrel?

—Podría ser. Es sospechoso que cuando encontramos la interrupción de la pauta general que estábamos buscando, Tyrrel está justo ahí, con un giro enorme en su propia vida. ¿Cuándo se extendió el rumor de que los chicos habían desaparecido? Quiero decir, ¿cuándo empezó a hablarse de ello abiertamente?

—Por lo visto, casi al principio del reinado de Enrique.

—Sí, encaja. Desde luego, eso explicaría lo que nos ha tenido confundidos desde el principio.

—¿A qué se refiere?

—Pues que explicaría por qué no se armó un escándalo cuando desaparecieron los muchachos. Siempre ha sido desconcertante, incluso para la gente que consideraba que Ricardo era el asesino. Si lo piensa, sería imposible que Ricardo se saliera con la suya. En su época existía un partido de la oposición muy numeroso, muy activo y muy poderoso, y los dejó a todos libres y desperdigados por el país para que se movieran a sus anchas. Si salía a la luz la desaparición de los niños, tendría que enfrentarse a los Woodville y a los Lancaster. Pero Enrique estaba tranquilo y no hubo interferencias ni curiosos indebidos, porque metió a la oposición entre rejas. El único peligro que quedaba era su suegra, pero en el momento en que empezó a dar la lata, también la encerró.

—Exacto. Pero, ¿no le parece que ella también podría haber hecho algo al descubrir que no la dejaban recibir noticias de sus hijos?

—A lo mejor es que no llegó a saber nunca que habían desaparecido. Puede que Enrique le dijera: «Es mi deseo que no los vea. La considero una mala influencia para ellos, usted, que abandona su refugio eclesiástico y permite que sus hijas acudan a fiestas de hombres».

—Sí, claro. Enrique no tuvo que esperar a que Isabel empezara a sospechar. Tal vez lo resolvió todo de golpe: «Es usted una mala mujer y una mala madre. La enviaré a un convento para salvar su alma y a sus hijos de la contaminación de su presencia».

—Es posible. Y en cuanto al resto de Inglaterra, ningún asesino podría haberse sentido más seguro que él. Después de la brillante idea de la acusación de «traición», nadie se arriesgaría a preguntar por la salud de los chicos. Debían de andarse con pies de plomo. Nadie sabía qué podía idear Enrique para lanzar una acusación con carácter retroactivo, dejar a alguien en el limbo y echarse en la saca sus fincas. No era momento de curiosear en los asuntos ajenos. En cualquier caso, tampoco habría sido fácil satisfacer esa curiosidad.

—Porque los chicos vivían en la Torre, ¿no?

—Los chicos vivían en una torre al cargo de los hombres de Enrique, que no tenía esa actitud de «vive y deja vivir» de Ricardo. Para él no había alianza entre los York y los Lancaster. La gente de la Torre serían sus hombres.

—Por supuesto. ¿Sabía que Enrique fue el primer rey inglés que tuvo un guardaespaldas? A saber qué le contó a su mujer sobre sus hermanos.

—Sí, sería interesante. Puede que incluso le contara la verdad.

—¿Enrique? ¡Imposible! Señor Grant, a Enrique le habría supuesto una batalla espiritual reconocer que dos y dos son cuatro. En serio, era como un cangrejo: nunca iba directo al meollo de la cuestión.

—Pero si era un sádico, podía contárselo con impunidad. Ella no hubiera podido hacer nada al respecto, aunque hubiera querido. Acababa de parir un heredero al trono de Inglaterra y estaba preparándose para engendrar otro. Seguramente no tenía el menor interés en emprender una cruzada, sobre todo una cruzada que la dejaría totalmente indefensa.

—Enrique no era un sádico —repuso el joven Carradine con pesar. Le entristecía reconocerle a Enrique incluso una virtud negativa—. En cierto modo, era justamente lo contrario. No disfrutaba matando. Tenía que adornarlo o, de lo contrario, sería incapaz de soportar la idea misma del crimen. Tenía que ponerle sus lacitos legales. Si cree que a Enrique le excitaba jactarse en la cama ante Isabel de lo que había hecho con sus

hermanos, se equivoca.

—Sí, probablemente —dijo Grant, que pensó en Enrique unos instantes—. Se me acaba de ocurrir el mejor adjetivo para Enrique: desastroso. Era una criatura desastrosa.

—Sí, hasta tenía el pelo ralo.

—No me refería a su aspecto físico.

—Ya lo sé.

—Todo lo que hacía era un desastre. Piénselo: el «dilema de Morton» es el método de recaudación más torpe de la historia. Todo en él era desastroso, ¿no le parece?

—Sí. El doctor Gairdner no debió de tener ningún problema para encajar sus actos con su carácter. ¿Qué le parece Gairdner?

—Un estudio fascinante. Pero creo que el digno doctor podría haberse ganado la vida como delincuente.

—¿Por mentiroso?

—Al contrario. Era sumamente honesto. Pero era incapaz de razonar, de pasar de B a C.

—No le entiendo.

—Hasta un niño puede pasar de A a B. Y la mayoría de los adultos pueden pasar de B a C, pero muchos no. Casi todos los delincuentes son incapaces. Puede que no se lo crea, porque es una decepción si vemos al delincuente como un personaje elegante y agudo, pero la mente criminal es estúpida por naturaleza. Ni se imagina hasta qué punto algunas veces. Le costaría creer su falta de poder de razonamiento. Llegan a B, pero son incapaces de dar el salto a C. Ponen dos cosas absolutamente incompatibles una al lado de la otra y no son capaces de ver la diferencia. No hay manera de hacerles entender que no pueden juntar ambas cosas, igual que no hay manera de hacerle entender a una persona de mal gusto que es imposible imitar unas vigas de estilo Tudor con trozos de contrachapado clavados a un gablete. ¿Ha empezado ya su libro?

—Bueno, he escrito una especie de introducción provisional. Sé

cómo quiero escribirlo, la forma. Espero que no le importe.

—¿Y por qué iba a importarme?

—Porque quiero escribirlo tal y como ocurrió, contar que vine a verle y empezamos con lo de Ricardo de manera bastante informal, sin saber dónde nos metíamos; que nos ceñimos a la realidad y no a lo que alguien contó después, y que buscamos una ruptura con el patrón habitual que indicara dónde se escondía la fechoría, como las burbujas que suben cuando el submarinista se encuentra a gran profundidad.

—Me parece una idea magnífica.

—¿De verdad?

—Desde luego.

—Perfecto, entonces seguiré así. Voy a investigar un poco sobre Enrique, como aderezo. Me gustaría cotejar las historias de ambos para que la gente pueda comparar por sí misma. ¿Sabía que Enrique inventó la Cámara de la Estrella?

—¿Fue Enrique? Lo había olvidado. El dilema de Morton y la Cámara de la Estrella. El clásico ejemplo de artimaña y tiranía. ¡No le será difícil diferenciar esos retratos rivales! El dilema de Morton y la Cámara de la Estrella contrastan mucho con la concesión del derecho a libertad bajo fianza y la prohibición de intimidar al jurado.

—¿Ese fue el Parlamento de Ricardo? ¡Madre mía, lo que me queda por leer! Atlanta no me habla, y a usted le odia a muerte. Dice que soy tan útil para una chica como una revista *Vogue* del año pasado. Pero, sinceramente, señor Grant, es la primera vez en la vida que me pasa algo excitante. Importante, quiero decir. No excitante en el sentido de excitante. Excitante es Atlanta, y es la única excitación que necesito. Pero ninguno de los dos somos importantes, tal como yo lo interpreto, no sé si me entiende.

—Sí, sí, le entiendo. Ha encontrado usted algo que merece la pena hacer.

—Eso es. Y voy a hacerlo yo, eso es lo mejor de todo. Yo. El

pequeño de la señora Carradine. Vengo aquí con Atlanta, sin nada en mente, excepto una investigación que utilizaré como coartada, entro en el Museo Británico para que mi padre se quede tranquilo, y salgo con una misión entre manos. ¿No le parece increíble? —Miró a Grant con aire inquisitivo—. Señor Grant, ¿está seguro de que no quiere escribir ese libro usted? Al fin y al cabo, no es tarea fácil.

—Yo nunca escribiré un libro —repuso Grant con rotundidad—. Ni siquiera *Mis veinte años en Scotland Yard*.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera su autobiografía?

—Ni siquiera eso. Estoy convencido de que se escriben demasiados libros.

—Pero este debe escribirse—dijo Carradine, un tanto dolido.

—Claro que sí. Dígame una cosa que había olvidado preguntarle: ¿Cuánto tiempo pasó entre el doble indulto de Tyrrel y su nombramiento en Francia? ¿Cuánto tiempo transcurrió desde que prestó un supuesto servicio a Enrique, en julio de 1486, hasta que se convirtió en gobernador del castillo de Guisnes?

Carradine ya no parecía sentirse dolido, más bien tan malicioso como le permitía un rostro de corderito como el suyo.

—Me preguntaba cuándo me lo iba a preguntar —dijo—. Pensaba soltárselo cuando me marchara si a usted se le olvidaba. La respuesta es: casi de inmediato.

—Otra piedrecita que encaja en el rompecabezas. Me gustaría saber si el puesto estaba vacante o si Enrique lo envió a Francia porque no lo quería en Inglaterra.

—Pues yo apostaría cualquier cosa a que fue al revés, a que era Tyrrel quien quería marcharse de Inglaterra. Si Enrique VII fuera mi superior, preferiría que me diese las órdenes por control remoto, sobre todo si hubiera hecho un trabajo secreto para él por el que le conviniera que yo no llegase a viejo.

—Sí, quizá tenga usted razón. Tyrrel no solo se marchó al

extranjero, sino que se quedó allí, como ya hemos visto. Interesante.

—Y no fue el único que se quedó en el extranjero. También John Dighton. No he podido averiguar quiénes fueron todas las personas que supuestamente estuvieron involucradas en el asesinato. Todas las crónicas de los Tudor son distintas, imagino que ya lo sabrá. De hecho, la mayoría de ellas son tan distintas que se contradicen. Polidoro Virgilio, el historiador predilecto de Enrique, dice que el crimen se cometió mientras Ricardo se encontraba en York. Según santo Tomás Moro, durante un viaje anterior, cuando Ricardo estaba en Warwick. Y el personal cambia en cada relato, así que es difícil discernir quiénes eran. No sé quién era Will Slater, Will el Negro para ustedes, ni Miles Forest, pero sí que había un tal John Dighton. Grafton dice que vivió mucho tiempo en Calais, «menospreciado y señalado en igual medida», y que murió en la más absoluta miseria. ¡Cómo les gustaban las moralejas! Los Victorianos se quedaban cortos a su lado.

—Si Dighton estaba en la indigencia, dudo que trabajara para Enrique. ¿Cuál era su oficio?

—Bueno, si se trata del mismo Dighton, era sacerdote, y cualquier cosa menos indigente. Vivía muy cómodamente con los ingresos de una sinecura. Enrique le concedió a un tal Dighton la casa de Fulbeck, cerca de Grantham (está en Lincolnshire) el dos de mayo de 1487.

—Vaya, vaya —dijo Grant, arrastrando las palabras—. 1487.

Y él también vive en el extranjero y con bastantes lujos.

—Ajá. Interesante, ¿eh?

—Vaya si lo es. ¿Y nadie explica por qué no agarraron a Dighton del pescuezo y lo ahorcaron por regicidio?

—No, no, nada de eso. Los historiadores de la época de los Tudor no sabían pasar de B a C.

Grant se echó a reír.

—Parece que está usted aprendiendo.

—Desde luego. Y no solo historia. Soy discípulo de Scotland Yard

en lo referente a la mente humana. Bueno, de momento eso es todo. Si se siente con fuerzas, le leeré los dos primeros capítulos del libro la próxima vez que venga. —Guardó silencio unos instantes y añadió—: ¿Le importaría que se lo dedicase, señor Grant?

—Creo que sería mejor que se lo dedicase a Carradine III —respondió Grant un poco a la ligera.

Pero, por lo visto, a Carradine no le pareció un asunto baladí.

—Yo no me ando con lisonjas en una dedicatoria —contestó con cierto atisbo de rigidez.

—No se trata de lisonjear a nadie —intervino Grant con presteza—. Tan solo de política.

—No habría empezado esto si no hubiera sido por usted, señor Grant —dijo Carradine, erguido en medio de la habitación, formal, emotivo y estadounidense, rodeado por los enormes faldones de su abrigo—. Y me gustaría mostrarle el debido agradecimiento.

—Me encantaría, por supuesto —murmuró Grant, y la figura regia volvió a recuperar su estampa juvenil después de aquel momento incómodo. Carradine se marchó feliz, con paso ligero, tal como había venido. Parecía haber recuperado quince kilos y haber sumado treinta centímetros a la circunferencia de su pecho en las tres últimas semanas.

Y Grant cogió los nuevos conocimientos que le había proporcionado, los colgó en la pared de enfrente y se puso a observarlos.

La habían aislado del mundo, a aquella belleza de virtuosismo indestructible y cabello dorado.

¿Por qué dorado?, se preguntó por primera vez. Probablemente de plata dorada, radiantemente rubia. Qué lástima que la palabra «rubio» hubiese degenerado hasta el punto de adquirir casi un significado secundario.

La emparedaron hasta el fin de sus días en un lugar donde no pudiera suponer un problema para nadie. Su vida entera había sido un torbellino de vicisitudes. Su matrimonio con Eduardo había sacudido Inglaterra. Había constituido un medio pasivo para llevar a Warwick a la ruina. La bondad que mostraba hacia su familia había creado un nuevo partido en Inglaterra y había impedido la pacífica sucesión de Ricardo. Bosworth estaba implícita en aquella pequeña ceremonia en los campos de Northamptonshire, donde se convirtió en la esposa de Eduardo. Pero nadie parecía desearle mal. Incluso el atribulado Ricardo le había perdonado las atrocidades de sus parientes. Nadie, hasta que llegó Enrique.

Había desaparecido en la oscuridad. Isabel Woodville. La reina viuda, madre de la reina de Inglaterra. La madre de los príncipes de la Torre, que había vivido libre y próspera durante el reinado de Ricardo III.

Una interrupción de la pauta realmente desagradable.

Grant aparcó esas historias personales y empezó a pensar como un policía. Ya iba siendo hora de poner orden en el caso. Ayudaría al muchacho con su libro y a él le aclararía las ideas. Lo pondría por escrito donde pudiera verlo.

Cogió el cuaderno y la pluma y comenzó a escribir:

CASO: Desaparición de dos muchachos (Eduardo, príncipe de Gales; Ricardo, duque de York) de la Torre de Londres, 1485, aproximadamente.

Pensó si sería mejor colocar a los dos sospechosos en columnas paralelas o en orden sucesivo. Quizá sería mejor terminar primero con Ricardo. Escribió otro encabezamiento e inició el resumen:

RICARDO III

Historial anterior:

Bueno. Excelente historial en el servicio público y buena reputación en la vida privada. Característica más destacada que se desprende de sus actos: buen criterio.

Con respecto al presunto delito:

- a) No obtenía ningún beneficio. Había otros nueve herederos a la casa de York, entre ellos tres hombres.
- b) No se presentó ninguna acusación en su momento.
- c) La madre de los chicos mantuvo buenas relaciones con él hasta que Ricardo murió, y las hijas asistían a las fiestas de palacio.
- d) No demostraba temor alguno hacia los otros herederos de la casa de York, costeó generosamente su educación y les concedió a todos sus respectivos cargos monárquicos.
- e) Su derecho a la corona era incontestable, aprobado por una ley parlamentaria y la aclamación popular. Los muchachos no podían acceder al trono y no constituían ningún peligro para él.
- f) Si le hubiera inquietado un posible descontento, la persona de quien debía deshacerse no eran los niños, sino el siguiente en la línea de sucesión, es decir, el joven Warwick, a quien nombró oficialmente heredero cuando falleció su hijo.

ENRIQUE VII

Historial anterior:

Aventurero, vivió en cortes extranjeras. Hijo de una madre ambiciosa. No se conoce nada negativo sobre su vida privada. Ningún cargo ni empleo públicos. Característica más destacada que denotan sus acciones: sutileza.

Con respecto al presunto crimen:

- a) Era de gran importancia para él que los chicos no siguieran con vida. Al revocar el decreto que reconocía la ilegitimidad de los niños, convertía al mayor en rey de Inglaterra y al menor en el siguiente heredero.
- b) En el decreto que presentó ante el Parlamento para la suspensión de derechos de Ricardo, acusaba a este último de la tiranía y crueldad convencionales, pero no mencionaba a los dos príncipes. La conclusión es inevitable: en aquel momento estaban vivos y se conocía su paradero.
- c) La madre de los niños fue privada de sus bienes y confinada en un convento dieciocho meses después de que él subiese al trono.
- d) Tomó medidas inmediatas para controlar a los demás herederos a la corona y los mantuvo bajo arresto hasta que pudo deshacerse de ellos causando el mínimo escándalo.
- e) No tenía ningún derecho al trono. Desde la muerte de Ricardo, Warwick era, por ley, el monarca de Inglaterra.

Mientras lo escribía, a Grant se le ocurrió por primera vez que Ricardo tenía poder para legitimar a su hijo bastardo Juan e imponérselo a la nación. Había precedentes de ello. A fin de cuentas, todo el clan Beaufort (incluida la madre de Enrique) era descendiente no solo de una unión ilegítima, sino de un doble adulterio. Nada impedía a Ricardo legitimar a

aquel muchacho «activo y bien dispuesto» que vivía como uno más en su casa. Que no se le hubiera pasado por la cabeza daba idea de cómo era Ricardo. Nombró heredero al hijo de su hermano. Incluso en medio de su aflicción, se caracterizaba por su buen criterio. El buen criterio y el cariño por la familia. Sin embargo, por activo y bien dispuesto que fuese, no iba a sentarse en el trono de los Plantagenet mientras el hijo de su hermano estuviese allí para ocuparlo.

Era sorprendente lo impregnada que estaba toda la historia de cariño familiar, desde los viajes de Cecilia en compañía de su marido hasta el libre reconocimiento del hijo de Jorge como heredero.

Y también se le ocurrió por primera vez a Grant que aquel ambiente familiar reforzaba el argumento de la inocencia de Ricardo. Los muchachos a los que supuestamente había asesinado, como si de dos potrillos gemelos se tratase, eran los hijos de Eduardo, unos niños a los que debía de conocer personal e íntimamente. Por su parte, para Enrique eran meros símbolos, obstáculos en su camino. Puede que ni siquiera llegara a verlos jamás. Dejando al margen toda cuestión de carácter, la elección entre los dos sospechosos podía decidirse ateniéndose solo a eso.

Era maravillosamente esclarecedor verlo todo ordenado y pulcro, clasificado como a, b y c. Hasta entonces, Grant no se había percatado de que la conducta de Enrique respecto del *Titulus regius* era doblemente sospechosa. Si, como insistía Enrique, la pretensión de Ricardo era absurda, lo obvio habría sido releerlo en público y demostrar su falsedad. Pero no lo hizo. Trató por todos los medios de borrar hasta el más ínfimo recuerdo. La conclusión inevitable era que el derecho de Ricardo al trono tal como lo planteaba el *Titulus regius* era indiscutible.

La tarde que Carradine volvió a aparecer por el hospital, Grant se había levantado, había ido hasta la ventana y había regresado a la cama. Se sentía tan orgulloso que la Enana tuvo que recordarle que hasta un niño de dieciocho meses podía hacer una cosa así. Pero aquel día, nada podría sojuzgar a Grant.

—Pensaba que me pasaría meses aquí, ¿eh? —le dijo a la enfermera.

—Nos alegramos mucho de que haya mejorado tan rápido —dijo ella, muy remilgada, y añadió—: Y, por supuesto, también nos alegramos mucho de que haya dejado libre la cama.

Y se alejó por el pasillo, taconeando, toda ella rizos rubios y almidón.

Grant se tumbó en la cama y contempló su pequeña celda con una suerte de benevolencia. Ni un hombre que hubiera estado en el Polo o que hubiera escalado el Everest podía compararse con una persona que había llegado hasta la ventana solo unas semanas después de hallarse al borde de la invalidez permanente, o eso creía Grant.

Al día siguiente volvería a casa. A casa, para que lo mimara la señora Tinker. Tendría que pasarse la mitad del día en la cama y la otra mitad solo podría caminar con muletas, pero volvería a valerse por sí mismo. No estaría sometido a nadie, tutelado por un retaco eficiente, oyendo el jadeo de una gigante bondadosa.

Aquella perspectiva se le antojaba gloriosa.

Ya había obsequiado con sus aleluyas al sargento Williams, que había ido a visitarlo tras finiquitar sus quehaceres en Essex, y ahora estaba deseando que llegara Marta para pavonearse ante ella de su

renovada hombría.

—¿Qué le parecieron los libros de historia? —preguntó Williams.

—Inmejorables. He demostrado que están todos equivocados.

Williams sonrió.

—Espero que haya una ley que lo prohíba —dijo—. Al Mi5 no le va a gustar, se trate de traición, de lesa majestad o de lo que sea. Hoy en día nunca se sabe. Yo de usted me andaría con cuidado.

—No pienso volver a creerme nada de lo que lea en un libro de historia mientras viva, así que necesitaré ayuda.

—Tendrá que hacer excepciones —insistió el sargento con su empecinada sensatez—. La reina Victoria existió de verdad, y supongo que Julio César también invadió Britania. Y luego está lo de 1066.

—Empiezo a albergar serias dudas sobre lo de 1066. Por lo que veo, ya ha dejado atado lo de Essex. ¿Cómo es el tipo?

—Un verdadero sinvergüenza. Siempre lo han tratado con blandura, desde que empezó a robarle a su madre cuando tenía nueve años. A lo mejor si le hubieran dado una buena tunda con el cinturón cuando tenía doce años habría salvado la vida, pero lo van a ahorcar antes de que llegue la primavera, que este año vendrá anticipada. Últimamente he estado trabajando todas las tardes en el jardín, ahora que han empezado a alargarse los días. Le gustará volver a respirar aire fresco.

Y se marchó, sonrosado, cuerdo y equilibrado, como correspondía a un hombre al que le habían sacudido con el cinturón cuando era niño.

Grant estaba deseando que viniera otra visita del mundo exterior, del que muy pronto formaría parte una vez más, y se alegró cuando oyó un toqueteo titubeante en la puerta.

—¡Adelante, Brent! —gritó, exultante.

Y Brent entró.

Pero no era el mismo Brent que había visto la última vez.

La alegría había desaparecido por completo, al igual que su reciente ensanchamiento corporal.

Ya no era Carradine el pionero.

No era más que un muchacho delgado con un abrigo muy grande y muy largo. Parecía joven, aturdido y desconsolado.

Grant lo observó, consternado, mientras cruzaba la habitación con sus andares apáticos y descoordinados. Aquel día no asomaba ningún fajo de papeles de su gigantesco bolsillo.

Bueno, pensó filosóficamente Grant, fue divertido mientras duró. alguna pega tenía que tener. No se puede emprender una investigación seria con ese aire de aficionado y demostrar algo con ella. Si nadie esperaba que un aficionado entrase en Scotland Yard y resolviese un caso con el que ni siquiera habían podido los profesionales, ¿por qué iba a creerse él más listo que los historiadores? Había querido demostrarse a sí mismo que su interpretación del retrato era acertada; quería borrar la vergüenza de haber sentado a un delincuente en el estrado en lugar de en el banquillo. Pero tendría que encajar su error. Puede que estuviera pidiéndolo a gritos. Puede que en el fondo estuviese demasiado pagado de sí mismo y de su buen ojo para las caras.

—Hola, señor Grant.

—Hola, Brent.

Para el chico aún sería peor. Estaba en esa edad en que la gente todavía espera que se obre algún milagro, en que aún le sorprendía que estallara un globo.

—Se le ve tristón —le dijo—. ¿Algo va mal?

—Todo.

Carradine se sentó en la silla y miró por la ventana.

—¿No le deprimen esos malditos gorrones? —preguntó atropelladamente.

—¿Qué pasa? ¿Ha descubierto que circulaba algún rumor sobre los príncipes antes de la muerte de Ricardo?

—Algo mucho peor.

—¿Algo que se haya publicado? ¿Una carta?

—No, no, es algo mucho peor, algo bastante... fundamental. No sé cómo decírselo. —Lanzó una mirada fulminante a los gorriones—. ¡Malditos pájaros! Ya no podré escribir el libro, señor Grant.

—¿Por qué, Brent?

—Porque no es ninguna novedad, todo el mundo lo sabe.

—¿Todo el mundo sabe qué?

—Que Ricardo no mató a los niños y todo eso.

—¿Y desde cuándo lo saben?

—Desde hace cientos y cientos de años.

—Tranquilícese, amigo. Solo han pasado cuatrocientos años desde entonces.

—Sí, pero da igual. Hace siglos que la gente sabe que no lo hizo Ricardo.

—Vamos, sea sensato. ¿Cuándo empezó esa rehabilitación?

—¿Que cuándo? A la primera de cambio.

—¿Y cuándo fue eso?

—En cuanto desaparecieron los Tudor y se pudo hablar abiertamente.

—¿En tiempos de los Estuardo?

—Sí, supongo que... sí. Un tal Buck escribió una exoneración en el siglo XVII, Horace Walpole otra en el siglo XVIII y alguien llamado Markham en el XIX.

—¿Y en el siglo XX?

—Nadie, que yo sepa.

—Entonces, ¿qué hay de malo en que lo haga usted?

—Pero no sería lo mismo, ¿es que no lo ve? ¡No sería un gran descubrimiento!

Lo dijo en mayúsculas. Un Gran Descubrimiento.

Grant le dedicó una sonrisa.

—¡Vamos, vamos! Los grandes descubrimientos no crecen entre los arbustos. Si no puede ser usted un pionero, ¿qué hay de malo en liderar

una cruzada?

—¿Una cruzada?

—Claro.

—¿Contra qué?

—Tonypandy.

El rostro del muchacho perdió aquella inexpresividad. De repente, parecía divertido, como alguien que acaba de entender un chiste.

—Qué nombre más estúpido, ¿verdad? —observó.

—Si la gente lleva trescientos cincuenta años diciendo que Ricardo no asesinó a sus sobrinos y un libro de texto asegura, con monosílabos y sin pruebas que lo respalden, que sí que lo hizo, me parece que Tonypandy le lleva a usted una ventaja generosa. Ya va siendo hora de que se ponga manos a la obra.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo si no lo ha conseguido ni gente como Walpole u otros?

—Está ese viejo dicho de que el agua horada la piedra no por su fuerza, sino por su constancia.

—Señor Grant, ahora me siento como un chorrito de nada.

—Tiene toda la pinta, si me permite decirlo. En la vida había visto tanta autocompasión. Esa no es manera de empezar a meterse a la ciudadanía británica en el bolsillo. Ya les dará suficientes argumentos.

—¿Porque nunca he escrito un libro?

—No, eso da igual. En la mayoría de los casos, el primer libro de alguien siempre es el mejor; es el que más ganas tienen de escribir. No, me refiero a que toda la gente que no ha leído un libro de historia desde que terminó el colegio se creará en el derecho de pontificar sobre lo que usted ha escrito. Le acusarán de lavar la imagen de Ricardo. «Lavar la imagen» tiene unas connotaciones despectivas que no tiene la palabra «rehabilitar», así que hablarán de lavar su imagen. Algunos consultarán la *Enciclopedia Británica* y se sentirán preparados para indagar más en el asunto. Más que despellejarlo, acabarán con usted. Y los historiadores

serios ni siquiera sabrán que usted existe.

—¡Pues ya me encargaré yo de que lo hagan! —intervino Carradine.

—¡Vamos! Eso ya me recuerda más al espíritu que conquistó el imperio.

—Nosotros no tenemos imperio —le recordó Carradine.

—Claro que sí —repuso Grant con ecuanimidad—. La única diferencia entre el suyo y el nuestro es que ustedes lo adquirieron, económicamente, en una sola latitud, mientras que nosotros lo tenemos repartido por todo el mundo. ¿Había empezado ya con el libro antes de saber que no era nada original?

—Sí, dos capítulos.

—¿Y qué ha hecho con ellos? No los habrá tirado, ¿verdad?

—No, pero estuve a punto de arrojarlos a la chimenea.

—¿Qué se lo impidió?

—Que es eléctrica. —Carradine relajó sus largas piernas y se echó a reír—. Ya me siento mejor, hermano. Estoy deseando restregarle a los británicos unas cuantas verdades. Carradine I me hierve en la sangre.

—Pues tiene pinta de ser una fiebre de las virulentas.

—Carradine I fue el villano más despiadado del sector maderero. Empezó de leñador y acabó teniendo un castillo renacentista, dos yates y un vagón privado, con unas cortinas de seda verde con borlas e incrustaciones de madera dignas de verse. Decía la creencia popular, y en especial Carradine III, que la sangre de la familia se está aguando. Pero ahora mismo soy Carradine I. Ahora sé cómo se sentía cuando quería comprarse un bosque y le decían que no podía ser. Hermano, voy a tirar la casa por la ventana.

—Fantástico—dijo Grant, comedido—. Me gusta esa dedicación. —Cogió el cuaderno de la mesa y se lo tendió a Carradine—. Fíe redactado un resumen policial. Quizá le sirva de ayuda para su perorata.

Carradine lo cogió y lo miró con respeto.

—Puede arrancarlo y llevárselo. Ya he terminado.

—Supongo que en las próximas dos semanas estará demasiado ocupado con investigaciones de verdad para andar preocupándose de un estudio académico —dijo Carradine con cierta melancolía.

—Nunca me lo pasaré tan bien como con esta —respondió Grant con sinceridad. Miró de reojo el retrato, que seguía apoyado contra los libros—. Me ha afectado más de lo que usted cree verle tan abatido y creí que todo se había ido por la borda. —Miró de nuevo el retrato y añadió—: Marta dice que se parece un poco a Lorenzo el Magnífico. Según su amigo James, tiene cara de santo. Mi médico cree que es el rostro de un lisiado, y el sargento Williams, de un gran juez. Pero creo que la que más se ajusta a la realidad es la enfermera jefe.

—¿Qué dice ella?

—Que esa cara transmite el sufrimiento más terrible.

—Supongo que sí. Y tampoco me extraña.

—Conoció no pocos sufrimientos. Esos últimos dos años de su vida tuvieron que sucederse con la rapidez y el peso de una avalancha. Todo había ido muy bien hasta entonces. Inglaterra se había estabilizado por fin. Ya empezaban a olvidar la guerra civil, había un gobierno sólido encargado de preservar la paz y el comercio aportaba prosperidad. Las perspectivas debían de ser buenas mirando a Wensleydale desde Middleham. Y en dos cortos años, su mujer, su hijo y su paz.

—Al menos se ahorró una cosa.

—¿Qué?

—Saber que su nombre sería vilipendiado por los siglos.

—Sí, ese habría sido el golpe de gracia. ¿Sabe qué es lo que ha acabado de convencerme de la inocencia de Ricardo?

—No, ¿qué?

—Que tuviera que enviar a aquellas tropas desde el norte cuando Stillington dio la noticia. Si hubiera sabido lo que iba a contar Stillington o hubiera tramado alguna historia con ayuda de este, se habría llevado a los soldados con él, si no a Londres, entonces a los condados donde

pudieran serle de utilidad. El hecho de que tuviera que pedir hombres urgentemente, primero a York y luego a sus primos Nevill, constata que la confesión de Stillington lo cogió totalmente desprevenido.

—Sí. Se presentó con su séquito de caballeros convencido de que se haría con la regencia. Se enteró del problema con los Woodville cuando llegó a Northampton, pero no se puso nervioso. Se deshizo de los dos mil hombres de los Woodville y siguió su camino hacia Londres como si nada. Lo único que le esperaba era una coronación ortodoxa. Hasta que Stillington no confesó ante el Consejo no envió tropas suyas, y tuvieron que viajar hasta el norte de Inglaterra en un momento crítico. Sí, tiene usted razón. Le cogió desprevenido. —Se ajustó una patilla de las gafas con el dedo índice, con aquel ademán tan indeciso—. ¿Sabe qué me convence de la culpabilidad de Enrique?

—¿Qué?

—El misterio.

—¿Qué misterio?

—Ese aire de misterio, el secretismo, las intrigas.

—¿Quiere decir que era así por naturaleza?

—No, no es nada tan sutil. Ricardo no tenía necesidad de andarse con misterios, pero la trama de Enrique dependía de que el final de los muchachos fuese un enigma. Nadie ha encontrado una sola razón que justifique las intrigas que supuestamente utilizó Ricardo. Fue una locura. Tenía que saber que no se saldría con la suya. Tarde o temprano tendría que dar explicaciones sobre la desaparición de los príncipes, porque sabía que le esperaba un largo reinado. Nadie entiende por qué eligió un camino tan difícil y peligroso cuando tenía métodos más sencillos a su disposición. Solo tenía que ordenar el asesinato y exponer los cuerpos mientras todo Londres desfilaba por delante y lloraba a los muchachos, que habían muerto prematuramente a causa de una fiebre. Así es como habría actuado Ricardo. El propósito de Ricardo al matar a los niños era impedir un levantamiento en su favor, y para sacar tajada del asesinato,

tendría que haber hecho pública su muerte lo antes posible. Si el pueblo no sabía que habían muerto, el plan se desmoronaba. Y ahora pasemos a Enrique. Él sí que necesitaba encontrar la manera de quitarlos de en medio. Tenía que ser un misterio, debía ocultar cuándo y cómo habían muerto. La trama de Enrique dependía de que nadie supiera exactamente qué les había ocurrido.

—Así es, Brent, así es —dijo Grant, sonriendo a aquel fiscal joven y entusiasta—. ¡Debería usted trabajar en Scotland Yard, señor Carradine!

Brent se echó a reír.

—Seguiré con el Tonypandy —replicó—. Seguro que hay muchas más cosas que no sabemos. Apuesto a que los libros de historia están plagados de misterios.

—Por cierto, será mejor que se lleve a sir Cuthbert Oliphant. —Grant sacó de la taquilla el grueso y respetable libro—. Tendrían que obligar a los historiadores a estudiar psicología antes de permitirles escribir.

—Bah, no les serviría de nada. La gente a la que le interesan las motivaciones del hombre no escribe libros de historia. Escriben novelas o se hacen psiquiatras, o jueces...

—O timadores.

—O timadores, o adivinos. Un hombre que comprende a las personas no tiene ganas de escribir sobre historia, precisamente. La historia es cosa de soldaditos de plomo.

—Vamos, ¿no está siendo usted un poco duro? Es una profesión muy seria y erudita...

—No iba por ahí. Me refiero a que consiste en mover figuritas sobre una superficie plana. Si lo piensa, se parece bastante a las matemáticas.

—Pues si son matemáticas, no tienen ningún derecho a andarse con habladurías de portera —dijo Grant con cierta malicia. El recuerdo de san Tomás Moro seguía turbándolo. Hojeó el voluminoso libro del respetable sir Cuthbert a modo de despedida. Al llegar a las últimas páginas,

aminoró el paso y acabó por detenerse.

—Es curioso que todos estén tan dispuestos a reconocerle a un hombre su valor en la batalla. Solo cuentan con la tradición y, sin embargo, nadie la cuestiona. De hecho, nadie deja de insistir en ella.

—Era un tributo al enemigo —le recordó Carradine—. La tradición empezó con una balada compuesta por el otro bando.

—Sí, por uno de los hombres de Stanley. «Entonces, un caballero invitó al rey Ricardo a partir». La tengo por aquí. —Pasó un par de páginas hasta encontrar lo que buscaba—. Por lo visto, el caballero en cuestión era «el buen sir Guillermo Harrington».

«No existe hombre que resista
los poderosos envites de los Stanley
(¡villanos traidores!)

Podéis volver en otra ocasión,
pues demasiado tiempo
habéis demorado aquí.

Vuestro caballo está dispuesto,
otro día podréis cantar victoria
y venir a reinar con dignidad
y portar vuestra corona y ser nuestro rey».

«No, dadme el hacha de combate,
y ceñidme la corona de Inglaterra en lo alto.

Pues por Él, que creó el mar y la tierra,
rey de Inglaterra seré hasta el día que muera.
Jamás huiré mientras haya aliento en mi pecho».

Y cumplió su palabra.

Aunque perdió su vida, murió como un rey.

—«Ceñidme la corona de Inglaterra» —repitió Carradine, pensativo—.

Esa es la corona que encontró después en un matorral de espino.

—Sí, probablemente formaba parte del botín.

—Yo me la imaginaba lujosa, como aquella con la que coronaron al rey Jorge, pero parece que no era más que un anillo de oro.

—Sí, podía ponérsela encima del casco de batalla.

—¡Dios! —exclamó Carradine con repentina exaltación—. ¡Habría detestado llevar esa corona si hubiera sido Enrique! ¡Me habría parecido odioso! —Guardó silencio unos instantes y añadió—: ¿Sabe que la ciudad de York escribió, en sus archivos, quiero decir, sobre la batalla de Bosworth?

—No.

—Pues mire: «Aquel día fue tristemente asesinado nuestro buen rey Ricardo para gran pesar de esta ciudad».

El rumor de los gorrones hendía el silencio.

—No parece la necrológica de un usurpador odiado —dijo Grant al fin con sequedad.

—No, no lo parece. «Para gran pesar de esta ciudad» —repitió lentamente, dándole vueltas a la frase—. Para ellos era tan importante que incluso con un nuevo régimen a la vista y un futuro incierto, plasmaron por escrito en los archivos de la ciudad su opinión de que había sido un asesinato y la tristeza que ello les provocaba.

—Puede que se enteraran de las humillaciones cometidas con el cadáver del rey y que sintieran repugnancia.

—Claro, claro. No es agradable imaginarse a un hombre al que conoces y admiras atado encima de un caballo como si fuera una bestia muerta.

—No es agradable ni aunque se trate de un enemigo. Pero la sensibilidad no es precisamente la seña de identidad de Enrique y Morton.

—¡Morton! —exclamó Brent, escupiendo el nombre como si tuviera mal sabor—. Nadie pareció entristecerse por la muerte de Morton,

créame. ¿Sabe qué escribió el cronista de Londres sobre él?: «En nuestro tiempo no hubo hombre comparable a él, si bien vivió con gran desprecio y odio de las gentes de esta tierra».

Grant se volvió para escrutar el retrato que lo había acompañado durante tantos días y noches.

—Pues a pesar de su éxito y de su capelo, creo que Morton fue el perdedor en esa batalla contra Ricardo III. Aun con la derrota y las calumnias, Ricardo salió mejor parado. En su época le tenían mucho aprecio.

—No es mal epitafio —dijo el joven con sobriedad.

—No lo es, no —respondió Grant antes de cerrar por última vez el libro de Oliphant—. Pocos podrían pedir un epitafio más digno. —Le entregó el libro a su propietario—. Pocos han conseguido tanto.

Cuando Carradine se hubo marchado, Grant ordenó las cosas que tenía sobre la mesa, preparándose para regresar a casa por la mañana. Aquellas novelas modernas podían quedarse en la biblioteca del hospital para alegrar otros corazones. Pero él conservaría el libro con las fotos de las montañas. Y no debía olvidarse de devolverle a la Amazona sus dos libros de historia. Los buscó para entregárselos cuando le trajera la cena. Y, por primera vez desde que empezara a investigar la verdad sobre Ricardo, leyó de nuevo la historia de mezquindad que contaba aquel libro del colegio. Allí estaba, en un inequívoco blanco y negro, aquella infamia, sin un solo «quizá». Sin criterio o interrogante alguno.

Cuando estaba a punto de cerrar aquel volumen educativo, se fijó en el comienzo del reinado de Enrique VII y se puso a leer.

La política afianzada y meditada de los Tudor consistía en deshacerse de todos sus rivales en la carrera hacia el trono, en especial los herederos de York que seguían vivos en el momento de la sucesión de Enrique VII. Dicha política resultó fructífera, aunque quedó en manos de Enrique VIII liquidar al último.

Grant contempló aquel anuncio sincero, aquella plácida aceptación de un asesinato a gran escala, el reconocimiento de un proceso de aniquilación en el seno de una familia.

Se atribuía a Ricardo III la muerte de sus dos sobrinos, y su nombre era sinónimo de maldad. Pero a Enrique VII, cuya «política afianzada y meditada» consistía en aniquilar a toda una familia, se lo tenía por un monarca astuto y previsor. Puede que no despertara mucho cariño, pero era constructivo y trabajador, amén de un triunfador.

Grant tiró la toalla. La historia era una disciplina que jamás alcanzaría a comprender.

Los valores de los historiadores diferían tan radicalmente de los que él conocía que nunca sentiría afinidad alguna con ellos. Volvería a Scotland Yard, donde los asesinos eran asesinos y donde todos eran medidos por el mismo rasero.

Colocó cuidadosamente los dos libros y, cuando entró la Amazona con carne picada y ciruelas cocidas, se los dio, sazonados con un pequeño discurso de gratitud. Le estaba muy agradecido. Si no hubiese conservado sus libros de texto, puede que jamás hubiera emprendido el camino que le llevó a conocer a Ricardo Plantagenet.

La Amazona se mostró confusa ante su amabilidad, y Grant pensó que tal vez había supuesto tal carga que la joven solo esperaba críticas de él. Era una idea humillante.

—Le echaremos de menos, ¿sabe? —dijo la enfermera, y a Grant le pareció que estaban a punto de anegársele los ojos de lágrimas—. Ya nos hemos acostumbrado a tenerle por aquí.

Incluso nos hemos acostumbrado a eso. —Señaló con el codo el retrato.

A Grant se le ocurrió algo.

—¿Podría hacerme un favor? —le preguntó.

—Por supuesto. Si está en mi mano...

—¿Puede llevar esa fotografía junto a la ventana y mirarla con buena luz en el intervalo que le lleva tomar el pulso?

—Sí, claro, si usted quiere. Pero, ¿para qué?

—Eso da igual. Hágalo por mí. Yo la cronometraré.

La Amazona cogió el retrato y lo acercó a la claridad de la ventana. Grant controló el segundero de su reloj.

Le concedió cuarenta y cinco segundos y dijo:

—¿Y bien?

Como no obtuvo respuesta inmediata, insistió:

—¿Y bien?

—Es curioso —contestó ella—. Cuando la observas un rato, es una cara bastante agradable, ¿verdad?

FIN

notes

1. The White Boar, nombre que reciben algunos bares en Inglaterra
(*N. del t.*)